

Tray Mocha

Revista Semanal



'EL COMEDOR DE PASTELILLOS'

Nº. 869

POR BARTOLOMÉ ESTEBAN MURILLO

La rifa del chalet de la Sociedad Argentina de Autores, mantiene la expectativa pública.

EXISTE VIVO INTERÉS POR EL RESULTADO DEL BENEFICIO

El hermoso chalet que la Sociedad Argentina de Autores ha levantado en plena "city", en la esquina de Corrientes y Carlos Pellegrini, modelo exacto del que rifa y que será erigido en el paraje que le destine el agraciado, mantiene despierta la expectativa pública. No sólo por la naturaleza del certamen, que no puede ser más simpático, sino, además, por la belleza y el valor intrínseco del objeto, pocas rifas de las tantas que se realizan entre nosotros han suscitado tal interés. Una larga manifestación de visitantes se renueva a diario en el chalet, admirando la elegancia de su construcción, de su arquitectura amplia, soleada y sencilla, de sus moblajes, artefactos y servicios, en fin, de todo su conjunto que respira una saludable atmósfera de hogar.

Se advierte en las distintas dependencias, habitaciones y salones del chalet el propósito de aplicar

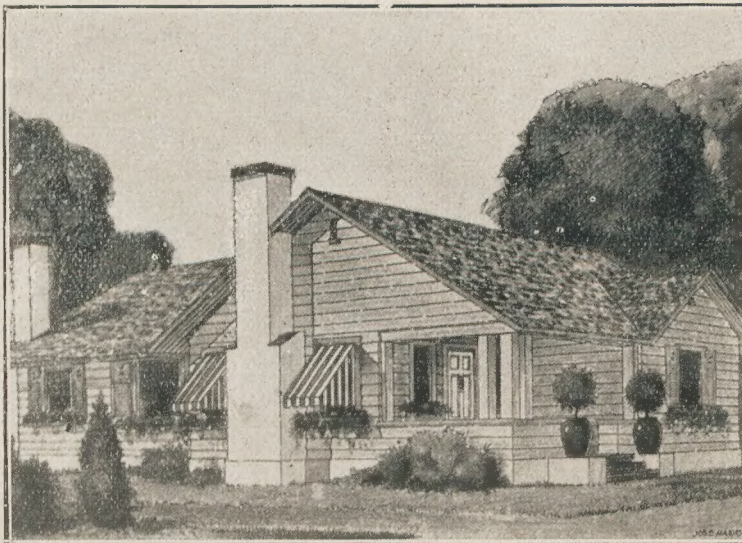
PEDRO BIGNOLI LTDA.

Carlos Pellegrini 300

REGALOS

GRANDIOSA EXPOSICION

**MENAJE - CUBIERTOS
PARAGÜERIA-JUGUETERIA etc.**



El chalet que rifa la Sociedad Argentina de Autores.

la belleza pura a las utilidades de la comodidad y el confort de la vida moderna. Y de ello deriva ese aire de felicidad que parece percibirse al paso por sus galerías y ante la perspectiva del jardín abierta en sus claros, ventanales. El público ha sabido apreciar en justicia esta obra, contribuyendo en toda forma al beneficio de la Socd. Argentina de Autores. Enviamos ahora nuestra felicitación a las siguientes firmas, con cuyas donaciones la prestigiosa entidad llevó a cabo su fin: John Wright-Sons Ltd. constructores; Bignoli Ltd. que donó una batería completa de cocina; Exposición Sajonia, cristalería; Casa Gherardi, un juego de dormitorio para bebé; Alfredo Bredhal, una máquina aspiradora de polvo; R. Fritzche y Cía, una cocina enlozada; Naumann, una máquina de coser; Casa Guerrero, juegos de toldos; Macadan, un molino marca Samson Cescutti Hnos., trabajos de pintura.

EXPOSICIÓN

"Sajonia"

REINA DE LOS CRISTALES

Suipacha 331

MUEBLES

GHERARDI

POR LOS NIÑOS Y PARA LOS NIÑOS

LIBERTAD 256

U. U. 35 - 0474

EL ASPIRADOR DE POLVO

Nilfisk

ES UNA MARAVILLA

Alfredo BREDAHL

LAVALLE 1206

U. T. 38 - Mayo 7435

SOCIEDAD KOWACO

RICARDO FRITZSCHE y Cía.



ESMERALDA 314

U. T. 35 Libertad 1398

BUENOS AIRES

JOHN WRIGHT & SONS, Ltd.

CONTRATISTAS - CONSTRUCTORES

Bolívar esq. Caseros

BUENOS AIRES

U. T. 3950/57 B. ORDEN

CHALETS DE MAPERA Y DE MAMPOSTERIA - CASILLAS DESMONTABLES - GALPONES - TINGLADOS - CABALLERIZAS

CARPINTERIA DE OBRA BLANCA

MUEBLES DE ESTILO - DECORACIONES - INSTALACIONES MODERNAS PARA TODA CLASE DE NEGOCIOS

REFACCIONES - PINTURA - ELECTRICIDAD - ESTRUCTURAS METALICAS

Sucursal: ROSARIO

ENTRE RIOS 675

NAUMANN



Taller Artístico de Pintura

Decoraciones y letras en oro sobre vidrio y cristal
Letreros luminosos y sobre hierro

Pintura y empapelado de casas en general

CESCUTTI Hnos.

Taller:

RINCON 1321

U. T. 6091, Buen Orden

"CASA GUERRERO"

Toldos automáticos en bronce. Los más modernos para negocios. Toldos para patios y balcones de familias. Carpas de playa. Lona impermeables para camiones. Banderas de todas las naciones y remates.

CARLOS PELLEGRINI 311

U. T. 35-Libertad 0451

¡¡Todo es de primer orden en este hermoso chalet!!

"SAMSON"

ES EL MOLINO QUE COMPLETARA SUS COMODIDADES



FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912

Dirección, Redacción y Administración. CERRITO 607

Año XVII

Buenos Aires, diciembre 18 de 1928

N. 869

Los conflictos del trabajo, por Rojas



—La huelga de bananeros
en las vegas colombianas
traerá, con sus entreveros,
consecuencias inhumanas...
—¿Por la matanza de obreros?
—No; porque falten bananas.

Luis Courtes y su esposa treparon al tren en el preciso instante en que el convoy se ponía en marcha.

—¿Es este el tren que va a Trouville?—pregunta a uno de los pasajeros del coche.

—No señor. Va a Orbec. Para ir a Trouville deberá ahora descender en la primera estación y tomar el tren que sale de allí para la capital. Tendrá que esperar dos o tres horas...

La pareja festejó riendo la equivocación, y descendió en la localidad indicada por el pasajero. Era un pequeño pueblo blanco que se destacaba como un juguete sobre el verdor de la llanura.

—¡Oh, qué bonito es este pueblo!—exclamó Clara, mientras paseaba por las calles.—No sé por qué tengo la impresión de que lo conozco. Di: ¿cómo se llama?

—Glos.

Clara se detuvo, oprimió el brazo de su esposo, y, palideciendo, dijo:

—¡Glos!... Es el pueblo de mi infancia, Luis. El pueblo de que tantas veces te he hablado... ¡Ah, no sabes el efecto que me ha producido oír ese nombre: Glos... Glos... Glos... Hasta ayer me había olvidado de ese nombre... Ahora resuena en mi corazón como un eco lejano... A la edad de seis años me llevaron de aquí... Pero ahora que recorro estas calles, todo revive y resucita ante mis ojos... Y respiro el aroma de las rosas que fueron la mayor pasión de mi niñez... ¡Ah, las rosas de Glos!...

—Las conozco, Clara. Tienen fama de ser las más hermosas de Francia...

—Sí... Y las del rosal de mi casa eran las más hermosas del pueblo. Mira; ¿qué te parece si visitáramos la casa donde nací?... Creo que sabría ir hasta ella con los ojos cerrados... Queda allí, a la vuelta del camino... Cerca hay un puente tendido sobre un pequeño arroyo que corre entre riberas floridas... Fíjate: el camino dobla hacia la derecha... Veremos una granja casi oculta entre manzanos... A ella iba yo a buscar quesos y mantequillas con mamá... En el extremo del camino se abre la calle central... Una calle larga, muy larga... Mira el campanario de la iglesia... Del otro lado está el cementerio... El cementerio donde descansa papá...

Clara calló, prosiguiendo en silencio la evocación de sus recuerdos. Caminaban lentamente, entre tupidos setos. Las colinas pobladas de árboles hundían sus mesetas verdes en la profundidad del azul. Los prados se extendían soñolientos bajo la caricia del sol. Respirábase en la atmósfera un fresco olor de hierbas mezclado al penetrante perfume de las rosas.

Luis no quiso interrumpir la ensoñación de Clara. Y prefirió reconstruir por sí mismo, con las frases que en ciertos momentos de intimidad le había confiado su esposa, la triste vida de la que ahora era su dichosa compañera... Intentaba, así, imaginar a la niña de bucles castaños jugando entre los manzanos y los rosales del humilde pueblo...

Pero Clara era la única que podía evocar con precisión los dolorosos detalles, las angustiosas escenas de aquellos seis años, y ver

Las rosas marchitas

Por Georges Pourcel

nuevamente ante sus ojos el claro rostro de la madre que una noche abandonara al esposo y a la hija para entregarse a la falacia de otro amor...

¡Ah, qué noche aquella!... ¡Qué

callada, qué honda, qué cruenta resignación la del buen padre que había llorado en silencio, abrazando y acariciando a la tierna e inocente Clarita!...

Después, la despedida... El

DIAS DE SOL

Días de sol! ¡Qué alegre que me encuentro! Mis pobres nervios, comúnmente heridos parece que se calman, sorprendidos, por la gloria del sol que llevan dentro.

Salgo a vagar por esas calles, solo, llego al suburbio, paso a las afueras, y lejos de automóviles y aceras llenas de gentes, voy soñando solo.

¡Los jardincitos de las casas pobres! ¡La ropa al sol, los cercos de glicinas! ¡Los patios donde buscan las gallinas los desperdicios de las mesas pobres!...

¡Cómo me habla, al pasar, cada detalle! ¡Como comprendo que a pesar de todo, he sido hecho con el mismo todo que los pobres muchachos de la calle!

El sol que me calienta, me ennoblece, me hace más bueno, me hace más humano, me hace como al de Asís sentirme hermano de cada cosa que se me parece.

Lo que hay en mí de artista se transmuta, se cubre de alas, se dirige al cielo, y alza mi espíritu en un largo vuelo, por sobre los escollos de la ruta.

Qué alegre voy! Qué sana es la alegría! Como quisiera darla a mis hermanos los hombres, repartirla a esos hermanos que hacen el viaje, por la misma vía.

Darles el sol que a mí me alienta tanto, decirles: "Ese sol es nuestro padre total, es nuestro padre y nuestra madre común; es el gran Dios único y santo".

Qué alegre voy! Qué sana es la alegría! Qué inmenso gozo de vivir me asalta! Nada me sobra, nada me hace falta, si tengo el sol que es fuente de alegría.

Ganas me dan de hacerme vagabundo, de tomar un zurrón de caminante, un perro fiel, un hato de viandante e ir bajo el sol a recorrer el mundo.

Vivir la vida como la concibo: libre, sagrada, pródiga, copiosa; ser para cada hombre y cada cosa una voz que responde, un eco vivo.

Ser el Poeta máximo y benévolo, la voz de Dios que habla por boca humana para librar la gran familia humana de todo instinto bárbaro o malévolo.

Ser como el sol que purifica todo; regenerar el sacro don del verso, y hacer a cada instante un nuevo esfuerzo para obtener la redención de todo.

Días de sol, qué alegre que me encuentro! qué deliciosa beatitud me embarga! ¿por qué la vida no será más larga cuando uno lleva tanto sol adentro?...

Luis MARIA JORDAN

adiós a aquella casa donde el padre muriera víctima de un mal misterioso, y la vida con las piadosas tías que la recogieran...

La casa natal de Clara estaba transformada en hotel. Un humilde aunque cómodo hotel de pueblo.

Los esposos, cortesmente acogidos por la dueña, se instalaron en el comedor y pidieron algo de beber.

El local no ofrecía nada de particular. Clara se asombró de no hallar allí lo que en vano buscaba: el color de las horas del pasado...

—Han cambiado el papel de las paredes... Tal vez por ello me parece que me falta el aire... Pero el jardín debe subsistir igual... Quiero que lo veas; admirarás las rosas más delicadas que hayas admirado en tu vida... Vamos, Luis.

La dueña del hotel sonrió y acompaña a sus huéspedes al jardín, auxiliando:

—Es un jardín muy pequeño... Pero tiene una hermosa vista sobre el valle y las colinas...

Clara envolvió en una mirada aquel santuario de su infancia, y no pudo contener una exclamación de contrariedad:

—¡Oh!... ¡Antes era más grande!... Sí... Sí... La prueba es que yo saltaba con mi cuerda en estos caminitos... ¿Y cómo podría saltarse en un espacio tan reducido?...

—No sabría decirle, señora —dijo la dueña de la casa.— Podríamos preguntarle a mi lavandera, que conoce este jardín desde hace muchos años.

Y, volviéndose hacia una mujer ocupada en retorcer ropa, cerca de la bomba, llamó:

—¡Eh, Julia!...

La lavandera levantó la cabeza, se secó las manos en el delantal, y acudió al llamado.

—La señora, que ha conocido este jardín, dice que antes era más grande... Usted sabrá informarle...

La lavandera sacudió la cabeza, y respondió plácidamente:

—Yo lo he conocido siempre así.

—¿Siempre así? ¿Y las rosas?—preguntó Clara.—¿Dónde están las rosas?... Antes había un inmenso rosal que cubría todo el muro... Las rosas abundaban... Yo las veía agrupadas en ramilletes, dispuestas en arcos... Eran maravillosas... Acariciaban mis ojos y me embriagaban con su perfume.

—Ese es el rosal de que usted habla—indicó la lavandera.

Clara miró.

—¿Cómo?... ¿Ese rosal misero, con flores anémicas, descoloridas, marchitas?... ¡No!... ¡No puede ser!... ¡Ese rosal no es el mío!...

—Tal vez tenga usted razón, señora... Pero el rosal ha envejecido. Sí; también los rosales envejecen, como nosotros...

Y la lavandera retrajo sus labios en una sonrisa amarga que tenía algo de anormal... Luego, creyendo que el interrogatorio había terminado, regresó al lado de su bomba.

—¿Quién es esa mujer?—inquirió Clara en voz baja.

—Es la antigua propietaria de la casa—contestó la dueña del hotel.—Hace veinte años vivía aquí. Ha sufrido mucho... Abandonó a su esposo para seguir a otro hombre que no supo hacerla feliz, y

que la abandonó a su vez... Arrepentida, volvió a Glos, suponiendo que encontraría al esposo y a la hija... Pero el esposo había muerto, y nadie sabía nada de la niña... Algunos sostenían que había sido llevada a la capital... Mi madre, compadecida de esta pobre señora, la tomó a su servicio como lavandera.

Clara temblaba escuchando las terribles palabras aquellas, demasiado terribles para su corazón.

Un último resto de duda le hizo exclamar:

—¿Cómo se llama?...

—Yo la llamo Julia; pero creo que su nombre es otro... Si no me equivoco, lleva un apellido aristocrático: Dupré... Sí, ésta la Dupré... Pero si la llaman por su verdadero nombre, no responde... Creo que ha enloquecido un poco...

Clara lanzó un grito: se había lacerado la mano oprimiendo una rama del espinoso rosal.

Luis se acercó solícito a enjugar las gotas de sangre que manaban de las pequeñas heridas. Luego, preguntó:

—Clara: ¿quieres que nos llevemos algunas rosas de este rosal?

—Cuántas ustedes deseen —se apresuró a ofrecer la duena del hotel—. Lamento únicamente que no sean tan hermosas como la señora suponía... ¡Julia!... Venga a arrancar algunas flores para la señora...

Con los brazos cargados de rosas, Clara permaneció aun un instante mirando a aquella mujer que era su madre, esperando descubrir en ella un gesto, una palabra, que revelasen la nobleza de su origen, y deseando recibir una mirada, una sonrisa que poder llevarse como amoroso recuerdo.

Trémula de ansiedad, le dijo:

—Señora, ¿no es verdad que estas rosas eran antes mucho más bonitas?

Sorprendida por aquella voz que tenía aspecto de súplica, la lavandera miró a Clara largamente, sus ojos en que se advertía el siniestro reflejo de la locura, y contestó:

—¿Mucho más bonitas?... Quizás... No recuerdo... Es decir, tal vez sí... pero se han marchitado...

Se produjo un grave, un hondo silencio. Los ojos de Clara se empañaron de lágrimas. Una cruenta desazón oprimía el alma de la joven que leía en las pupilas de la madre la tragedia de un alma agostada por el dolor, la tragedia de un espíritu devastado por la miseria, la tragedia de un corazón marchitado por el remordimiento... Dolor, miseria, remordimiento que la habían conducido a la locura. Miseria moral y física con que la pobre mujer pagaba el error cometido aquella noche ya lejana, en que abandonara el hogar, seducida quién sabe por qué espejismo fatal. Frente a la hija permanecía con los ojos muy abiertos y sin brillo, inconsciente, mientras aquella, profundamente entristecida, recordaba todas las penurias de su niñez. Ninguna otra clase de emoción, ninguna ternura hacia esa madre que se le parecía, así, de repente, en el parral de la casa natal, como un fantasma desconsolador, como esas mismas rosas antes tan bellas...

Sobrecogida de espanto y de angustia, Clara balbuceó:

—Luis... Da algunas monedas a esta señora...

Era esa la única, la última ofrenda que podía hacer a la madre... Y era también el tributo debido a su dicha...

¿Cómo decirle la verdad a su esposo...? ¿Cómo explicarle que aquella mujer que los miraba con los ojos estúpidos, aunque encendidos de fiebre interior, era su madre?... Pero Luis había comprendido la doble tragedia de aquellas muje-

na; si alguien nos lo pide, con los ojos cerrados lo brindamos. Hasta no hace mucho tiempo, en nuestro país la mayoría de las tabaquerías o vendedores de cigarros tenían la gentileza de obsequiar a su clientela con la imprescindible caja de fósforos. En el presente, las cosas han variado un tanto; pero, así y todo, un fósforo, una caja de fósforos, es una cosa de poco precio, casi sin valor.

La humildad de los fósforos, tan imprescindibles y útiles, asemejase muchísimo a la de su inventor, un hombre sencillo y laborioso, verdadero benefactor de la huma-

Marcos Sauría empleó todos sus instantes de libertad, para proseguir el estudio de aquel que era para él capitalísimo problema. Su consejero fue un excelente maestro de apellido Nicolle, quien le dio preciosas lecciones.

Pero para llevar a cabo sus investigaciones, eranle necesarios muchos productos químicos que su pobre bolsa no le permitía adquirir ni en la cantidad ni con la oportunidad debidas. Se armó de valor y logró interesar al farmacéutico principal de la ciudad, quien maravillado del saber y del entusiasmo del joven, no vaciló en facilitarle todo cuanto necesitaba. Inmediatamente, Sauría se puso a trabajar, pasando largas e ingratas noches en complicadas manipulaciones. Por fin en el mes de enero de 1831 su perseverancia fue premiada con el más halagador de los éxitos. Había cubierto con fósforo una porción del muro, frotó sobre éste una cerilla azufrada y humedecida en clorato de potasa, y la luz se hizo.

Presuroso y entusiasmado Carlos Marcos acudió a sus camaradas y a su excelente profesor Nicolle, para enterarles del éxito alcanzado. Las felicitaciones fueron unánimes. Sus camaradas sintieron orgulllosos de él y su nombre adquirió celebridad en la pequeña ciudad.

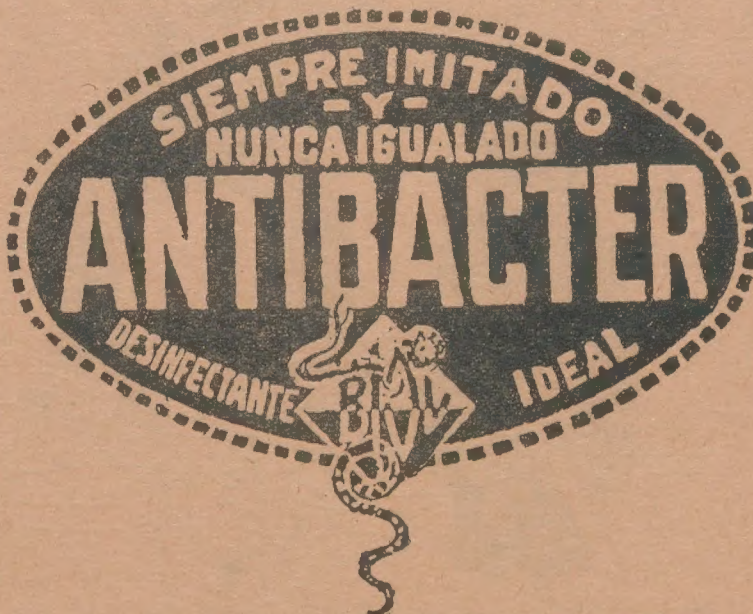
Todos los habitantes afanaronse en ver al joven inventor; pero, como con frecuencia acontece, ninguno se brindó para ayudarlo. Y siempre pobre, no logró Sauría explotar su maravilloso y provechoso invento.

Según se cuenta, fueron extranjeros quienes sacaron partido de la invención del joven estudiante de química. En el curso de un viaje a Alemania, el profesor Nicolle elogió con tanto entusiasmo el descubrimiento de su alumno, que algunos de los que le oyeron, dice una conocida revista en uno de sus últimos números, pusieron al punto manos a la obra, por su cuenta y riesgo, sin pensar en el inventor. Dos años más tarde llegaron a Francia, procedentes de Alemania, las primeras cajas de fósforos.

En cuanto al pobre estudiante hizo con grandes dificultades y privaciones sus estudios médicos y ejerció humilde y oscuramente la profesión durante sesenta años hasta que falleció.

Instituto Biológico Argentino

Buenos Aires — Florencio Varela



ANÁLISIS CLÍNICOS, SUERO-REACCIÓN DE WASSERMANN, SUERO-REACCIÓN TÍFICA DE WIDAL, TUBERCULINA HUMANA Y BOVINA PARA APLICACIONES DIAGNÓSTICAS Y TERAPÉUTICAS EN EL HOMBRE Y EN LOS ANIMALES, ESTUDIO DE LAS EPIZOOTIAS, PREPARACIÓN DE AUTOVACUNAS.

SUEROS Y VACUNAS TERAPÉUTICAS, PRODUCTOS OPO Y ÓRGANO TERAPEUTICOS.

RIVADAVIA 1745

U. T. 37 RIVADAVIA 3344 - 7018 - 7019

res. Y por ello depositó un billete en las manos de la lavandera, y dijo:

—Vamos... Vamos, Clara... El tren está por partir.

Se marcharon. Durante el trayecto, Luis fingió no reparar en la demudada expresión del rostro de su esposa, semioculto entre las rosas. Y calló, para respetar la melancolía de aquel dolor... De aquel dolor tan cruento, tan horrible, que ni siquiera tenía el consuelo de las lágrimas.

¿Quién fue el inventor de los fósforos?

Un fósforo es cosa vulgar, insignificante, que en sí no tiene precio. Si cae al suelo, se le abando-

nidad, cuyo nombre no han de ser muchos los que lo conozcan y de cuya existencia pocos han de ser los enterados.

Este hombre — cuyo nombre, seguros estamos, ni figura sobre ninguna caja de cerillas — fue Carlos Marcos Sauría, nacido en 1812 en una aldea de Jura, en Pongny. Su infancia transcurrió en un ambiente de estudio, demostrando desde muy temprana edad, gran inclinación hacia la química.

En 1827 cuando era aún estudiante, tuvo oportunidad de ver, en el curso de un viaje, el famoso pico de gas de Gay-Lussac. Esta ingeniosa invención, maravilla de los hombres de aquella época, causó gran impresión en el joven Sauría, quien se propuso inventar algo que fuera a la vez que menos complicado, más económico.

A su regreso, sus padres lo enviaron a Dôle para que prosiguiera en un colegio superior sus estudios. Lejos de amilanarse, Carlos

La herramienta más antigua

La herramienta más antigua que se ha podido descubrir en la historia egipcia es el serrucho.

Primero tenía la forma de un cuchillo de bronce dentado, en la tercera dinastía, o sea unos cinco mil años antes de nuestra era, siendo seguido en la tercera y cuarta dinastía por serruchos de dientes más grandes, que eran empleados por los carpinteros.

En el siglo VII antes de la era cristiana los asirios usaban serruchos de hierro.

Los primeros cuchillos que se conocieron eran de pedernal, y, en realidad, resultaban ser serruchos con dientes diminutos.

Se apagaron las luces en el cielo... Oración en Piedras Negras. La vieja hacienda que un día fuera convento y castillo—fortaleza española—parece estremecerse por unos alaridos que esperan llegar al cielo, llenos de fe, para la aparición en el Tepeyac: son los indios que rezan, acabado el trabajo, y rezan tumultuosamente, con gritos más que con palabras, con estridencias; pero tan conjuntadas que parecen tener hasta ritmo, un ritmo bárbaro, casi wagneriano; unos gritos que parecen el eco del de los antiguos mexicanos a Quezaltcoatl, el dios azteca que se emborrachó con pulque y se fué al cielo convertido en la estrella de la tarde... Se apagan los gritos en un desfallecimiento; cae del cielo una dulce quietud que hace bendecir la vida... Es la hora propicia de todos los ensueños: los jacales se tornan palacios por el calor de hogar que tienen; su olor agrio, de miseria, se lo lleva el aire por el mundo y lo incienso con fragancias vírgenes... Fantasmas parecen los árboles en el claroscuro... Muge una vaca su maternidad... Un cantor anónimo y vagabundo dice la desventura de una ausencia que inventó el pueblo con una armonía primitiva...

—¡Chemita!

—¡Lupe!

Dos nombres que parecen dos oraciones, dos palabras de amor, y en el nocturno romántico dos canciones de felicidad.

—¿Me buscabas? — preguntó él.

—No — respondió ella —. Pero me alegra verte. Luego no vayas a verme.

—¿No quieres tú?

—¡Ah, que mi papasito!... Quer-
rer, sí; pero no vayas.

—No iré.

—Hasta mañana.

—¡Eh, tú, Lupe! Dime algo para esperar a gusto.

—¡Te quiero!...

—¡Te quiero! — respondió admirado, como un eco, el charrito. ¡Qué bien me suenan tus palabras, y mejor cuando me las dices así: con la dulzura india que yo adoro.

—Pos dímelas tú así — pidió ella casi suplicando.

Y entonces Chema le dijo, como si cantase muy quedo una bella sinfonía fabulosa:

—¡Te quiero!...

Se miraron los dos y callaron los labios porque el corazón los dejó mudos... Como temerosos de profanar con palabras lo que sus almas se dijeron en silencio, mirándose hasta que las sombras de sus cuerpos se fundieron con la sombra... La tierra y el cielo hablaban de cosas muy hermosas que no entendía nadie.

Chemita era hijo del hidalgo señor de Piedras Negras. Toda una tradición de raza se concretaba en él, que, vestido a la rica usanza del charro adinerado, se le creería, en la soledad del paisaje, como un príncipe extraño; su tez morena parecía adornarla una crencha de pelo negro que le caía de la cabeza como un alirón. Vivía plácidamente en el feudo magnánimo de la hacienda y en un triunfo de juventud y bravura.

Lupe era alta; mórbida, sus carnes de bronce, parecía una mujer de oro; la juventud fragante de sus diez y seis años completaba la visión de virgen india que le daban sus cabellos negros caídos a la espalda como un manto.

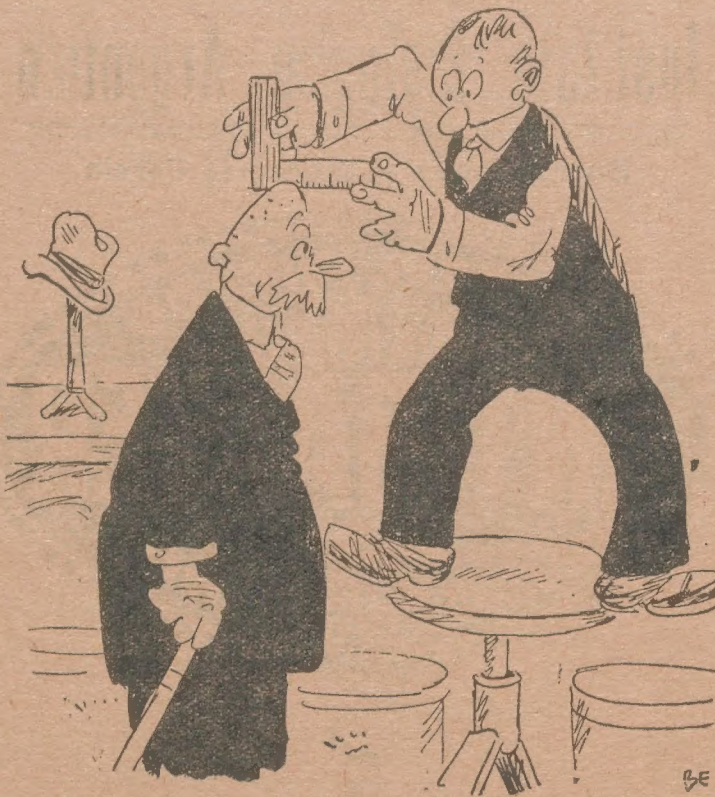
La venganza de Chema

(Cuento mejicano)

Por Romero de Marcotte

Chemita y Lupe nacieron casi al mismo tiempo, y cuando la vida puso en sus almas galanías y fogaradas de primavera sintieron que se querían de amor. Y un día

Los campos de Tlaxcala se agitaron en una convulsión de muerte. Los indios campesinos habían cambiado su humildad en altivez. Hasta la hacienda de Chemita, una



EL SOMBRERERO. — Yo a usted le conozco, caballero. ¿Usted no era el "clown" Pepino?

se dijeron las eternas palabras de pasión, que siendo antiguas como el mundo parecen siempre nuevas, nunca pierden valor y ellas solas explican el enigma de la vida.

Y así vivían...

mancha negra en medio de la esmeralda fabulosa de la campiña, llegó la noticia de las convulsiones de Tlaxcala:

—Pos qué, jefesito, ¿no se enteró que hora no más seremos toos iguales, o qué? Veremos ahorita

TARDE CAMPESINA

El sol pone su beso de oro en el camino. Los álamos murmuran, inclinándose, al viento. Y marcha, a tardo paso, un viejo peregrino por el abandonado sendero polvoriento.

El arroyo que corre, presta suave frescura al paisaje de égloga, y canta alegremente el agua cristalina su tenue canción pura en la taza de piedra de una rústica fuente...

La tarde es armoniosa como una melodía.— El ambiente es de paz, en la gloria del día y las campanas llaman de la ermita vecina—

El viejo caminante musita una plegaria (Mi alma se llena de una emoción solitaria... oh! prados, oh! dulzura de tarde campesina!)

Julio C. VIALE PAZ

quién son más fuertes, si ustedes los amos o mis cuates.

—¿Qué quieres decir? — preguntó Chema al indio que le daba la noticia.

—¡Ah, qué, patrón! ¿Por no sabe que anda la revolusión en el Estado?...

¡La revolusión! La ambición de un político descontento había puesto en armas a un puñado de ignorantes que robaban por un afán de riqueza y asesinaban para asegurar la rapiña, sin entender de nobles ambiciones y confundiendo el bandolerismo con el ideal, llamando "buena causa" a la suya, que no sabían qué causa era, y por lema el que tuvieron "los dorados" de Pancho Villa: "¡Cómo me gustas pa defunto!"...

El campo de Tlaxcala se agostó regado con sangre, y un día el tableteo de unas ametralladoras puso a prueba la fortaleza pétrea de la hacienda de Chema. Los "rebeldes", ansiosos de apoderarse de las riquezas que suponían guardaba el viejo caserón, pusieronle cerco, y al convencerse de que pudieran ser derrotados emprendieron la huida, temerosos de una sorpresa en la noche.

Al día siguiente los defensores de la hacienda pudieron ver cómo de un árbol colgaba el cuerpo atravesado a balazos de una virgen violada: era Lupe...

Chema, a la vista de sus amores muertos, destrozados, no pudo ni llorar ni aun hablar pudo. Sintió que algo muy bárbaro le desgarraba las entrañas, y, abrazado a Lupe, la llamaba a gritos, como versos rotos, en un delirar de locura...

Chemita, con la partida de fieles servidores que habían defendido la hacienda, salió en persecución de los "rebeldes" en un ansia infinita de venganza, acosados por un recuerdo de horror, y en aquella cacería monstruosa lograron apresar al cabecilla, que, al verse prisionero, temblaba con temores de niño. Con el cabecilla que había asediado la hacienda de Chema, que había asolado su siembra de ideal, que había destrozado el cuerpo hermoso de Lupe, iba una mujer que a Lupe viva se parecía, que como Lupe llevaba el pelo, como un manto, y que parecía de oro también. Aquella mujer era la hija del cabecilla, y Chemita la atrajo hacia él como para abrazarla; pero sus manos, en lugar de caricias, llevaban la muerte y estrujaron con violencia el cuello de la hembra para estrangularla.

Temblaba el rebelde ante tanto horror; quiso suplicar; pero de su boca no salían más que rugidos de fiera, y la pobre chinca temblaba como una paloma en las manos de Chema... que no tuvo valor para matarla y que, arrodillado ante ella, le decía como desvariando:

—¡Perdóname, mujer, que sea tan miserable! Tú no tienes la culpa de que los hombres seamos tan miserables, tan cobardes y tan asesinos.

Sacó su pistola para matar al cabecilla, y la indita se interpuso entre Chema y su padre... Nuevamente Chemita no tuvo fuerzas para matar. Silenciosamente salió del jacal aquel, y montando en su caballo se alejó de aquel sitio, llorando la muerte de Lupe, de su Lupe, a la que no podía vengar "porque le faltaba corazón para ello"...

16 de octubre. A 80° 40' latitud Norte, 2° longitud Este. — Sencillamente estupendo. La planicie helada semeja un extenso manto de armiño. Pero el festón de ese manto es cosa enorme. Como que lo componen grandes témpanos flotantes... No es muy divertida la situación. Llevamos quince días de temor agudo. Nuestro cerco se prolonga y las provisiones van escaseando... El capitán parece estar tranquilo. ¡Hombre admirable! Ayer, platicando en la toldilla, declame entre jovial e irónico:

—Para el primer viaje por los hielos no se porta usted mal, doctor. Su serenidad me resulta interesante.

Procuré escudriñar en su rostro. A lo imposible de la faz se unía un mirar tranquilo, casi dulce. Chupeteó su larga pipa de cerezo y, echando el humo al aire, repuso:

—Usted, por su carrera, claro está, no ha de ser de los que se asustan ante la muerte. Pero no es lo mismo presenciarse que arrostrarla... Nuestra situación no es muy envidiable, querido doctor. ¡Las regiones polares dan cada disgusto!... Con viento Norte haríamos una pesca soberbia. Si sopla del Sur...

Creo que balbucí unas palabras incoherentes y hube de alejarme a poco.

22 de octubre. — La perspectiva de un riesgo cada vez más probable casi viene a constituir un atractivo. Sin esto la monotonía resultará atroz.

Más que por inquietud, por hablar con alguien, he preguntado al segundo de a bordo cómo andamos de víveres. Creo que no me ha dicho la verdad. No he insistido. Poco después vino el capitán a mi camarote. Está muy comunicativo conmigo. Empezó diciéndome:

—El tiempo sigue calmoso; la brisa del Sureste, casi imperceptible. La tripulación está nerviosa y tendrá usted que suministrar más de un sedativo.

—¿Y usted, capitán?

—Yo soy como esos témpanos que nos circundan. Ya lo habrá usted notado. La existencia para mí es cosa muy relativa.

—¿Fruto de desengaños?

Me contempló fijamente unos segundos y soltó estas palabras que me dejaron atónito:

—Eso, usted.

—¿Yo, capitán?

—Sin duda. No hay más que observarle y tener en cuenta su decisión al ocupar el cargo que ocupa a bordo... En las miradas de usted hacia el horizonte, en su misma abstracción ante el peligro, veo yo un ensueño. Ni la pesca de focas, ni el espectáculo polar, ni nada de lo que nos acontece le interesa a usted... ¡Tiene usted el pensamiento en otra parte!

Creo que me limité a sonreír. El capitán me dejó solo.

2 de noviembre. — ¡Cosa más rara!... ¿Tendrá razón el capitán? Mi serenidad es aparente. Al querer coordinar hoy mis ideas y trazar estas líneas, dos veces, inconscientemente, escribí su nombre. Borrado va en esta misma página. Creí haber acertado a poner entre ellas y yo una distancia incommensurable, y resulta que se me aparece... ¡Todo ha concluido entre los dos!...

No tenemos otro camino que el Sur, muy angosto, para asegurar

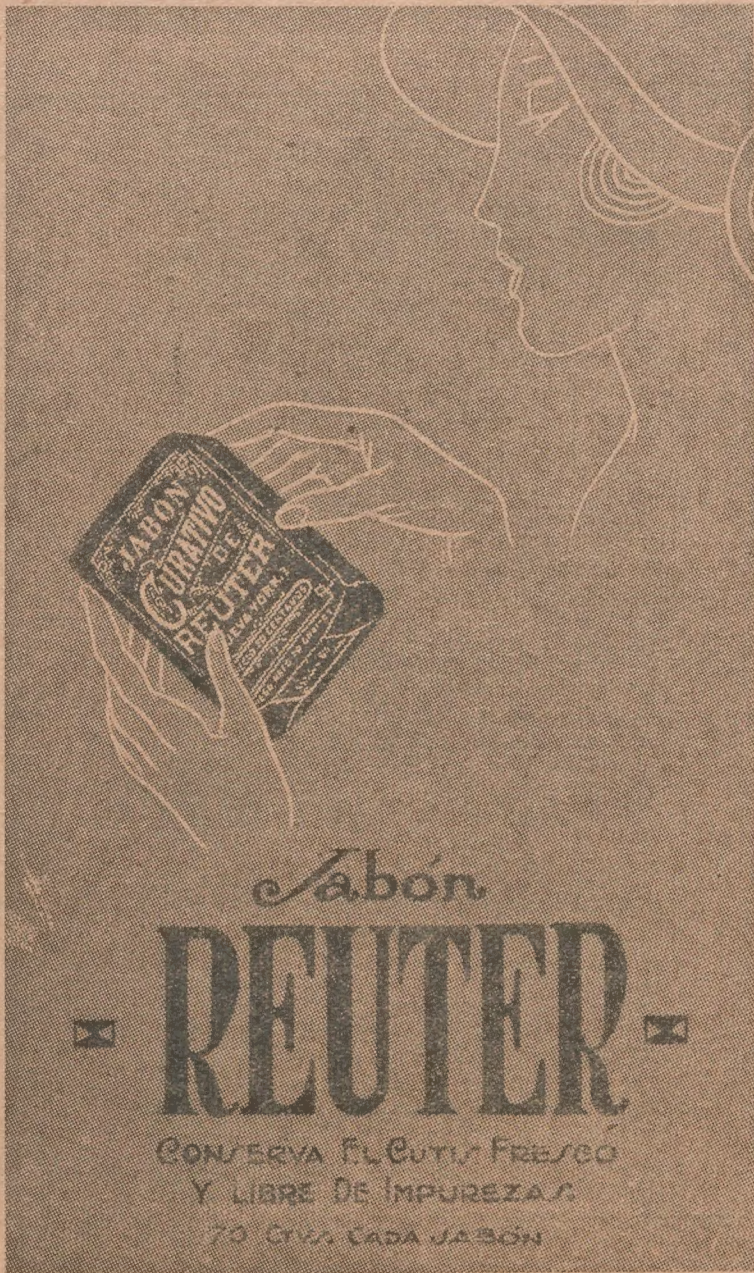
En busca del olvido

Por Sebastián Gomila

la retirada, y sospecho que el hielo nos cierra como nunca. ¿Y los víveres? La galleta toca a su fin... Tiro la pluma. ¡Qué porfía! Otra vez la inicial de su nombre...

10 de noviembre. — Ahora es

frío y qué silencio mortal! Y en este silencio... ¿Tendrá razón el capitán? Se exalta mi mente, mi corazón late. Allá a lo lejos antójanse que uno de los témpanos afecta forma de mujer... ¡Ella!!



el capitán quien se sonríe... Casi me abstraí la contemplación del bello tinte que echa el sol en su ocaso sobre las heladas masas.

Los bancos de hielo acusan formas caprichosísimas... Pero ¡qué

Me separo de la barandilla. Esto es una alucinación, un verdadero absurdo... Casi estoy febril en esta atmósfera insoportable... Voy a trazar cien veces seguidas esta misma palabra: olvido. Porque es

ANECDOTA

La curiosidad había conducido a Voltaire al sitio de Philipsbourg.

—Señor de Voltaire — dijo el Mariscal de Berwick — ¿quiere usted venir con nosotros a ver las trincheras?

—No, señor Mariscal — repuso el escritor. — Me encargo de contar sus hazañas, sin tener la ambición de compartirlas.

toy decidido a olvidar. ¿Dónde mejor que entre los hielos, a 80° de latitud Norte?

25 de noviembre. — Esto es la muerte interminable. Ni el más ligero rumor, ni un soplo de brisa. Los arponeros parecen enormemente disgustados, a punto de rebelarse... El capitán apenas se deja ver.

A la puesta de sol la enorme sábana tomó un matiz rojo como de sangre... Quiero aprovechar unas horas para repasar mis libracos... Al abrir uno de ellos lo primero que apareció fué... una hoja de violeta reseca: un recuerdo de ella. ¡Está de Dios!... Tiré la hojita y la pisé con furia. El capitán asomó por la puerta entreabierta y vió mi ademán.

—¿Le entumece el frío, doctor?

—Lo soporto bien, capitán.

—Creí verle brincar...

Lo miré sin poder disimular la cólera. Pero él repuso:

—A fe que no se puede regañar con el médico. No se me enoja usted por tan poco. ¡Si está usted confirmando mis sospechas!

—Pero ¿qué diablos sospecha usted, capitán?

—Que está usted... locamente enamorado.

Le miré de hito en hito. Su rostro estaba más impasible que nunca. Pasó la sacudida de mis nervios. Pero sentí latir con violencia mi corazón... y ella apareció en mi mente. No supe negar ni afirmar. Lo que hice fué soltar un chorro de palabras atropelladamente, sin concierto... Si el capitán no me tomó por loco, motivos tuvo para hacerlo.

27 de noviembre. — Esto es brutal. Me absorbe, me anonada. Fuyo de la presencia del capitán porque, después de todo lo insinuado el otro día, iba a añadir yo de seguro: "Esta soledad, este silencio, este frío no han hecho más que avivar el recuerdo... Nos rodea el hielo, y hay un volcán en mi mente y una llama en mi corazón..." Parece que ese hombre lo conozca; me huye casi, y se diría que anda preocupado. ¿Será que me compadece? La verdad es que me compadece?

Quise repetir hoy el intento de autosugestión. Escribí la palabra olvido varias veces, y otras tantas la he borrado... Decididamente el capitán es un psicólogo. Lo mío no ha sido una hazaña, sino una tontería... Seré yo quien interroge al capitán. ¿Se abre el hielo? ¿Se cerró nuestro único camino?... ¡Si ella pudiera ver esto!

30 de noviembre. — ¡Loado sea Dios! El capitán, por demás risueño, acaba de comunicarme que la ruta está libre... Vamos a efectuar el retorno. Se lo he confesado al capitán. No, yo no tengo vocación; yo equivoqué los medios, yo estoy rematadamente loco... Y el capitán ha suspirado, ha musitado algo de este tenor:

—Lo sé por experiencia, doctor. No bastan los hielos, los silencios fúnebres para arrancar una imagen... ¡Feliz usted si al retorno no halla, como hallé yo, un sudario!

Juraría que la recia tela de la manga del chubasquero de ese lobo de mar no engugó un lagrímón mayúsculo... A mí me inundó los ojos un raudal...

EPILOGO. — ¡Nunca, nunca, nunca!!!... Haz de mí lo que quieras. No me separo de ti.

EL CUERVO MARINO

Por Jonás Lie

No lejos de Andverg, en el Norte de Noruega, yace un pequeño islote, habitado por aves. Por más tranquilo que esté el mar, nadie puede acercarse a él. Las olas, que chocan contra sus costas, lo rodean de espuma. En los hermosos días de verano el islote refulge, entre la niebla marina, como un anillo de oro... Cree el pueblo que antiguos piratas abandonaron allí fabulosos tesoros. Cuando el sol se pone aparece a veces un buque, pero nunca se acerca mucho a la isla. En la orilla se ven filas de cuervos negros. Esperan la aparición de algún pez. Sin embargo, hubo un tiempo en que se conocía muy bien su número. Siempre eran ni más ni menos que doce, y sobre la roca, envuelto en las nieblas del mar, posaba el treceavo, el cual, cada vez que veía a alguien, levantaba el vuelo y desaparecía.

Las únicas personas que vivían en aquellas pesquerías de invierno, cuando la pesca terminaba ya, eran una mujer y una chiquela. Se mantenían con lo que se les pagaba por cuidar las construcciones para secar el pescado, y que atacaban, con sus picotazos, los cuervos marinos.

La chica tenía el cabello negro rizado, y un par de ojos que miraban de una manera tan extraña, que se podía decir: Se parece a los cuervos de la isla.

No le esperaba nada bueno. Nadie sabía quién era su padre.

Luego, cuando en el Verano las barcas debían dirigirse hacia las regiones pesqueras para cargar pescado seco, sucedía que las jóvenes se ofrecían espontáneamente para ir.

Algunos llegaron a renunciar a lo que les correspondía, como sueldo y ganancia; y en muchas aldeas hubo luto y tristeza por compromisos matrimoniales deshechos.

La culpa de todo la tenía la joven de los ojos extraños. Ella, sin embargo, era orgullosa y no demasiado alegre; pero tenía tal poder de simpatía, que todos los que con ella hablaban quedaban encantados y les parecía que sin ella no podrían vivir.

En el primer Invierno la pretendió un joven que poseía una casa propia y una barca marina.

—Si vuelves en el próximo Verano y me traes el anillo de oro que te pedí y con el cual quiero comprometerme — le dijo — entonces te daré mi "sí".

En el Verano siguiente el joven volvió.

Debía cargar mucho pescado. Ella podría tener el anillo de oro que quisiese, por más grande que fuera su valor.

—El anillo que yo quiero está debajo del castillo, en el islote de las aves, en una cajita de hierro. Si en realidad me quieres, debes conseguirlo.

Al oírlo, el mozo se puso pálido.

Vió el oleaje, en la isla, que se encabritaba terriblemente, formando así como un muralón de espuma blanca, a pesar del hermoso día de Primavera. Sobre las rocas del islote estaban los cuervos, dormitando al sol.

—Mucho te amo — replicó —; pero esto huele más a sepelio que a casamiento.

H U M O

Círculo eterno de envilecimiento!

no poder ser lo que uno tanto sueña,
ser algo más que un vano movimiento,
que una piedra que rueda y se despena!...

En vano busca la palabra pura
el hombre que a sí mismo se asesina
y entre las sombras de la noche oscura
huyendo de la luz, triste camina.

Mas llegará el momento lo presumo
—penúltima corona de asfodelo—
en que toda esa escoria se haga humo
y como nube blanca ascienda al cielo.

¡Fulgor latente de inocencia incierta
que en la dorada copa nos contrasta!...
—Redime el alma, que juzgamos muerta,
el dulce horror que canta en el Salmista.

GERMINACION

Lámpara de alabastro en la penumbra,
fragante soledad, silencio austero,
en que la vida dolorosa escucha
el cándido balido del Cordero.

Detengo el paso de mi amor y siento
que algo florece en la conciencia mía:
corola azul que me ha traído el viento,
gota de luz donde germina el día.

Fernán Félix de AMADOR

En aquel mismo instante hendió los aires el cuervo número 13, huyendo de los salpicones de la espuma del mar.

En el Invierno siguiente la pretendió el timonel de un gran barco. Por ella se sintió desgraciado durante dos años. Recibió la misma respuesta.

—Si vuelves en el Verano siguiente y me consigues el anillo con el cual quiero comprometerme, aceptaré.

Y el hombre volvió, para la pesca del año siguiente, en el día de San Juan.

Pero cuando supo dónde se hallaba el anillo, permaneció llorando un día y una noche, hasta la madrugada siguiente.

Entonces alzó su vuelo el cuervo número 13 y desapareció.

En el Invierno siguiente el tiempo fué terriblemente malo.

Muchas barcas naufragaron. Sobre unas tablas de un barco deshecho yacía un joven, casi agonizante.

Se hizo todo para despertarlo de su desmayo, pero sin resultado.

Entonces se acercó la muchacha.

—Es mi novio — dijo.

Lo colocó en su regazo y así estuvo toda la noche calentándole el corazón.

Cuando llegó la mañana, el corazón del joven empezó a latir.

—Me pareció haber estado entre las alas de un cuervo — dijo — y que mi cabeza descansó sobre su corazón cubierto de plumas.

El joven era bello, con el cabello crespo: no podía quitar los ojos de la muchacha.

Empezó a trabajar en las pesquerías.



—Tú me sacaste de las tablas del mar y puedes volver a colocarme en ellas — replicó el joven —. Sin ti no puedo vivir.

Pero cuando él, animoso, saltó a su barca, para dirigirse a la isla, ella le siguió, sentándose en la parte posterior. Estaba pálida, extraña.

El día de Verano era hermoso y el mar hacía rodar sus olas de plata.

El joven las miraba, remando fuertemente, hasta que se oyó el ruido que producía el oleaje en las rocas de la isla. Aquellas moles enormes de agua rebosaban espuma.

—Si la vida te es cara, muy pronto has de volver — le dijo ella.

—Tú vales para mí más que la vida — le replicó él.

Pero cuando el joven creyó que la popa de la barca se hundía y que la muerte había entreabierto sus fauces, la superficie del mar se tranquilizó bruscamente, tornándose lisa y brillante; la barca se arrimó, sin el menor obstáculo, al islote.

Sobre unas rocas veíase un ancla, medio hundida en el agua, toda herrumbada.

—En la caja de hierro que está debajo del ancla, está mi dote — dijo ella —; tráemela a la barca. Luego coloca en mi dedo el anillo que encontrarás ahí, que nos servirá de compromiso. Yo seré tuya hasta que el sol empiece su danza en el Occidente, sobre el mar.

Era un anillo de oro con un rubí; él se lo puso y la besó.

En la isla había un vallecito, con un arroyuelo y orillas cubiertas de césped.

Allí se sentaron. Su alegría fué infinita.

—¡Qué hermoso es el día de San Juan! — dijo ella —. Yo soy joven y tú eres mi novio. Vamos a nuestro tálamo nupcial.

Ella estaba tan hermosa que él desfalleció de amor. Y cuando el sol inició su danza nocturna sobre el mar del Poniente, ella lo besó, derramando lágrimas amargas.

—El día de Verano es hermoso — dijo — y el crepúsculo lo es más aún; pero ahora obscurece.

De repente parecióle que ella envejecía rápidamente, como si se desvaneciera.

Y cuando el sol se hundió, yacía a su lado un montoncito de ropa vieja.

Silencioso estaba el mar y en la clara noche de San Juan volaron sobre él solamente doce cuervos...

Curiosidades

En 1624 fué dictada en Inglaterra la primera ley para la producción intelectual. Todas las patentes eran publicadas e impresas con dibujos. Actualmente las patentes nacionales e internacionales, concedidas por los gobiernos, aseguran a los inventores la propiedad y la explotación exclusiva de sus descubrimientos durante un cierto número de años.

Mueren del cáncer cada año más personas que de accidentes de la circulación, fuegos, ahogamientos, accidentes del trabajo, envenenamientos, homicidios y suicidios combinados. El pulpo es de los habitantes del mar, de los que con más facilidad se adapta a vivir en cautividad en los acuarios.

Los donadores o encantadores de serpientes de las islas de Ceilán usan un instrumento llamado maguidi, con cuyas notas adormecen a los reptiles.

En 1610, el té fué llevado de China a Europa por los holandeses. Ya era conocido en China en el siglo VI. En 1655 fué introducido en París, en 1638 en Rusia y en 1650 en Inglaterra. Los principales países productores de té son la China, las Indias, Ceilán, las islas Sonda, Indochina francesa y Corea.

Un viejo de ochenta años de edad que se haya afeitado todos los días, se ha quitado, por lo menos, diez metros de pelo.

El alfabeto tártaro contiene 202 letras, siendo, por lo tanto, el alfabeto más largo del mundo.

La langosta de mar, según se ha podido comprobar, teme horriblemente a los truenos.

Aleandría posee el mayor puerto artificial del mundo.

En el año 1628 Gilbert, médico inglés, descubrió la fuerza de atracción del ámbar froto, fenómeno que ya Tales de Mileto había comprobado en el año 585 antes de Jesucristo. Dió a esta fuerza natural el nombre de *electricidad*, que en griego significa ámbar. Las aplicaciones de la electricidad se han hecho numerosas: fuerza motriz (automóviles, locomotoras, máquinas, herramientas), alumbrado, telegrafía y telefonía, galvanoplastia, etc.

El uro es un animal salvaje, muy parecido al bisonte de América, y habita en el Cáucaso.

El uso de roca pulverizada como preservativo para los desastres mineros fué demostrado recientemente por el Bureau of mines de los Estados Unidos. En un pozo de 400 pies de profundidad fueron distribuidas 800 libras de carbón en polvo y quemadas por medio de un soplete especial. La roca pulverizada suspendida en compuestos se suelta por la fuerza explosiva de la llama de carbón y cae sobre éste, apagando el incendio.

Otto de Guericke, en Magdeburgo, inventó en el año 1663, la máquina eléctrica, que funcionaba por el frote de esferas de azufre.

El berilio es un metal (glucinio) de 1.64 de densidad, que se funde a 1.000 grados. Parece haberse encontrado un procedimiento comercial para su extracción de los minerales que lo contienen, principalmente el berilio, silicato de alúmina y glucina.

Las aplicaciones del berilio y sus aleaciones con otros metales permitirán disminuir el peso de algunas piezas metálicas.

Se cree que fué en Babilonia, en donde tuvo origen el dividir la esfera del reloj en 60 divisiones iguales.

En 1605 los holandeses descubrieron Australia, que ya había sido vista por primera vez en 1601 por los navegantes portugueses. Este continente fué explorado a partir de la terminación del siglo XVIII. La Australia es actualmente una colonia inglesa en la que viven más de dos millones de europeos. Se explotan numerosas minas de oro y cobre.

Linneo, el creador de la ciencia botánica, fué aprendiz de zapatero en Suecia.

En Europa se utilizan ahora las algas marinas para la fabricación de potasa.

Un eminente explorador asegura que los canibales son muy corteses cuando comen.

La policía de París clasifica los ruidos en agradables, casi armoniosos, tolerables e intolerables.

En lugar de valerse del oído para juzgar los grados y cualidades de los ruidos producidos por los automóviles, utilizan una cámara que transforma las vibraciones de sonido en una ondulante inscripción luminosa sobre una cinta. Esta cinta sirve de prueba en cuantas cuestiones legales se susciten.

La violeta era la flor predilecta de la familia de Napoleón Bonaparte.

Con la fibra de una piedra filamentosa de las minas de Siberia se fabrica una tela tan duradera que casi podría decirse que es indestructible. Dicho tejido es suave al tacto, y cuando se mancha basta exponerlo al fuego para que quede limpio.

El camarón devora cinco toneladas de pescado cada año.



EN TODOS LOS
ALMACENES DEL
PAIS

Cervecería Palermo S. A.
BUENOS AIRES



Malta
PALERMO

Malta Palermo agrega un valor más a la mesa familiar

¡Oh, la inimitable comida hogareña! Platos sanos, apetitosos..., platos por los que suspiran melancólicamente los solterones... Y si ya de por sí son buenos..., ¡qué decir cuando gozan de un complemento tan digno como la Malta Palermo! En verdad, que costaría hallar una bebida tan, pero tan adecuada a la mesa como la Malta Palermo.

Papá y mamita están encantados por su positiva influencia sobre el bienestar general, y aseguran que jamás gozaron de tan buenas digestiones como ahora; y los chicos... ¡mi Dios, como la toman! Dicen que es "para tener mucha fuerza"; pero lo cierto es que también les engolosina su riquísimo sabor...

EL ANGEL BUENO

Por Andrés Birabeau

Javier Gazzotte, es un antiguo director de colegio, a quien le ocurrió una aventura bastante curiosa, que yo he contado en otra ocasión. Hacía tiempo que no lo veía, y he tenido la suerte de encontrarle nuevamente. Vive ahora en Cabo Zardier, al borde mismo de la carretera donde fue atropellado por el lindo automóvil de Ninita Dineguine. Ninita, con la que él se casó después del accidente, alhajó con el mejor gusto el pequeño hotel que adquirieron, y frente al cual monta la guardia un largo ciprés negro. Me invitó a pasar un día con ellos. ¡Oh! ¡Qué mar tan azul! ¡Qué cielo por encima de nuestras cabezas! ¡Cuán bien hemos respirado los tres!

—¿De modo, amigo mío — me dijo Javier, — que ha contado usted mi aventura? ¿Y qué han dicho de eso?

—Que era usted un fantoche, querido Javier.

—Es cierto. Todos somos fantoches.

—Me han dicho también que no podía usted ser feliz con Ninita...

Gazzotte miró a Ninita sonriendo. Ella se encogió de hombros, sonrió a su vez, y murmuró:

—Mejor, mucho mejor. Que no nos crean dichosos; así nos dejarán tranquilos.

—Y me han dicho más; me han dicho que yo había exagerado en la descripción de mi primera mujer, hasta el punto de hacer de ella un cancerbero ridículo y absolutamente inverosímil.

Javier Gazzotte dió un salto.

—¡Ah! Pues le juro, amigo mío, que se la describí a usted fielmente, sin exagerar lo mínimo. ¡Inverosímil porque me tenía dominado y porque yo me dejaba dominar? ¡Dichosas las personas que le han dicho eso! Pero bien poco observadoras... Porque puedo decir, sin temor a equivocarme, que la virulencia de mi mujer es tan vulgar o frecuente como mi debilidad de carácter. Los maridos superiores a sus mujeres y que, sin embargo, se dejan llevar por ellas, constituyen legión. Depende del temperamento y de una mala costumbre que nace poco después de casarse. La mujer grita a la primera ocasión que surge el marido no le planta cara, y ¡se acabó!... Ya es para toda la vida. Usted mismo, si no recuerdo mal, ha pasado por cosa semejante. Recuerdo que cuando yo le conté mi historia y le referí un rasgo de mi primera mujer, exclamó usted: "¡Pero si eso me ha pasado a mí! ¡Juraría que es cosa de mi mujer!"... Y mire usted: Faubert estaba casado con una mujer absolutamente idéntica.

—¿Faubert?

—No lo ha conocido usted? Un muchacho rubio, de aspecto entre cazurro y tímido. Era profesor de matemáticas en mi colegio y yo le quería mucho. Desde que me presentó a su mujer se me hizo simpático. La mujer era un coracero; tan pesada como la mía, fuerte y con voz recia, como la mía, también.

—Y como la mía...

—Siempre en movimiento, nunca cansada, mandando constantemente, pronta a hacerse obedecer y segura de tener siempre razón. Y tan convencido de ser buena que creía innecesario mostrar su bondad. Cuando llamaba a su marido "imbécil", no era mala, él mismo lo sabía y no le molestaba más que cuando había gente. Ella le quería. Cosa muy natural, amigo.

dar..." No estaba tranquila más que teniéndole a su lado y entonces le abrumaba a tonterías y reproches. Admiraba la sabiduría de él, pero llamándole idiota al propio tiempo y acusándole de no tener habilidad para lograr nada.

—¿Y él?

—El la quería y la tenía un poco de miedo. La miraba la cara como el Labrador mira al cielo. "¡Con tal que no granice!" Pero los arre-

DEFENSA

Ambos hicieron, juntos, sus primeras armas en las batallas del teatro. Uno, mediocre, hábil, tenaz; otro, genial, ingenuo, negligente. Ene parecía adelantarse al otro, pero luego era alcanzado y sobrepasado, gracias a lo que Ene denominaba "la buena suerte de Efe". Ene sumaba; Efe multiplicaba; aquél era la lámpara en la biblioteca, éste era el relámpago en el espacio; el primero repetía nombres, el segundo nombraba.

Efe ignoraba aquella adversidad, lucha de Ene contra el destino, y ponía en sus manos la suerte de su candidatura a la Academia, en cuyo seno había oído exclamar Ene, repetidas veces:

—Efe es un verdadero renovador del teatro, un creador. Entre nosotros no tiene igual; fuera del país sus pares son escasos.

—¿Qué hacer?, se preguntaba Ene, como un viajero extraviado.

Hasta que al fin, con el ímpetu con que el viajero extraviado, al encontrar el camino, lo transita, pronunció antes de la elección, esta defensa de su candidato:

—Alguien cuya autoridad en cuestiones de teatro es unánimemente atacada, me acaba de expresar su protesta contra la candidatura del comediógrafo Efe, para quien, como es sabido, mi admiración es sin medida. Se acusa a Efe de plagiar comedias de autores todavía desconocidos aquí, y ponerlas en escena como originales. A colegas míos he oído repetir esta acusación, y aludo a ella, a fin de que la Academia vea cómo siendo eso lo único que se le puede reprochar a la obra ya famosa de Efe, la candidatura de éste me parece intangible a toda querrela grave o importante, porque ¿no se jactaba Moliere de tomar su bien donde lo hallara? Y el mismo Ibsen, ¿no copió en su poema dramático "Brand" toda una escena de "Los Bandidos" de Schiller?... Así, pues, elijamos a Efe, y habremos glorificado gloria. Mi voto es suyo.

Y ese fué el único voto que obtuvo la candidatura de Efe.

R. PEREZ ALFONSECA

Las mujeres de esa clase quieren a sus maridos de un modo análogo a como ciertas madres quieren a sus hijos. Que uno de éstos, por ejemplo, está a punto de sufrir un accidente; sienten ellas tal angustia que largan una bofetada: "¡Imbécil! ¡Vaya un susto que me has dado!" La señora Faubert quería a su marido. Cuando ésta tardaba cinco minutos en volver a casa, ella se ponía a morir: "Indudablemente es que le ha ocurrido algo. Es muy distraído; va tropezando con todo el mundo y no sabe an-

batos de la señora Faubert eran peores que el granizo: un huracán, una borrasca...

Para gozar de unos minutos de inocente libertad, de esos que tan gratos son a los hombres, como pasear por las calles fumando un cigarro, detenerse a hablar con uno, perder el tiempo en suma, veíase obligado a torturar su imaginación e inventar mil tretas.

Para dar un paseo después de comer, tenía que pedir un certificado al médico y enseñárselo a

su mujer. Si se entretenía después de la clase, charlando con un compañero, acordábase de pronto de que le esperaba su mujer y echaba a correr dejando al compañero con la palabra en la boca. Hacían las visitas siempre juntos y tengo la seguridad de que Faubert no salía solo más que una vez al año: el primer domingo de diciembre, en que se celebraba el banquete de los antiguos alumnos del Colegio de Juana de Arco.

Allí nos vimos. Yo soy también antiguo alumno del Colegio de Juana de Arco. Esa clase de reuniones son muy simpáticas. Se ha envejecido ya y, por un momento, encuentra uno su juventud. Resulta un poco embriagador y nada amargo.

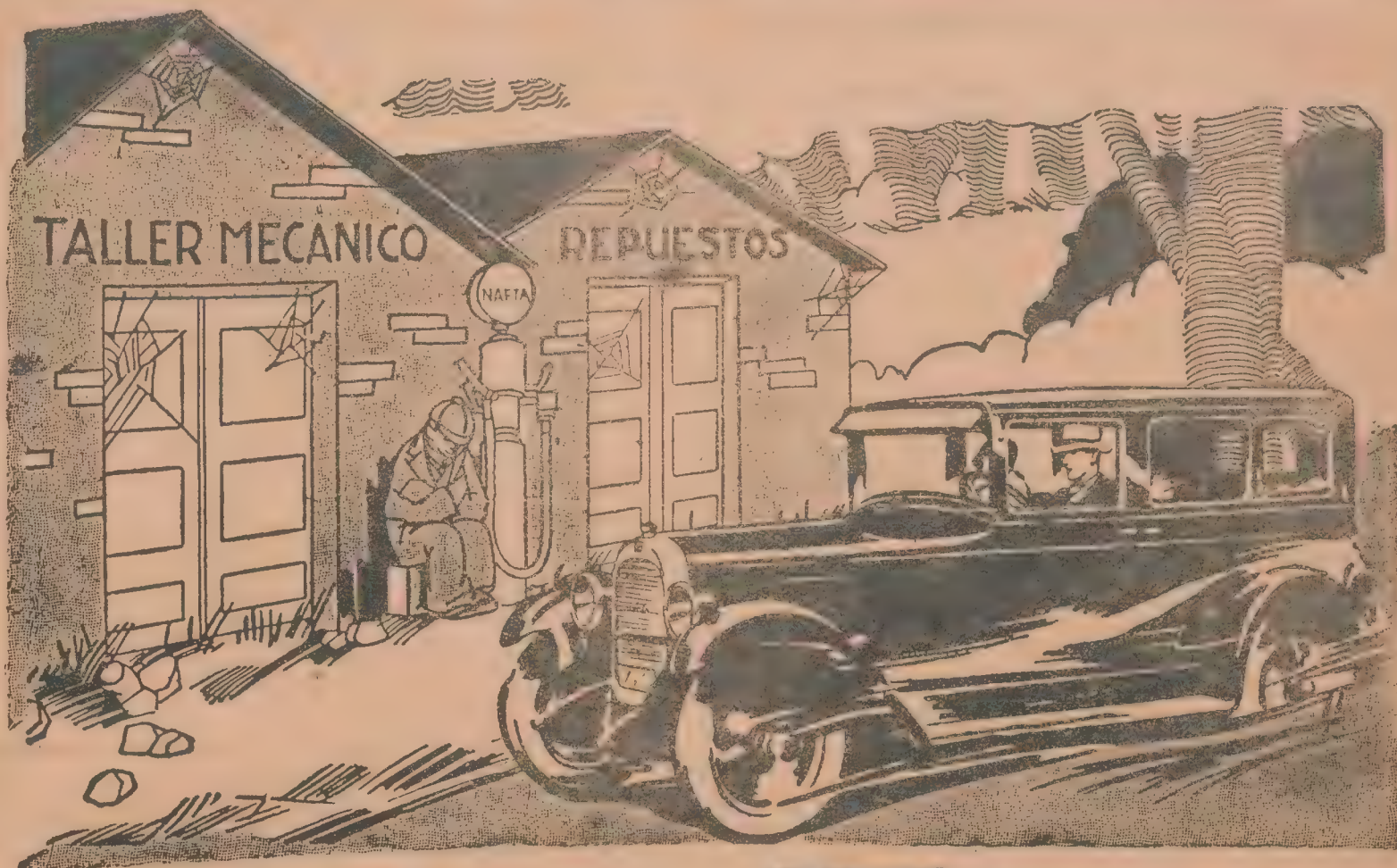
Para Faubert el primer domingo de diciembre era seguramente el día más feliz del año, porque gozaba de libertad. En uno de esos banquetes fué cuando le vi por última vez. Estaba alegre, reía, charlaba. No pensaba ya en su mujer. Pero yo, pendiente de su tragedia, pensaba por él. En cierto momento saqué mi reloj y le dije: "Faubert, ¿sabes que son ya las doce de la noche?" El me guiñó un ojo y contestó: "Está lloviendo. Tengo todavía veinte minutos largos. Tomaré un "taxi", diré a mi mujer que no he encontrado coche y antes de entrar me ensuciaré los zapatos en el arroyo..." Se reía, y todavía recuerdo que Salbrejean, otro condiscípulo, le llena la copa. Seguimos removiéndolo los recuerdos de nuestros quince años.

De pronto nos quedamos callados. Habíamos advertido que estábamos casi solos. Eran las dos de la madrugada y los compañeros habían ido desfilando. Faubert seguía con nosotros. Estaba blanco, amigo mío, blanco como un cadáver. Yo no he visto nunca un hombre tan blanco. Tal vez encuentre usted gentes que no comprendan esto, pero yo lo comprendí perfectamente: "Le acompaño hasta su casa", le dije yo: él me estrechó la mano.

En la calle hacía un tiempo espantoso: Lluvia y viento... Ni un solo coche; emprendimos el camino a pie. Faubert no dejaba de gemir: "¿Qué dirá mi mujer?... ¿Qué dirá mi mujer?" Como un niño, amigo mío, y era un hombre de cuarenta años. Andábamos con dificultad, azotándonos la lluvia y el viento. De pronto hubo un gran estrépito: Faubert cayó al suelo. Acababa de recibir una chimenea sobre su cabeza. La sangre le corría por la cara. Estaba desvanecido.

Yo grité y al fin vino un agente. Llevamos al herido a una Casa de Socorro. Allí recobró el conocimiento. Al abrir los ojos sonrió y me dijo: "¡Ay, amigo mío! ¡Qué suerte, qué suerte!... ¡Ya no podrá ella decirme nada!"

Y volvió a caer sin sentido, porque su herida era muy grave.



El Nuevo Whippet

Por tres razones

conforma las aspiraciones de todas las personas que necesitan disponer de un verdadero elemento de trabajo:

1.º LA UTILIZACION PRACTICA DEL AUTO NO SOLO CONSISTE EN SU RAPIDEZ, SINO TAMBIEN EN SU RENDIMIENTO, DE MODO QUE LOS BENEFICIOS Y LAS SATISFACCIONES AUMENTEN CUANTO MAS SE ALEJEN LOS GASTOS Y LAS DIFICULTADES.

2.º LA ECONOMIA DEL WHIPPET EMPIEZA CON EL PRECIO, Y QUEDA DEL TODO ASEGURADA MEDIANTE A SU REDUCIDO CONSUMO DE COMBUSTIBLE, YA PROVERBIAL, Y A SU EXTRAORDINARIA VITALIDAD QUE LO ALEJA DE LOS TALLERES MECANICOS.

3.º EL WHIPPET, AL CABO DE UN AÑO, DEVUELVE CON CRECES EL IMPORTE DE SU ADQUISICION Y OFRECE UN VALOR DE REVENTA MAYOR QUE CUALQUIER OTRO COCHE. SU CALIDAD Y REFINAMIENTOS MODERNOS LO PRESERVAN DE LOS DESGASTES PREMATUROS CUALESQUIERA QUE SEA LA SEVERIDAD DEL SERVICIO.



Faeton	\$ 1850
Coach (2 ptas.)	" 2385
Sedan (4 ptas.)	" 2595
Vciturette	" 2290

Agencias y Repuestos en más de trescientas poblaciones en la República Argentina

HAMPTON, WATSON & CIA.

Salón de Exposición y Ventas

CERRITO 702

Sucursal
en Santa Fe
San Martín 2628

Administración y Sec. Repuestos:

B. PEREZ GALDOS 126-142

• **Buenos Aires.**

Taller de Reparaciones

JUAN F.º SEGUI 3775

Sucursal
en Mendoza
Lavalle 28

Motivos históricoliterarios

La profecía de Lord Pitt

Por Juan López Núñez

Corría el año de 1805. Napoleón Bonaparte, en los brillantes comienzos de su deslustrada carrera, admiraba al mundo con sus victorias y sus audacias. La Humanidad, sobrecogida y amedrentada, seguía con ansiedad y emoción la marcha de aquel caudillo cuya gloria, cada vez más grande, eclipsaba a la de todos sus antecesores. ¿Quién podía competir ni rivalizar con aquel genio de la guerra a cuyo lado no podía ponerse a nadie?

Hombre nacido de la violencia, la violencia era su fuerza. Creaba con sus obras la nueva majestad del talento y del valor; pero para imponerla se valía del exterminio. Destruía la tradición y destronaba a los reyes de derecho divino para imponerse él en nombre del derecho humano; pero para conseguirlo vulneraba las leyes fundamentales de la Humanidad, simbolizadas en el No matus dicho por Dios a los hombres. Por consiguiente, toda la sangre que derramó tenía que ahogarlo en su día, por ser ley humana que todo el que siembre odios recoja venganzas, y todo el que ame el peligro perezca en él. Odios, terribles odios iba sembrando aquel hombre que, aunque cumpliera un destino fatal, desafiaba constantemente todos los peligros, sin tener en cuenta que hay un espíritu de justicia immanente en el alma de la Humanidad, espíritu que, superior a todas las fuerzas y a todas las violencias, no tarda mucho en vencer, dominar y humillar a los violentos, a los audaces y a los que, vencedores un día por su ambición desatada, no tardan en caer de sus falsos pedestales.

Esto le sucedió a Napoleón, que, indiferente y con la inconsciencia propia del que sin saberlo sigue las leyes de la fatalidad, triunfaba en todas partes, sin precaver lo que le aguardaba.

En la plenitud de su gloria, ¿cómo iba a sospechar que llegase un día en que tanta felicidad se eclipsara? ¿Cómo iba a creer que hubiese un hombre de los que él despectivamente llamaba abogados que acabase con todo su poderío?

El no podía figurárselo; pero aquel hombre existía: era el ministro inglés lord Pitt, que, preocupado seriamente por la marcha triunfal de Napoleón, veía en este guerrero un peligro para todos los ideales humanitarios.

Acabar con este peligro era el único deseo del famoso político británico, que, hallándose un día en una comida campestre dada en las proximidades de Londres, no podía ocultar las preocupaciones dichas. Era poco antes de la paz de Presburgo y asistían a la comida lores, aristócratas, estadistas y militares. Entre ellos figuraban sir Arturo Wellesley, general recién llegado de la India y en el que la opinión tenía cifradas grandes esperanzas.

Como era natural, hablábase en la reunión del temido y temible corso cuando lord Pitt recibió una carta cuya lectura le entristeció visiblemente.

¿Qué noticias contenía la carta aquella? Todos lo ignoraban, y lo hubiesen ignorado siempre de no haber habido uno que, más atrevido que los demás, aventuróse a preguntar al ministro qué era lo que decía aquella carta que tanta impresión le había producido.

—Esta carta — respondió el gran Pitt — me trae malísimas noticias. Mack se ha rendido en Ulm con cuarenta mil hombres, y Bonaparte continúa en Viena sin el menor contratiempo.

—¿Entonces todo está perdido! — dijo uno, que añadió: — ¡No hay remedio contra ese hombre!

—Sí. Lo hay — repuso Pitt. — La derrota de ese hombre es se-



—Mi casita está terminada. No me falta nada; tengo luz, ventilación y hasta varios cajones del famoso HIERRO QUINA BISLERI para poder comer más a gusto.

gura si consigo levantar una guerra nacional en Europa y esta guerra comienza en España.

—¿En España?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque tengo la intuición y la seguridad de que allí se derrumbará el coloso.

No dijo más el político. Todos callaron. Nadie lo creyó. ¿Quién iba a admitir aquel absurdo dicho con tanta seguridad? ¿Quién iba a creer lo que el famosísimo político llamaba su intuición y a todos les parecía una locura? ¿Cómo era posible que un pueblo tan pequeño como España contribuyese a la caída de aquel hombre a cuyos pies se habían postrado los más sólidos imperios? Tomando como una candorosa equivocación la profecía de lord Pitt, se alejaron de él.

Sin embargo, hubo uno que, aunque no las creyese del todo, no dejó de pensar en las palabras de lord Pitt. Este fué sir Arturo Wellesley, que pensaba constantemente en la extraña predicción del gran estadista que paso a paso fué tejendo en torno de Napoleón una red que iba envolviéndolo. La coalición europea era ya un hecho. Un hecho también era el paulatino quebranto de aquel que a todos les parecía un dios invencible. ¿Qué faltaba, pues?

Los sucesos no tardaron en precipitarse. Invadida España por las fuerzas napoleónicas, toda la Península levantóse en armas en contra del invasor. La guerra nacional ya estaba encendida. Los que habían dudado de la profecía de Pitt, arrepentidos de su incredulidad, rendíanse ante aquel estadista cuya maravillosa intuición no le había engañado. Cumplida su predicción, ya no dudó nadie de la caída del coloso, que, levantado un día por la razón y la fuerza, caía al cabo del tiempo por la fuerza de la razón y la justicia. Más poderosa que todas sus armas era la de la conciencia humana, que, aterrada de tanta sangre, quería la paz del mundo a todo trance.

"PIEDRAS ROTAS"

(DEL LIBRO QUE, BAJO ESTE TÍTULO, ACABA DE APARECER)

Análisis y síntesis son las vías de la Naturaleza y el Espíritu. La una es preparatoria de la otra. Átomos, masas, organismos, sociedades, recuerdos, construcciones de la imaginación, van cayendo en sus elementos. Y, se forman, con éstos, síntesis nuevas, que caen a su vez.

¿Puede decirse, acaso, que se ha penetrado en el ser de una sociedad: clasificado y medido sus estímulos, seguido el proceso de la elaboración de ellos en el interior del agregado, estudiado las formas de reacción, sus direcciones, la comunicación y colectivización de las psiquis individuales, su autonomía íntima, su función en la capacidad creadora de la sociedad?

Los hechos cuantitativos del mundo físico se tornan cualitativos en el mundo psíquico. Es este, pues, el Mundo de los valores y las realidades.

Si pudiéramos traducir en fórmulas, todos los movimientos de elementos y masas, llenaríamos la mente de signos; pero no habríamos avanzado un paso en el interior del Kosmos.

Sería posible: incorporar, en un número dado de existencias, los elementos de un Universo cerrado por su forma; y, por el ejercicio continuo de la autoscopia, tener al fin conciencia total de él.

*

En un Universo cerrado por su forma — circular o elíptico — todo se repite necesariamente en ciclos desde su origen.

Un Universo cerrado no puede ser concebido ni como impenetrable, ni como inefusible, ni como único.

Si el Universo en que se agita el hombre fuera circular o elíptico, no serían vanas las reminiscencias de un estado de armonía intra e inter humana y la esperanza de volver a él.

Para la Conciencia de un Universo, los latidos anteriores, actuales y futuros, de las vidas de ese Universo, son necesariamente hechos presentes.

Cada ser humano es un Universo, cerrado por su forma; y sin embargo abierto a las ondas del Kosmos!

Recibimos las ondas del Kosmos, y, al pasar por nosotros, se coloran.

Carlos F. MELO.

Cosas de la guerra

Por Rafael Ruiz López

De tanto en tanto pasaban por aquel pueblecillo batallones y regimientos que llenaban casas y calles con el alegre clamoreo de la juventud despreocupada y saludable que, desafiando afanosos constantes peligros, ve llegar un día de paz y descanso, y promete dar a su espíritu grato esparcimiento. Aquellas oleadas de bullicioso regocijo parecían vivificar al pueblo, de donde huyó la gente moza absorbida por la guerra, que no dejó en él sino viejos agobiados por la pena más que por los años, madres llorosas y muchachas a quienes la soledad aburría.

"La Flor de Loto" era el nombre de la única posada del pueblo, y la razón de que fuera bautizada con tan poético nombre cosa es que no pide averiguar; más como no es un detalle imprescindible, contentese el bondadoso lector con saber que Rosa María era la encargada de servir a la parroquia, formada por algunos viejos que al anochecer reuníanse en "La Flor de Loto" para apurar algunos vasos de vino y hablar de la guerra. Y eran tan descabellados y fuera de tino los hechos y cosas que se referían, que hubieran provocado la hilaridad de quienes no participasen del entusiasmo rudo de aquellas buenas gentes, que desde el portalón de la posada en invierno y desde el jardín en verano querían arreglar a Francia.

Rosa María movía su cuerpecillo grácil con agilidad, deslizándose rápida y silenciosamente por entre los bebederos, para los cuales no le faltaba nunca una paletita dulce y una sonrisa más dulce que la palabra.

¡Y que no estaba angelical y seductora Rosa María con su delantal blanco como la nieve no hollada, y su carita limpia, y sus ojos parlteros y chispeantes, y la sonrisilla de su boca diminuta, sonrisilla que daba a su cara encanto inconcebible!...

—¡Vamos, que daba gozo mirarla y era todo lo bueno que hay que ver en el mundo!

Esto lo aseguraba Federico, un muchacho deigaducho y enclenque que no pudo tomar las armas porque su escasa salud no le permitía otra cosa que comer muy poco y sin ganas, pasar la noche desvelado por una tos pertinaz que le robaba el sueño y las fuerzas, y los días al sol, tumbado perezosamente boca arriba, fija la mirada melancólica de sus grandes ojos en el infinito y el pensamiento en Rosa María, por la que hubiera sido capaz de todos los sacrificios imaginables, puesto que era tan buena y tan piadosísima que le quería con delirio tal y como se encontraba de inútil que no valía para nada bueno.

Verdad es que tales amores daban de cuando Federico era un mozo cabal y hombre fuerte y robusto. Ella había visto muchos amaneceres contemplándole embozado y jurando amarle siempre con todas las fuerzas de su alma.

Cuando más dulce era aquel idilio y más felices se la prometían nuestros enamorados, llegó un día de triste recordación: el fuerte y saludable muchacho cayó en la escalera de su casa con un saco de trigo a cuestas, que subía al granero, y la caída le dejó lisiado.

Federico tuvo que guardar cama muchos días, y al dejarla, el médico le aseguró, para no desesperanzarle, que tardaría mucho en volver a ser lo que había sido.

Con tan tristes noticias, fuese a ver a su amada, que le encontró desfigurado.

Y allí fueron las lágrimas y las congojas angustiosísimas de ella, la renovación de los juramentos

de fidelidad y amor eterno, las súplicas de que se cuidase bien y un beso (el primero) largo y gimiendo, que probaba evidentemente al muchacho que el amor de Rosa María era algo más que palabras y promesas.

A todo esto siguieron las oraciones fervientes de la preciosa niña que rogó incansable a la Virgen por la salud de Federico, ofreciendo ir en peregrinación al santuario y recorrer de rodillas muchas veces la iglesia si curaba al muy amado, aunque no le dejase tan hermoso y robusto como antes de la caída.

Federico renegaba.

¡Dios santo! Y poco que sufría él con aquella poquedad de fuerzas que le consumía, y aquel desmadejamiento y aquella fatiga pertinaz que le ahogaba... ¡Vamos que ser hombre y estar en el mundo para eso: para no servir para nada!... ¡Y todo por qué? ¡Si daba risa la cosa! Por haberse caído con un saco de trigo... ¡Dios, vaya una rareza! Un hombre vive y está robusto y se cree invencible, y un día tropieza y ya no hay más

hombre. ¡Mira que eso!

Y aquella era la verdad. El podía atestiguarlo. ¡Si parecía mentira que uno fuese tan poca cosa!

Lo que más daño causaba a Federico era que hablando de la guerra y de los mozos del pueblo que fueron a tomar las armas, le preguntasen:

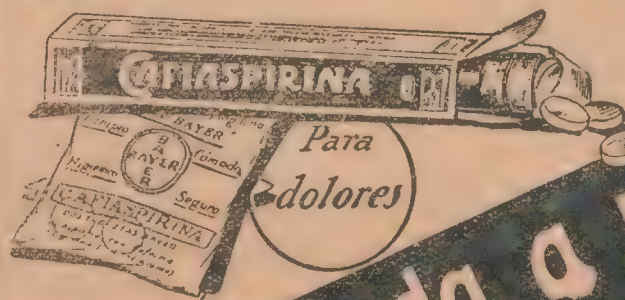
—Y tú, ¿por qué no vas?

—¡Caramba! Porque no puedo moverme. ¡Ni trabajar media hora seguida puedo!

Y se lamentaba de que su padre, viejo y todo como estaba, tuviese que trabajar para auxiliarle, mientras que él le miraba cruzado de brazos o recostado en la hierba, recibiendo la ardiente caricia del sol que le fortificaba aunque paulatinamente.

También sufría lo indecible Federico cuando pasaba por el pueblo algún regimiento y la posada "La Flor de Loto" se llenaba de oficiales alegres y decididos que piropeaban a Rosa María, propasándose a veces a atrevimientos que ponían en peligro la castidad de su adorada; pero ella, sonriente siempre, esquivaba chicleos y

¡Aprenda a distinguirlas!



Para dolores



Para resfriados

AMBAS ofrecen, en idéntico grado, las admirables virtudes

de la universalmente famosa "ASPIRINA" descubierta por la CASA BAYER, pero cada una de estas dos combinaciones tiene su campo curativo completamente bien definido.

La CAFIASPIRINA

es más adecuada para aliviar los dolores y levantar las fuerzas.

La FENASPIRINA

es especialmente recomendable para los resfriados, la gripe y la influenza.

Acostúmbrese Ud. a usar la que corresponde a su caso, para tener así la certeza de un resultado completamente satisfactorio.

Al comprar la que necesite, pídala clara y precisamente por su nombre completo, y recuerde siempre que lo mismo las tabletas de CAFIASPIRINA (para dolores), que las de FENASPIRINA (para resfriados) llevan estampada la Cruz Bayer, como garantía de legitimidad y pureza:

¡Antes de abrir la boca para tomarlas, abra los ojos para identificarlas!



caricias, y cuando algunos se ponían excesivamente tercos, encargaba al amo de la posada, quien la quería como a hija, que continuase sirviendo a los atrevidos, mientras le substituía en la cocina.

En una ocasión se disponían a comer unos oficiales en el patio de la posada, y al aparecer Rosa María con una cazuela en la que humeaba apetitoso guiso, uno de los comensales, aprovechándose de que la muchacha no podía defenderse con las manos, quiso darle un beso, caricia que evitó ella con movimiento rápido de cabeza y uno de los oficiales, conteniendo al atrevido galanteador. De resultas de aquella escena hubo una cuestión entre Federico y el oficial, que a poco termina en duelo.

Lo que no sucedió en el pueblo en mucho tiempo acabó por ocurrir. Parte del ejército enemigo estaba a la vista y se dirigía a él. La alarma fue inmensa. Habíanse contado infinitas atrocidades de la guerra para que dejasen de sentir miedo y angustias inconcebibles. Para colmo de males no había en tan críticos momentos quien defendiese aquellas cuatro casas. Todos estaban alborotados y ninguno sabía qué hacer para aprestarse a la defensa.

En la posada la animación era extraordinaria; todos hablaban a la vez sin entenderse.

Rosa María, pálida y temblorosa al ver pándos y temblorosos a los demás, escuchaba con la boca abierta las terribles predicciones de los más cobardes. Federico, a su lado, la contemplaba con ojos brillantes, envidiando la suerte de los que saludables y robustos podían luchar. Veía el miedo retratado en las lindas facciones de su adorada y sentía crispaciones de nervios y rabia incommensurable hacia los que la hacían estar temerosa y encogida.

Luego, como quien acaba de tomar una resolución heroica, acercando su cara a la de la joven dijo:

—Rosa María.

—¿Qué?

—No tengas miedo, no tiembles; que estoy yo aquí.

Y había tal decisión y valentía tanta en sus palabras, que Rosa María, a pesar de verle tan débil y para poco, se sintió más tranquila y apretó nerviosamente la mano de su novio diciendo:

—¡Ya lo sé, Federico, ya lo sé!

La noche avanzaba; las tropas enemigas debían encontrarse a cuatro pasos del pueblo, y aquellas pobres gentes, conociéndose débiles y desarmados, determinaron internarse en los montes inmediatos y esperar allí los acontecimientos.

Así se hizo, y el último grupo que salió del pueblo lo formaban Rosa María, el amo de "La Flor de Loto", Federico y su padre. Los dos viejos iban delante todo lo de prisa que podían, acosados por el miedo, sin cuidarse de nada, con el egoísmo de los cobardes. Federico Detrás, dando la mano a Rosa María que temblaba.

La luna brillaba en el cielo y alumbraba la huida de aquella indefensa y acobardada gente pacífica, la fuerza del enemigo les abrumaba. Los más valientes apretaban los puños con rabia al considerar su impotencia: lo más florido del pueblo estaba en la guerra, y entre los que huían apenas hubieran podido reunirse media

docena de hombres capaces de soportar un día de lucha y de fatigas, los demás eran viejos, mujeres y niños, y todos estaban desarmados.

Federico empezó a fatigarse. Las emociones del día y aquella caminata le habían producido angustioso cansancio; su padre y el posadero les habían adelantado mucho.



LOS JUEGOS OLIMPICOS APLICADOS AL HOGAR. — Lanzamiento del disco

El miedo les hizo olvidarse de todo.

—Rosa María. Anda, vete con ellos; yo seguiré despacio y ya os alcanzaré.

La muchacha dijo que no. ¿Cómo iba a abandonarle? No, no era posible.

El instaba: si estuviera fuerte

y robusto como en otros tiempos, nada le importaría a él, porque tenía valor de sobra para defenderla; pero ¡encontrándose como se encontraba!...

Tuvo que sentarse a descansar. Rosa María se sentó a su lado. Tenía entre las suyas la mano derecha de Federico y la notaba calenturienta y sudorosa. El mozo miró hacia el pueblo que quedaba allí

más y libre de toda contingencia.

Como si le hubieran pinchado se puso en pie en un estremecimiento de todos sus nervios. Acababa de sentir los pasos de alguna persona que se acercaba significativamente: su amada le imitó. Cerca de ellos había un soldado enemigo, tal vez un explorador, quizá un imprudente que quiso conocer los alrededores del pueblo al que acababan de llegar los compañeros.

La luna daba de lleno en la carita fina y delicada de Rosa María; presentabase a la vista como un ángel o como una misteriosa hada de la noche.

Tal impresión causó en el soldado, que sin fijarse en Federico quedó un momento contemplándola, y después, aguijoneado por el deseo, extendió sus brazos hacia la débil niña.

Federico lo olvidó todo; su falta de fuerzas, sus fatigas, sus desalientos, y con ímpetu salvaje se avalanzó hacia quien pretendía quitarle lo que para él era más que el mundo entero.

La lucha fué breve; los combatientes rodaron por el suelo. El mozo apretaba con fuerza la garganta del enemigo, que sorprendido no supo defenderse. Rosa María, espantada, sin fuerzas para gritar, los contemplaba con los ojos muy abiertos. Quiso hacer un esfuerzo para ayudar a su amado y no pudo moverse; estaba alelada y fría como el mármol.

Por fin sintió que Federico la cogía por un brazo y le decía:

—¡Vamos! ¡de prisa!

—¡Federico!

—Andando; no hay que perder tiempo, pudiera volver en sí...

Y corrieron durante algunos minutos, internándose en el monte, apoyado el uno en el otro.

Por fin se detuvieron. El mozo se dejó caer en el suelo sin fuerzas; Rosa María se sentó junto a él y le hizo apoyar la fatigada cabeza en su falda.

—¿Te sientes mal?, le preguntó.

—No, Rosa María; nunca estuve mejor ni más contento; a pesar de no valer para nada, te he servido de algo... Oye, hasta me alegro de la caída que di y que me inutilizó; porque si hubiera estado bueno y en la guerra, ¿qué hubiera sido de ti esta noche?

La luna derramaba sus rayos sobre el grupo que formaban y parecía acariciarlos suavemente.

AMOR CONYUGAL

El juez. — Usted rompió esta silla sobre la cabeza de su marido.

La acusada. — Pero yo no creí llegar a tanto.

El juez. — ¿Usted no intentó herir a su marido?

La acusada. — Sí, pero lo que no creí nunca es que la silla se rompiera.

LONGEVIDAD

Un inglés, y un andaluz comentaban los años que habían vivido sus respectivas abuelas, diciendo el primero:

—Mi abuela ha vivido ciento veintinueve años, y hasta los últimos momentos leía perfectamente.

A lo que responde el andaluz:

—Eso no es nada en comparación con la mía. ¡Mire usted si tenía edad, que era bis-abuela de ella misma!

DE AQUELLO

Para FRAY MOCHO

Ya de todo aquello
tan poco ha guardado mi mente
que apenas merece llamarse recuerdo...

De aquello que fué
—tan suave, tan dulce, tan tierno—
de aquello que cada minuto que pasa
hace más lejano ¿qué tengo?

El vago fulgor indeciso
de unos dientes blancos como flor de almendro,
de unos ojos zarcos
y de unos bronceados cabellos
con áureos reflejos
—el sol de la tarde, en su ocaso,
besando una cruz de oro viejo—
un inextinguible
aroma sutil a verbena y romero
y de una sonrisa,
que se hace imprecisa en el tiempo,
cada vez más vago, remoto, inasible,
borroso reflejo.

De aquello que fué
—tan suave, tan dulce, tan tierno—
tan poco me queda
que apenas merece llamarse recuerdo...

Justo G. DESSEIN MERLO

En la playa, en el Club en el teatro, dondequiera, la aparición de la entonada pareja levantaba un murmullo y cambiábanse sonrisas maliciosas. "Ella", joven, hermosa y arrogante; "él", un carcamal que recurría a la cosmética para disimular los estragos que el tiempo había impreso en su endeble y amojamada persona; ambos vestían con todo el lujo y elegancia de la gente acaudalada y concurrían a todos aquellos sitios donde los privilegiados de la fortuna se divierten o fingen divertirse. Don Teodoro, tal se llamaba el vejancón, caminaba siempre al lado de su Berta, altivo como un gallo, siquiera en su arrogancia sólo le acompañara la intención.

¡Oh!, y qué bien vendría aquí, si nos diera el naipe por erigirnos en moralistas, el anatematizar estos matrimonios en los que se fusiona el invierno con la primavera, donde un viejo loco, tonto o estúpido se hace dueño y señor, por sus dineros, de los encantos juveniles de una mujer ambiciosa y desaprensiva que, con tal de lucir y triunfar en el mundo, se convierte en mercancía y no repara en ponerse en lamentable evidencia.

Mas ahorremos la filípica, ya que siempre habrá viejos descabezados y fulanitas sin pizca de aprensión.

Naturalmente, cuantos contemplaban a la magnífica momia parlante, tan meloso, tan ridículamente enamorado de su mujer, relanse y comentaban con sarcástica ironía aquel deplorable dúo matrimonial.

Con su innata perspicacia femenil Berta comprendía lo que motivaba tales risitas y cuchicheos, y en la expresión de su mirada, en el fruncimiento de su hermosa boca, hecha para besar al Amor, y en el gesto de su rostro peregrino, leíase una réplica airada, que podría traducirse:

"Nada me importan vuestras risas y murmuraciones. Ellas no han de anular la carta de dote firmada por este anciano, ni arrebatarme los miles de pesos que su antojo y mi ambición estipularon... Ya sé que me he vendido, que he comerciado con mis encantos, que he traicionado mis sentimientos... Bien, ¿y qué?... Yo vivía vida oscura, mediocre; mis padres eran unos pobretones de la clase media. Todos mis deseos, mis caprichos, aun los más insignificantes, quedaban insatisfechos...

Yo jamás he sido protagonista en ninguno de esos idilios pasionales que son el encanto de los diez y seis años. En mí ha dominado siempre la cabeza al corazón. Me horrorizaba el porvenir obscuro y miserable a que me condenaba si seguía los impulsos de mi alma, sedienta de cariño... Este buen señor cuyo nombre llevo como lleva la esclava el brazalete que declara su servidumbre se presentó en uno de esos momentos en que la fantasía brindábame con una vida deliciosa de lujo y

Matrimonios absurdos

Por Alejandro Larrubiera

fastuosidad... Lo acepté sin reparar en que eran muchos sus años y muchísimos sus alifafes... Sólo tuve en cuenta que me ofrecía la realización de mis ensueños de mujer, joven y bonita, que quiere realzar su belleza, satisfacer sus caprichos, causar envidiosa admiración con sus trajes, sus joyas, sus trenes...

Me vendí algo melancólicamen-

lito, los recién llegados: el galán, un jovencuelo que contaría a lo sumo veintitantos años; la dama, unos sesenta noviembreres; matrimonio caricaturesco: el desahogado mancebo, con cara de niño bobo, vestido con exagerada elegancia, luciendo deslumbradoras preseas; la respetable anciana, dándose las de jovencita, con el pelo teñido, cortado a lo "garçonne",

Buen apetito proporciona

MARTINI & ROSSI

El mejor Vermouth del mundo

Unicos Concesionarios: ARDANZA Hijos 1535 SAN JOSÉ 1545 - Buenos Aires

te, es cierto, al pensar en lo feliz que habría podido ser si alguno de mis jóvenes adoradores hubiera sido tan rico como Teodoro... Pero... Ahora hacemos el viaje de novios (no sonriáis, irónicos!), un poco molesta en la intimidad con mi señor esposo que, por haber llegado tan viejo a gozar de la luna de miel (ahorraos risitas equívocas), resulta un tanto impertinente con sus ridículas y trasnochadas zalamerías".

La aparición de una pareja más estrambótica aún que la del amarelado D. Teodoro y su bella consorte hizo que la gente zumbona y desocupada, dejando a éstos en paz, se dedicara ahincadamente a criticar a doña Venancia y D. Ju-

la falda dejando al descubierto una piernas esqueléticas, enfundadas en riquísimas medias de seda, color lila; pintados labios y mejillas; la dentadura, una preciosidad que acreditaba al dentista que la había construido.

Este matrimonio era una copia del de Teodoro y Berta si bien con la agravante de haberse trocado los papeles; el hombre explotaba a la mujer, caso más vergonzoso y antipático que el de la mujer que se vende a un marido. Y la velancona que debió dedicar sus horas a rezar el rosario, sólo se cuidaba, ¡oh chochez indecible!, de extremar sus mimos y zalamerías con aquel bigardo que vivía a costa suya.

La mujer que en los albores juveniles se somete por cálculo a convivir con un vejestorio inspira cierto sentimiento de lástima que aun se hace extensivo al valiente que se expone a ver coronada su cabeza, y no de flores; en cambio, el hombre que sacrifica su juventud y se dedica a servir de rodri-gón perpetuo — que otra cosa no es posible — de una mujer que podría ser su abuela únicamente inspira asco y desprecio: es un zángano sin pudor, y, por tanto, sin dignidad, que, con cínico desenfado, se aprovecha de la candidez de una pobre señora trastornada por los años, que aun cree que puede inspirar una ardiente pasión amorosa.

Era de esperar: desde el primer momento sintiéronse los dos matrimonios atraídos por mutua e irresistible simpatía, que hubo de trocarse en cordial amistad; los vejetes enredábanse en diálogos interminables acerca de sus recuerdos y esperanzas; los jóvenes discurrían sobre sus gustos y aficiones, esquivando hablar de la odiosa cadena con que habían atado sus vidas; mirábanse, y en sus miradas cualquiera podía leer como una triste dolencia: "Este debía ser él". Clotilde, "Esta debía ser ella", Julito.

La gente sonrefase maliciosamente al contemplar aquel cuarteto formado por una dama, un galán y dos característicos; aquello tenía sabor sainetesco, que tal vez degenerase en dramático. ¡Estaba tan cerca el fuego de la pólvora!

—Mi Julio — declaraba la vieja en sus paliques con el viejo — es el más bueno y cariñoso de los maridos; no sabe qué hacerse para tenerme siempre contenta.

Y suspiraba la infeliz haciendo muchos dengues.

—Pues mi Berta — confesaba entusiasmado su interlocutor — es un modelo de esposas, que me hace el más feliz de los hombres.

Los jóvenes bendecían los sempiternos diálogos de sus "verdugos", que les permitía substraerse largos ratos a su ominosa tutela.

RAPTOS FAMOSOS

El rapto de la mujer no fué un hecho aislado, tal como hoy lo conocemos. En la antigüedad eran muy frecuentes los raptos, algunos de ellos en masa.

El famoso de las sabinas es el que ha alcanzado mayor celebridad y es uno de los episodios culminantes de los primeros tiempos de Roma.

La población, recientemente fundada por Rómulo, no se componía sino de cuatro mil hombres, sin ninguna mujer. Los romanos pidieron compañeras a los sabinos, los cuales se negaron riñéndose de Rómulo.

Irritado éste, se propuso vengar el insulto, y, para realizar su plan, celebró grandes fiestas a las que acudieron los pueblos vecinos, los sabinos entre ellos.

Cuando mayor era la algazara, los romanos se apoderaron de las mujeres sabinas y huyeron con ellas y cuando, posteriormente los sabinos quisieron la lucha con los romanos, se interpusieron éstas entre los combatientes enseñando sus hijos y suplicando se suspendiese la lucha.

Otro rapto famoso encendió la lucha entre dos pueblos de la antigüedad. A terminar estaba la guerra de Mesenia cuando vino a recrudecerla el rapto de unas cuantas jóvenes mesenias por los espartanos. Y aunque no fué grande por su número, se debe anotar, también, el rapto de algunas compañeras de la famosa Aspasia de Mileto, suceso que contribuyó a encender la guerra del Peloponeso.

En la Edad Media, los raptos colectivos estuvieron en boga y las incursiones de moros, normandos y otros pueblos hacían de la mujer la parte más preciada del botín.

Terminado mi veraneo regresé a la capital, y una noche leí en un diario la noticia de haberse fugado dos amantes.

El hecho en sí no era nada extraordinario: únicamente ofrecía la particularidad de que los "tórtoles" no habían abandonado el nido paternal, sino el conyugal.

Por las iniciales deduje que se trataba de Berta y de Julito.

La naturaleza había triunfado de las conveniencias sociales; el amor, habiéndose empujado uno al otro y hécholes apreciar la ridículo de su situación, la infelicidad de sus vidas. Habían roto el contrato vergonzoso de compra-venta matrimonial.

Enlaces tan absurdos son letras de cambio a un plazo más o menos largo.

Tenía Hilario Ascasubi, el fecundo trovero gauchesco — como la generalidad de los tipos campesinos que con tan agudo perfil ha pintado en sus obras literarias. — esa malicia instintiva que sabe encontrar rápidamente el lado vulnerable para herir al adversario con una salida socarrona que lo desconcerta.

Era la esgrima de la palabra — la *agachada criolla* — en que desde niños se adiestraban como en el manejo del puñal, y que en ocasiones hiere más hondamente que el filo de una daga al poner en ridículo a un rival.

Todos los que cultivaron la poesía gauchesca y son maestros en el género como Hidalgo, Ascasubi, del Campo y Hernández, presentan ese rasgo pintoresco: la contestación repentina en versos de rima tosca, para ajustarse a las hablas populares, pero rebosantes de astucia y de áspero sabor, en que parece retozar el espíritu chancero del viejo criollo argentino.

Algunas improvisaciones de Estanislao del Campo son muy ingeniosas, y valdría la pena de recolectarlas para agregarlas como un interesante apéndice a su famoso *Fausto*.

El cordobés Ascasubi desliza a menudo en sus trovas saladas ocurrencias suaves, y suele clavar como un certero dardo el concepto picaresco que aun hoy, lejos del tiempo y de los hombres que lo motivaron, hacen asomar la sonrisa espontánea a los labios del lector.

Es que la ironía rústica y aguda fué la cualidad más característica en la producción de este fuerte soldado que vivió combatiendo con la pluma y la espada, bajo los muros de Montevideo durante el largo asedio, en las filas del ejército libertador y, después de la segregación de Buenos Aires, contra los hombres de la Confederación, y especialmente contra el que estaba a su frente.

Pero, apagados los enconos de la cruenta lucha, cuando el caudillo entrerriano se entregó sin reticencias a la obra de la reorganización nacional con el general Mitre, el intencionado trovero de los boletines del *Paulino Lucero* fué un día a visitar a su antiguo jefe y amigo al palacio de San José, y un abrazo bastó para borrar las huellas de la campaña periodística.

Encontrábase a la sazón, entre los visitantes del general, el portefeño don Juan Cruz Ocampo, a quien Urquiza acababa de encarregar una delicada misión confidencial ante el presidente Mitre, y como a tal lo presentó a sus comensales.

Sea que Ascasubi no encontrara justificada semejante designación, o bien que le chocaran las marcadas distinciones de que Ocampo era objeto, el caso fué que, contra su costumbre, permaneció callado durante la comida.

No pasó desapercibida al anfitrión aquella insólita actitud, y dejando de lado el tema político, empezó a ponderar las bellezas de su jardín, sus frutales y los plantales de gallinas que personalmente inspeccionaba diariamente y que, en realidad, eran espléndidos.

A todo esto Ocampo, que no se había apercibido de que era el causante de aquella situación molesta, y, tal vez, para agregar a sus credenciales de flamante diplomático

Una agachada de ascasubi

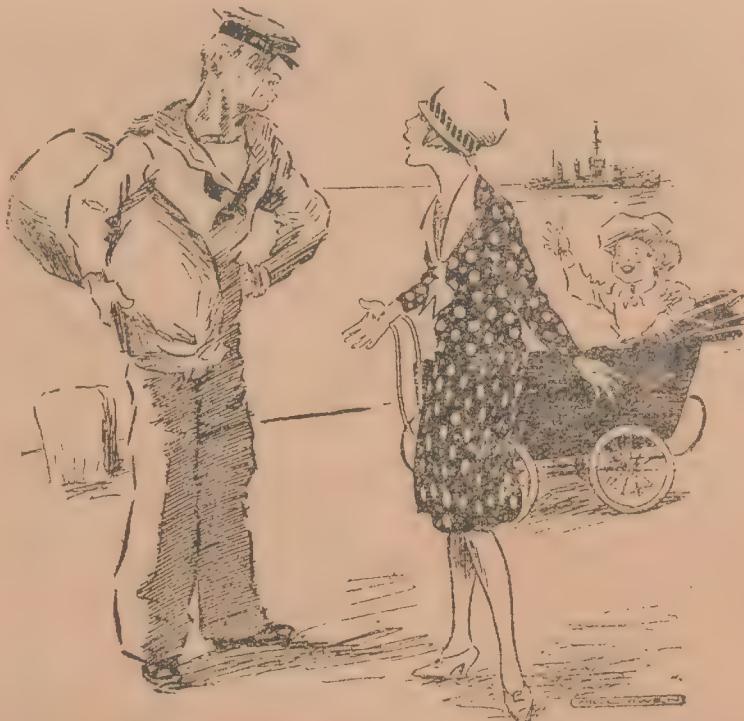
Por Martiniano Leguizamón

las de chistoso, se le ocurrió decir bromeando:

— ¡Qué milagro, tan callado; parece que *Aniceto el Gallo* ya se ha olvidado de cantar!

El aludido sonrió con desgano, pero no contestó. Intervino entonces

el general y amistosamente le pidió que improvisara alguno de aquellos brindis y cielitos criollos con que amenizaba las veladas del campamento en la campaña contra Rosas, o alguna de los versadas que le endilgaba a raíz de la sepa-



JUAN. — Usted no es mi madre. Está usted muy cambiada. ¿Qué ha hecho usted?

LA MADRE. — ¡Glándulas de mono, hijo!

JUAN. — ¿Y quién es el que va en el cochecito?

LA MADRE. — ¡Tu padre!

SALMO

Eres la Incomparable, la dilecta mariposa de amor que en mi jira romántica olvida la opulencia triunfante de las rosas por la dulzura esquiva de las violetas cándidas...

Brilla la sutileza de un madrigal heroico sobre la escala roja de tu ternura franca y entona la armonía de una rapsodia triste el zorzal pensativo de tu dulce mirada.

Todo ante tí se impone de una frescura nueva y allí, donde recreas tus pupilas nostálgicas, cada palmo de tierra brota una espiga de oro, cada girón de nube nieva un jazmín de nácar...

Y pues así, como una parábola celeste que en las noches sin sueño del pecador cuajara, tienes en los misterios de tu gracia infinita la purificadora virtud de la esperanza:

divinizada seas, siquiera por el voto de la emoción que en medio de mi orfandad te aclama; divinizada seas en la estrella que esplende, en la rosa que triunfa y en el zorzal que canta!

Miguel de ARZUBIAGA.

ración de Buenos Aires, llamándolo presidente de la docena del fraile...

Los comensales se adhirió al pedido como si pregustaran la respuesta.

Entretanto, don Juan Cruz, en tono de broma, seguía repitiendo:

— ¡Bah! ¡si ya don Aniceto no es el gallo de antes!...

En los ojos pequeños y lucientes de Ascasubi chispeó la malicia nativa como un relámpago fugaz y volvieron a quedar impasibles con la mirada clavada en el espacio, mientras en su interior elaborada rápidamente la respuesta, hasta que se puso de pie y soltó esta intencionada décima:

General, si de gallinas quiere mejorar la raza, ya que estoy en esta casa, déme un par de cochinchinas, y verá qué pollas finas pronto han de salir a luz; y si acaso de avestruz refinar desea la cruce, echelé un par de avestruzas al amigo don Juan Cruz...

Una carcajada sonora saludó la graciosa *agachada* del travieso improvisador, que acababa de reír con aquel rasgo de buen humor, una de las facetas salientes del ingenio fértil y gracioso de nuestros paisanos.

Toda la obra del *poeta-soldado* está saturada de ese espíritu genuinamente criollo, y por eso a través de sus versos, intencionadamente imperfectos para darles el aire auténtico, palpita más de un pincelazo evocador. Pero sus obras editadas en París hace cuarenta años, ya son más que una rareza bibliográfica; libros viejos, muertos u olvidados de nuestros jóvenes, que ignoran que en aquellas páginas amarillentas se guardan muchas cosas interesantes del alma vieja de nuestra tierra.

Sin embargo, el *poeta-soldado*, el cantor agreste que enardeció las fibras de los ejércitos que pugnar por libertar la patria y constituir la, el que ha salvado tantos rasgos de la vida argentina, merece otro recuerdo. ¿No habrá en algún rincón de Palermo un lugarcito para colocar su efígie de bronce sombreada por un ombú?...

El juego de ajedrez

La invención del juego de ajedrez se atribuye a Palamedes, quien durante los largos días del sitio de Troya entretenía el ocio de sus soldados jugando al *patein*. Otros investigadores dan como seguro que el ajedrez fué inventado en la India, pasando a Persia en el siglo VI, siendo introducido en la Europa por los árabes a principios del siglo XI.

Antiguamente este noble juego difería bastante de como hoy se juega. La regla del juego actual data del siglo XVI, en que fué aceptada la suerte final, o sea el "jaque mate".

El primer concurso internacional de ajedrez que se convocó en el mundo se celebró en España en el siglo XVII, tomando parte en él renombrados ajedrecistas, sobre todo italianos.

En una de las tertulias del club discurríase acerca de la vida íntima teatral y del influjo irresistible de la escena en cómicos y profanos.

—No sé qué misterioso poder tienen las tablas — intervino el viejo y glorioso actor Ribera — que cuantos llegan a pisarlas se sienten sujetos a ellas para siempre. Y no digamos si reciben los aplausos del público. Entonces, como si hubieran bebido un licor muy dulce y muy fuerte, experimentan una embriaguez inefable que a la mayoría les hace caer en un desvanecimiento ridículo por lo exagerado; que no hay nada más vanidoso que un cómico aplaudido, dicho sea con toda la sinceridad del que confiesa sus propios defectos.

En mis muchos años de cómico, ¡qué lista tan larga podría hacer de los ilusos que, aplaudidos adventiciamente, o por causas ajenas en un todo al arte, han tomado en serio estos ruidosos elogios, y, creyéndose unos genios, se han dedicado a la escena, arrastrando una vida miserable, roídos por todos los celos y por la envidia, eternos mendigos de gloria y de pan! ¡Qué tristeza!

Ribera quedóse silencioso un momento, y luego prosiguió:

—Un caso típico que recuerdo siempre apenado es el de Pepe Olivares. El tal Pepe gozaba de un envidiable destino en un Ministerio, que, unido a lo que le rentaban los bienes heredados de su padre, le permitía vivir con esplendidez. Tenía fama de dandy y frecuentaba lo más selecto de la sociedad. Su mujer, joven, hermosa, elegante, le adoraba. En suma, era un hombre venturoso.

Y sin embargo...

A poco de llegar yo del extranjero una tarde en que ensayaba, tuve que interrumpir el ensayo. A la puerta de entrada al escenario un hombre apostrofaba ruidosamente al portero. Acudí nervioso y molesto, decidido a enviar normalmente al impertinente. Hube de quedarme de una pieza al reconocer en el alborotador al propio Olivares. El dandy, el hombre de mundo a quien hacía cinco años que no había visto, se me presentaba hecho una verdadera birria: escuálido, paliducho, desaliñado, sucio, en fin. ¿Y su indumento? Los zapatos de charol, resquebrajada la piel, sin tacones; el pantalón deshfilachado, con rodilleras; la chaqueta, pardusca, mostrando escandalosos remiendos en los codos; el hongo con que se tocaba parecía haber corrido todas las malandanzas que puede correr un sombrero.

Por mi mirada, por mi gesto, Pepe comprendió la dolorosa estupefacción que su presencia me producía. Y con cierta amarga sonrisa me dijo:

—Perdona a un gentleman que se presente tan indecorosamente. Pero, chico, la desgracia se ha cebado en mí como buitre hambriento en un cadáver. Y dispensa lo cursilero del tópico. Mas...

—¿Y Laura, tu mujer? — le interrumpí.

Suspiró, volvió la cabeza emocionado y no contestó palabra. Laura es la clave, pensé.

Ahorraré detalles que nada interesan. Después del ensayo Olivares cenó conmigo. Al final de la

La enloquecedora farándula

Por Alejandro Larrubiera

comida era otro hombre. Encendiendo un habano con toda la voluptuosidad de un fumador hambriento me dijo, adoptando un tono grave:

—Ha llegado la hora de las confidencias.

Me refirió que, por mal de sus

gloria les trastornó. Considerábanse artistas eximios y ambicionaban nuevos triunfos. El marido miraba ya con tedio la oficina; la mujer descuidaba el gobierno de la casa; uno y otro encontraban mezquinos y groseros tales menesteres, e insoportable, en su pro-



pecados, él y su mujer aceptaron el figurar en una compañía de aficionados aristócratas que actuaba en un coquetón teatrillo de un Creso americano. Naturalmente, en la noche de su debut él y Laura fueron pródigamente ovacionados por la benévola concurrencia, y los revisteros de salones desataron en ditirambos con los noveles artistas, a quienes hubo turiferario que comparó nada menos que con Matilde Díez y Julián Romeá.

El matrimonio tuvo la debilidad de creer sinceros los aplausos y alabanzas, hijos de una excesiva galantería. La borrachera de la

saísimo, el plácido vivir de burgueses.

Resumiendo: fueron hechizados por la farándula. Consagraronse a ella completamente, actuando en los teatrillos caseros. Pepe presentó la dimisión de su destino. Los dos primeros años transcurrieron deliciosamente para la pareja artística... Pero un día hubieron de despertar de su dulce y engañoso ensueño, terriblemente impresionados con una novedad harto desagradable: la de encontrarse sin un céntimo, vendidos los bienes de la herencia paterna, trocadas en papeletas de empeño las ropas y

alhajas... ¡Qué tremendo desencanto al cerciorarse de que la gloria alimenta como el humo, y de que era preciso descender de las alturas, cotizar el arte, buscar un empresario, que, en vez de pagar con zalamerías sonrisas, abrazos efusivos y espléndidos lunches, pagara en dinero contante y sonante!

No hay para que referir el doloroso calvario en busca de una Empresa que quisiera contratarlos. Según me dijo Pepe, un empresario hubo de decirles, con tremenda grosería — a su parecer; al fin, con admirable sentido, — que en los teatrillos caseros todos son grandes artistas; pero en los de verdad, el público que paga suele darles cada grito que enciende el pelo.

Ultimamente Laura consiguió contratarse en una mediocre compañía de verso. La Empresa negó a contratar a Pepe, alegando que estaban hasta la coronilla de matrimonios artísticos, porque con ellos todo era disgustos y trapisondas.

Y he aquí a Olivares siendo el marido de la Ontáñez.

—¿La Ontáñez? — interrumpió uno de los oyentes. — ¿La célebre actriz?

—Sí, la misma — afirmó Ribera. — ¡Una gran cómica!... El, en cambio, ni para comparsa servía. Repitióse con Pepito lo que tan admirablemente pinta Benavente en "El marido de la Téllez": sintió terribles celos artísticos de su mujer, se creyó preterido, siempre en ridículo, y, rabioso y abochornado, decidió salir de aquel infierno, yéndose a trabajar con una compañía de cómicos de la legua. Laura, entretanto, fué ventajosamente contratada para hacer una larga y provechosa tournée por el extranjero, tournée en la que consolidó su fama de excelente actriz dramática.

Olivares, después de andar de zocos en colodros corriendo la vida aventurera de la comiquería trahumante, había vuelto a la capital, y enterado de mi regreso ponía toda su esperanza y el remedio a su angustiosa situación en que yo le contratara, aunque fuera, según me dijo, de racionista.

Accedí, compadecido. En el primer estreno le di un papel de poca importancia, y en un tris estuvo que, por su torpeza, por su falta absoluta de condiciones de actor, no fracasara la obra. Pues bien; cuando, terminado el estreno le indiqué que, en vista de lo ocurrido, era imprescindible que se encargara de su papel otro actor, me dijo con arrogancia estúpida que podía disponer también de su plaza, pues no le faltaría teatro donde demostrar su talento artístico.

Y desde entonces, ¡era de esperar! me creé un enemigo feroz... ¡Pobre muchacho; a quien la farándula había enloquecido!... Siguió rodando y rodando por pueblos y aldeas, con el hatillo del histrión y, por último, murió en el hospital.

Horas antes de que encontrase el reposo eterno decíale a uno de sus infelices compañeros que, en cuanto se pusiera bueno, le habían prometido contratarle en uno de los mejores teatros de la capital, convencidos al fin de que él era un gran actor...

PALABRAS DE AMOR

Quiero sufrir por tí; cumplo el oficio de la piedad que entrega y nada quiere. Era instante propicio este que muere. Cada instante cercano es el propicio.

Mi alma es un lecho para descansar tu cuerpo, ensombrecido de quebranto. Mi cariño es pañuelo de tu llanto; pan de pureza como el del altar.

La paz del mundo y la del cielo juntas mi caridad te ha de poner al paso; abrigada es mi voz como un regazo, pero he de hablarte sin hacer preguntas.

Acudiré si escucho tu lamento y por sí cambias rumbo y vas sin tino, como farol que alumbra tu camino. te dejo mis palabras sobre el viento.

GONZALEZ CARBALHO.

El último perro

Por Miguel Martos

—¡Ah, criollo!... — exclamó el viejo Laguna entusiasmado por la narración de un contertulio del fogón. — Yo les vía contar un caso parecido que sucedió hace tiempo allá en el sur...

En el pueblito de San Gabriel, que s'encuentra pasando la cordillera e los "Peuquenes", por el paso del "Portillo" y en el lao de Chile, había una posada que se llamaba "La Paloma".

En ella los arrieros hallaban con qué reponer fuerzas y alegrar las pajarillas pá seguir viaje a Santiago.

En la posada había una muchacha, hija del fondero, que era bonita como un juguete y coquetona como chaleco nuevo.

Le llamaban Eloísa y andaba perseguida de pretendientes a montones, como panal de miel por las moscas...

Cuando pasó esto, la perseguían con más tesón tres mozos, muchachos a cual más bien plantao y acomodao.

No me acuerdo como se llamaban pero pal caso es la mismo y les podemos poner: Pedro, Juan y Diego...

A la muchacha le gustaban los tres, y como no sabía por cuál decidirse, el campo estaba franco pal que fuera más gaucho...

Este jué Pedro. Quedaron de acuerdo pá juirse en la noche de Navidá, en lo mejor de la fiesta y así lo hicieron.

El criollo la echó en ancas de su mula y rumbeó con su linda carga pal lao de l'Argentina por el paso del "Portillo". Pero Juan, que tampoco se dormía en las chalas, olfateó la cosa y ahí nomás les siguió el rastro...

Diego, que tampoco era lerdo, malició también la jugada y enjinetándose en su mula les comenzó a pisar los talones...

—Por lo menos — dijo — los hi de pelear y ahí veremos cuál es el güey que no tira...

A poco andar empezó a amanecer y pudo ver un arreo que iba a su encuentro.

—Míre, amigo — le dijo al capataz, — ¿no ha visto qué clase e gente es la que vá montada pal lao del "Portillo"?

—Sí, amigazo. Adelante va un caballero con una "pellita" en ancas... Pero ¡qué prend'amigo!... Si l'hacienda se me quiso quedar encantada... Si no fuera sío qu'es mujer, al cabo, como tuftas las demás, dejuro que lo peleo y le quito el güeso...

—¿Y no vá naide más?...

—Sí, otro caballero, bien montao también, les va pisando los talones y parece que va olfateando la presa. así que si Vd. va con la misma intención apúrese, porque los que llevan la delantera tienen cara e' golosos...

—Gracias, amigo; adiós...

—Adiosito y güena suerte...

Cuando Diego alcanzó a divisar a los fugitivos, vio a dos hombres hechos nudo peliando en una esplanadita de la picada e "Las Aguilas" y cerca d'ellos una mujer pidiendo socorro...

—¡Ahijuna! — dijo envolviéndose el poncho en el brazo y acariciando el facón. — ¡Yo también quiero mojar!...

Y como la picada era angosta y la mula no podía caminar más que al tranco, se apeó y echó a correr por encima e las gargantas del río "Tunuyán", que bramaba allá abajo como toro enojao...

Antes de llegar and'estaba la pelea vido que los dos habían tirao los cuchillos y estaban trenzao cuerpo a cuerpo queriéndose echar al precipicio... parecían dos lagartijas arrastrán-

dose en el suelo... les salía espuma por la boca...

¡Los hombres son peores que los perros cuando tratan de quitarse un güeso!...

De prento se dieron otra güelta pal lao del abismo... Allá abajo, a más de trescientos metros, iba el río culebriando por entre las estrechas gargantas, embravecido, haciéndose espumas contra las peñas de la sierra y bramando como el león que con las mandíbulas abiertas está esperando la presa... Otro movimiento más y se iban cuesta-abajo... Diego se quedó parao, como encantado; un sudor frío le corrió por la frente y todo el odio que sentía se le quitó al ver el peligro que corrían los dos hombres...

Como una flecha se jué pá ellos con la intención de salvarlos, pero llegó tarde...

A otro esfuerzo que hizo uno pá echar al otro fueron los dos cuest'abajo, prendidos, como broches...

Por allá s'estrellaron contra un lomo del cerro... así se separaron; pero como dos bolsas de güesos, siguieron rodando, rodando hasta que'l río, siempre bramando, los envolvió en la revuelta sábana de agua como en una mortaja...

—¡Dios los haiga perdonao!...

¿Y la muchacha, don Laguna? — interrogó uno.

—¿La muchacha?... Se la llevó Diego... ¿Vos no sabís que cuando un perro roba un güeso y otro se lo disputa tiene que soltarlo pá peliar?...

Güeno; si en ese intermedio llega otro, ese se lo lleva... Entre mujeres y güesos hay mucha semejanza; casi siempre el último que llega es el que se lleva la presa...



Para Alimentar el Cerebro

cansado o debilitado por el exceso de trabajo, para evitar la pérdida de la memoria, para levantar el espíritu, para los deprimidos, pesimistas e indiferentes, hemos creado la

Nucleodyne

(El tónico que da fuerza)

Tomando, tan sólo, dos botellas, se nota un cambio inmediato, tan rápido que uno mismo se asombra.

La eficacia de la NUCLEODYNE, como tónico cerebral, reside en el fósforo orgánico que entra en su composición y que es considerado como el reconfortante más enérgico del cerebro.

La NUCLEODYNE es el orgullo de nuestros Laboratorios.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires



LA LLEGADA DEL Pte. ELECTO DE LOS ESTADOS UNIDOS Mr. HOOVER



El presidente de la República acompañado del vicepresidente y de los ministros del P. E. esperando la llegada de Mr. Hoover. — En el ángulo de la derecha: la hermana del doctor Irigoyen, doña Marcelina Irigoyen de Rodríguez, que integró el núcleo de damas que aguardaban a los ilustres viajeros.



El presidente electo de los Estados Unidos de Norte América, Mr. Herbert C. Hoover, acompañado del presidente de la República, doctor Irigoyen, momentos después de su arribo a la estación Retiro del F. C. C. A., seguidos de la enorme multitud que aclamó al distinguido viajero.



La señora esposa del presidente electo, Mr. Hoover, rodeada por un grupo de damas de nuestra sociedad, que acudieron a recibirla a la estación Retiro del Ferrocarril Central Argentino, es obsequiada con espléndidos ramos de flores naturales y efusivamente saludada, poco después de descender del tren que condujo a esta capital a los distinguidos viajeros. — Acompaña a las señoras el ministro de Relaciones Exteriores, doctor Horacio B. Oyhanarte.



El presidente electo, Mr. Herbert C. Hoover acompañado de su señora esposa, del embajador de los Estados Unidos de Norte América, acreditado ante el gobierno argentino, Mr. Wood Bliss y de los miembros que integran la comitiva presidencial, reunidos en la escalinata del palacio Noel, ocupado por el embajador estadounidense, donde se alojarán los ilustres huéspedes mientras dure su permanencia en la capital federal. — Fotografía obtenida momentos después de su llegada de la estación Retiro.



NUEVO HOSPITAL ESPAÑOL



El ministro del Interior, doctor Elpidio González; el embajador de España, señor Ramiro de Maetzi; el arzobispo de Buenos Aires, monseñor Bottaro; el intendente municipal de la capital, señor José Luis Cantio; el jefe de policía coronel Graneros y otras personas durante el acto de la colocación de la piedra fundamental del nuevo Hospital Español, que la Sociedad Española de Beneficencia levantará en las calles Gaona y Donato Alvarez. — A la derecha: momento en que monseñor Bottaro bendice la piedra fundamental al ser colocada en la base del futuro edificio.

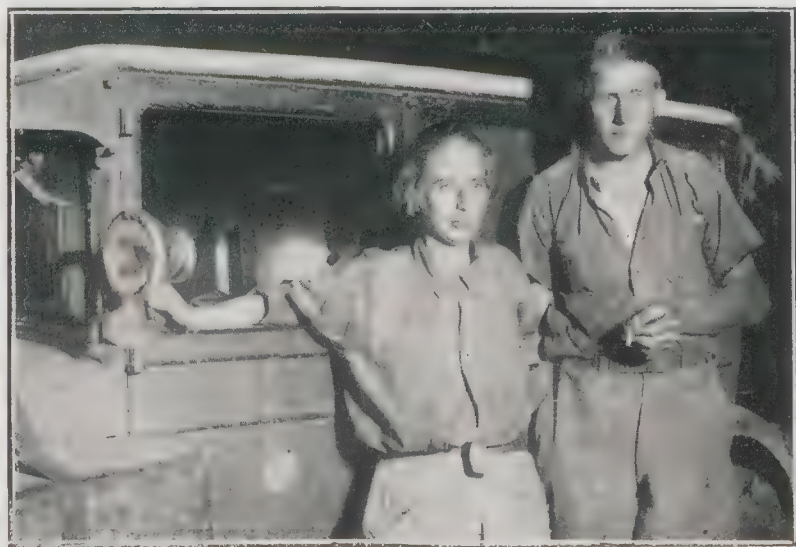


Intervención nacional a Mendoza



El interventor nacional en la provincia de Mendoza, señor Luis Borzani, acompañado de sus secretarios y de otras personas que fueron a despedirle al partir el tren que le condujo a la mencionada capital.

El "raid" de la señorita Stinnes



La señorita Clareonore Stinnes y su mecánico, señor Soederstroem, al llegar a Buenos Aires, después de recorrer 28.000 kilómetros en su raid automovilístico, alrededor del mundo, iniciado en Berlín hace año y medio.

La dirección de la Asistencia Pública



El doctor Conrado E. Míguez, recientemente nombrado director de la Asistencia Pública, recibiendo el saludo de sus amistades, después de haber tomado posesión del mencionado cargo.

Sobre el "Patio andaluz" de la señorita Aida Fassio



Señorita Aida Fassio

La carátula de nuestro número anterior titulada "Patio andaluz", que nuestros lectores elogiaron en diversas cartas que hemos recibido de la Capital y el interior del país, pertenece a las delicadas y hábiles manos de artista de la señorita Aida Fassio, profesora de la Escuela Profesional y del Hogar "Paula Albarracín Sarmiento". Por un error explicable para cuantos conocen la señorita Aida Fassio, profesora de todos con que se realiza la labor periodística, dicha carátula fué atribuida a nuestro dibujante colaborador, señor Norberto Fazio, incurriéndose en igual desacuerdo en la nota correspondiente a su autora. El hecho de que nuestro dibujante firme con la inicial de su nombre dió al error las proporciones de una "gaffe" realmente considerable. Rectifiquemos, pues, reiterando los conceptos que tanto la tela andaluz como la tela profesional que realiza la señorita Aida Fassio nos merecieron en su oportunidad. Su "Patio andaluz" revela las condiciones excepcionales de su temperamento armonioso, profundo, lleno de sugerencias espirituales que ella sabe plasmar en la policromía jubilosa de sus telas.

Las regatas efectuadas en Río Santiago



El gobernador de la provincia de Buenos Aires, doctor Valentín Vergara, acompañado de varias familias, frente al edificio de la Escuela Naval



Grupo de señoras y señoritas que concurrieron a presenciar las diferentes pruebas del programa de regatas



Bote del Club de Regatas La Plata, que ganó la quinta carrera.



Equipo de la Isla Martín García, que obtuvo el triunfo en la carrera de falúas de la armada



Remeros del Club Universitario que vencieron en la cuarta prueba del programa



Representantes del Club Teutonia a quienes correspondió la victoria en la primera y octava regatas.

Bibliografía

Poeta colombiano



Doctor Carlos F. Melo, autor del libro 'Piedras rotas', recientemente aparecido.



Señor Octavio Amórtegui, notable poeta colombiano actualmente entre nosotros.

Festival en la escuela n.º 5 de la "Obra de la Conservación de la Fe"



Niñas que tomaron parte en la fiesta organizada por la escuela número 5, de la "Obra de la Conservación de la Fe", que dirige la señora María T. G. de Medina, y realizada en el Club Social "Nueva Chicago". — A la izquierda: un grupo de pequeñas intérpretes que se desempeñaron correctamente en varios números del programa. — A la derecha: la señorita Amanda F. Blanco, con otro núcleo de niñas que también actuarán en la fiesta.



DOS EN UNO

Otro fracaso! — exclamó la señora Berceto cuando hubo leído por encima del hombro de su marido el telegrama que éste había abierto con manos temblorosas. ¡Otro fracaso! Y ahora, querido, contamos con una hermosa colección...

Mario Berceto era autor dramático, y autor dramático desafortunado. No lograba un éxito. Sin embargo, continuaba escribiendo, no por vanidad o ambición de autor, sino por necesidad. En el alba de su vida había cometido un error irreparable: el de querer ser únicamente un hombre de letras. Aun cuando sus comedias fracasasen una tras otra, Mario Berceto estaba lejos de ser un imbécil, como quizá podría creerlo el grueso público después de haberle alegremente prodigado sus silbatinas. Al contrario, era un delicado artista, un escritor de gracia singular; y, escribiendo novelas de sencilla humanidad y sutil psicología, había conquistado, entre los veinte y los cuarenta años — sin estruendo, con orden y método, poco a poco, y sin que él mismo le advirtiese — una buena fama de novelista de calidad. Pero, no a fuerza de novelas puede sostenerse seriamente el hogar de un escritor. Y como Mario Berceto era crítico dramático en un diario y, cortés con todos, contaba con cálidas amistades entre actores y actrices.

Cuando su esposa mostrábase la lista de las deudas, Mario Berceto, decía a su exigente cónyuge:

— Un poco de paciencia... Voy a escribir una comedia... No tardará en llegar el dinero...

Y, entre un acto y otro, calculaba: "La Brabanti se compromete a representar 'Mi jardín' en todas las ciudades de su gira artística, que este año serán ocho. Calculando, sin ser demasiado optimista, solamente la primera representación y otras dos más por ciudad, puedo contar sin miedo con veinte mil liras contantes y sonantes..." Pero, luego, una noche, desde Milán, llegaba al telégrafo, en donde a altas horas de la noche Mario Berceto y su mujer esperaban noticias, un lacónico telegrama de la Brabanti: "Comedia éxito glacial. No creo oportuno nueva representación". Y dos meses después, renacidas las esperanzas eran otras horas de agonía en la espera nocturna en la oficina telegráfica. Y la Brabanti volvía a telegrafiar desde Turín: "Tíbios aplausos en los dos primeros actos; síseos en el tercero. Propietario teatro no me permite nueva representación comedia". Y, tres meses después, llegaba el telegrama de Bolonia: "Comedia fracaso clamoroso. Sigue carta". Y la carta de la Brabanti decía así: "Estimado Berceto: Su comedia, que 'en la lectura me pareció deliciosa, no se sostiene en el escenario. Con 'traje compromiso con usted para ocho ciudades; pero, después de estos 'tres resultados' de Milán, Turín y Bolonia, le ruego me releve de ese 'compromiso, pues no me agrada exponerme a demostraciones enojosas 'que, además, me humillan. ¡Paciencia! ¡Valor! Y escribame en seguida

otra obra. La daré en Milán, en el próximo octubre".

Hecho el balance, "Mi jardín", en lugar de las veinte mil previstas, sólo rindió unas seis mil liras. Pero tampoco esta suma venía mal, y si no bastaba para saldar las deudas, servía al menos para pagar algunas entre las más apremiantes. Por otra parte, la Sociedad de Autores anticipaba dinero, visto el nuevo compromiso que la Brabanti había contraído con Berceto. Y nuestro autor empezaba nuevamente a escribir. "Acto primero, escena primera..." Y decía:

— Verán... Esta vez no ha de fallar...

Pero, ¡ay! Después de haber soñado varios meses, una noche llegó la realidad con un telegrama urgente que la Brabanti enviaba desde Milán: "El viejo nido" verdadera catástrofe. Primer acto tíbios aplausos y síseos. Segundo, síseos unánimes. Tercero, cayó telón antes de terminarse comedia".

Mario Berceto jamás iba a sus estrenos; tímido y embarazado, Mario nunca se atrevía a abrir la boca durante los ensayos. Temiendo mucho al público, cuando un actor o una actriz le decían: "E te parlamento es peligroso. Lo siento en el oído. Cortemos...", Mario Berceto nunca decía que no; y habría dejado cortar hasta las frases más esenciales de la comedia, con tal de evitar que fuese silbada. Dada esta actitud pasiva, era perfectamente inútil para él permanecer en su puesto de honor, y, quedándose en casa, dejaba obrar a los actores, y dos o tres veces al año esperaba los telegramas de sus directores y directoras de compañía sabiendo que lo mejor que podía sucederle era lograr un éxito relativo... como el que, precisamente aquella noche, le anunciaba Héctor Gaddi desde Génova para su drama "Crepúsculos". El despacho decía así: "Primer acto, tres llamadas a escena, sin contratiempos. Segundo, dos, con algunos síseos. Tercero, síseos unánimes. Sin cambiar go se repetirá".

— ¡No es un gran fracaso! — repuso humildemente Mario Berceto a su joven esposa saliendo de la oficina telegráfica y dirigiéndose a pie a su casa. — Sea como sea, la comedia se repite. Y han habido aplausos. Claro, que el tercer acto... ¡Y pensar que el tercer acto era en el que yo cifraba mayores esperanzas!

Tú siempre te equivocas en tus cálculos — contestaba la señora Berceto encogiéndose desdefiosamente de hombros. — No has nacido para escritor dramático. Y no aciertas una. Ya ves, en cambio, a Fiorini, Ple rini, Gissano... Esos no se equivocan nunca... Cada comedia de ellos representa un éxito clamoroso...

— Lo sé lo sé... — asentía mortificado Mario Berceto. — Yo he nacido más que nada novelista.

— ¡Vaya una cosa! — ironizaba la señora Berceto. — Como si con las novelas se pudiera comer y yo pudiera vestirme... Con los re-

súmenes de cuenta que te envía tu editor, yo tendría que andar desnuda por la calle...

— Precisamente por eso, aun no agradándome el teatro, escribo comedias... Pero no tengo suerte... Y quizá nunca logre un éxito... Quizá nunca sabré hacer una obra que guste...

— Ahora lo has dicho... No sabes hacer comedias — respondía su bella cónyuge, que contando con los derechos de autor de "Crepúsculos", había pensado comprarse un lindo tapado de pieles. — Y este año tendré que seguir llevando sobre los hombros este gato pelado que me avergüenza...

— Perdóname... — murmuró Berceto tratando de tomarle la mano y de estrechársela.

Y ella, que en el fondo amaba a su marido, dejaba blandamente que él le oprimiese dos dedos, y decía más serena:

— No tengo nada que perdonarte... ¿Qué hemos de hacerle? Has nacido así... Y debemos resignarnos con nuestro destino...

Y también Mario sentía, dentro de sí, que no le quedaba más remedio que resignarse. Pero, dos mañanas después, leídos los diarios de Génova, los cuales, como de costumbre, aunque respetando su nombre, le reprochaban que hiciese teatro de novelista, demasiado caído de análisis psicológicos, demasiado cargado de tonalidades que a la viva luz de las candelillas desaparecían por completo, Berceto, sentado a la mesa a la hora del almuerzo, gritó a su esposa escéptica y a su amigo paciente, invitado ese día:

— ¡Ah! ¿Soy demasiado delicado, yo? ¿Soy demasiado fino?... ¿Y por eso me silban? Me siento tentado de darles una buena lección y de garabatear yo también un dramón como esos de Gissano, sin preocuparme más que de conquistar aplausos y dinero...

— Tú no harás eso — respondía el amigo, que era un crítico de arte puro. — Quedarías deshonrado para siempre, incluso como novelista.

— Además — precisó la esposa con una sonrisa compasiva — ¿crees que el pobre Mario sabría hacer un drama de esos?

Y, persuadido así por el crítico puro de que no debía y por su mujer de que no sabría escribir "un drama de esos", Mario Berceto, inmediatamente después del almuerzo, volvió a su estudio a escribir otra comedia llena de buena literatura y candidato a una segura silbatina.

Pero, a mitad del segundo acto de "Hojas al viento", la criada le trajo un telegrama que Mario Berceto abrió diciéndose: "Si al menos fuese una buena noticia..." Se engañaba. El telegrama decía: "Estoy en Roma con la niña, sin dinero, en casa de mi hermana. Desesperada. Lorenzo ha muerto. Urgeme verte. — Margot".

Por Lucio D'Ambrá

Poniéndose de pie de un salto, rasgando inmediatamente en mil pedazos el telegrama a fin de evitar que su mujer pudiese leerlo, Mario corrió al vestíbulo, tomó el sombrero y se echó a la calle. Y, ya en un "taxi" que corría en dirección a la casa de la hermana de Margot, imaginaba lo que debía haber sucedido y veía cómo el drama que él creyera alejado para siempre de su vida, volvía de improviso a apoderarse de él. Margot había sido — siete años atrás, es decir, hasta diez y ocho meses antes del matrimonio de Mario — la gran pasión del comediógrafo. Habíanse amado en serio por diez años, y durante una larga ausencia del marido de Margot, oficial de marina mercante, nació Jorge lina, hija ilegítima de esa gran pasión. Pero, asustados por la posible tragedia al regreso del marido, Mario y Margot tomaron la dolorosa resolución de separarse. Margot, para sufrir menos y resistir, trasladó su residencia de Roma a Génova. La niña, inscripta con el apellido de Mario había sido primero confiada secretamente a una nodriza y luego internada en un colegio de campo, y por algún tiempo, Mario, todavía soltero, había sufragado los gastos. Pero luego, la vida, que nunca se está quieta, había caminado... El marido de Margot, establecido en Génova, hacía buenos negocios en su comercio... Y Mario Berceto, para no estar solo en el mundo, se casó. Y en esa ocasión escribió a Margot: "Ahora que estoy casado y que mi mujer controla mis ingresos, no sé ya verdaderamente cómo hacer para pagar la pensión de nuestra querida Jorgelina..." Pero la afectuosa Margot le contestó: "No te preocupes. Trabaja en paz. Mi marido ahora trabaja bastante, y yo tengo las manos libres... Pensaré yo en nuestra Jorgelina que crece sana y contenta... Y, más tarde, veremos..."

No se escribían más que dos o tres veces al año para pedir y dar noticias de la niña... Sólo a cada anuncio de una nueva comedia de Mario llegaba una postal de Margot, dirigida al diario donde aquél era crítico, con estas sencillas palabras: "Toda mi esperanza..." Y, tras el inevitable fracaso, llegaba otra, que suspiraba: "Una vez más me siento profundamente apenada..." Y aquel lejano, sincero dolor de Margot, consolaba un poco a Mario, a cada nuevo estreno, de la aspereza severa de su cónyuge, y de sus mortificantes pulas...

El encuentro con Margot fue conmovedor. Apenas Mario hubo entrado en la casa de la hermana, Margot, enlutada, acudió con la niña en brazos y, dejándola en los brazos del comediógrafo, se abandonó llorando sobre el hombro de éste.

— Jorgelina y yo — dijo Margot — estamos solas en el mundo. Y, ahora, para vivir, sólo te tenemos a ti...

— Pero, tu marido ganaba mucho dinero... — observó Mario.

(Continúa en la página 35)

Comunas de la Provincia de Buenos Aires

Don Alberto Barceló ha realizado obra intensa y perdurable al frente de la intendencia de Avellaneda. Su reelección ha sido recibida con general simpatía

Ha sido reelecto Intendente de Avellaneda para el próximo período, Don Alberto Barceló, figura prestigiosísima de nuestro ambiente político, que a lo largo de su destacada actuación pública acrecentó méritos y virtudes que explican su renovada consagración en el cargo que ocupa. Es la séptima vez que la industriosa comuna bonaerense discierne la Municipalidad a Don Alberto Barceló. Es la séptima vez, y este simple detalle que registramos en carácter informativo adquiere sin embargo, una extraordinaria significación. Cuando un ciudadano es reclamado con tanta insistencia al ejercicio de la administración de una localidad del eleva-

colectivos. Su afecto y dedicación por las tareas que desempeña es proverbial.

Pero principalmente cabe señalar su inteligencia y rectitud, y revelan preferentemente y que son el factor de su ponderable y eficaz obra pública. Las estadísticas son sugestivas a este respecto. Y si bien no es nuestro propósito resumir en el apresurado apunte periodístico el compendio de una labor que por su magnitud exige seguramente el estudio más extenso y reposado, digamos que pocas comunas pueden ofrecer como Avellaneda un grado de pro-



Don Alberto Barceló, intendente municipal de Avellaneda

do nivel social, político y económico de Avellaneda, fuerza es reconocer que quien recibe tal demostración de respeto y confianza reúne cualidades excepcionales que lo hacen acreedor de ello. Y don Alberto Barceló es indudablemente digno de la adhesión constante que le dispensa el pueblo de la referida ciudad. Seis períodos de acción intensiva al frente de la Intendencia permitieron al conocido funcionario desarrollar una obra vasta, de incalculables proyecciones en todos los órdenes, y que elevaron a Avellaneda a la categoría de ciudad. Su población densa y laboriosa, sus fecundos y múltiples establecimientos fabriles e industriales, sus vías de comunicación, su régimen sanitario, su vida comercial y social, la belleza y grandeza de sus plazas, edificios particulares y públicos, todo, en fin, tiende a darle a Avellaneda el prestigio de un considerable emporio de actividad cuyo progreso honra al país. Para cubrir una etapa de desarrollo de alcance así formidable e imponente, D. Alberto Barceló estimuló desde la Intendencia, con los diversos recursos morales y efectivos que la Comuna puso en sus manos, todas las iniciativas bien inspiradas en pro de los intereses

greso tan crecido y normal en sus más diversas actividades. Los seis períodos de Intendencia de D. Alberto Barceló han sido fructíferos hasta superar los cálculos y perspectivas más halagüeñas que se han formulado sobre el porvenir de aquel importante radio bonaerense. No lo ignora la población de Avellaneda, que supo demostrar en cada ocasión comicial su reconocimiento amplio e invariable; y no lo ignora el país, que tiene a D. Alberto Barceló en el concepto de uno de sus servidores más eficientes y desinteresados. De ahí que su reelección se haya considerado segura en todo momento y que fuera recibida con generales simpatías.

Hombre de acción y de estudio, empapado de las necesidades y problemas de Avellaneda, D. Alberto Barceló es el funcionario y político ejemplar en cuya fisonomía inferior no se excluyen la leal obra partidaria y el recto sentido de gobierno que interpreta intereses y aspiraciones comunes. Su obra al frente de la Intendencia es obra patriótica, definitiva, perdurable, que garantiza para su nombre la gratitud ciudadana.



— Actualidades —
cinematográficas



Marceline Day preferiría atravesar a nado la laguna, pero no puede mojarse el vestido hasta que la máquina fotográfica comience a filmar. Desempeña una parte principal en la comedia más reciente de Buster Keaton para la Metro-Goldwyn-Mayer.



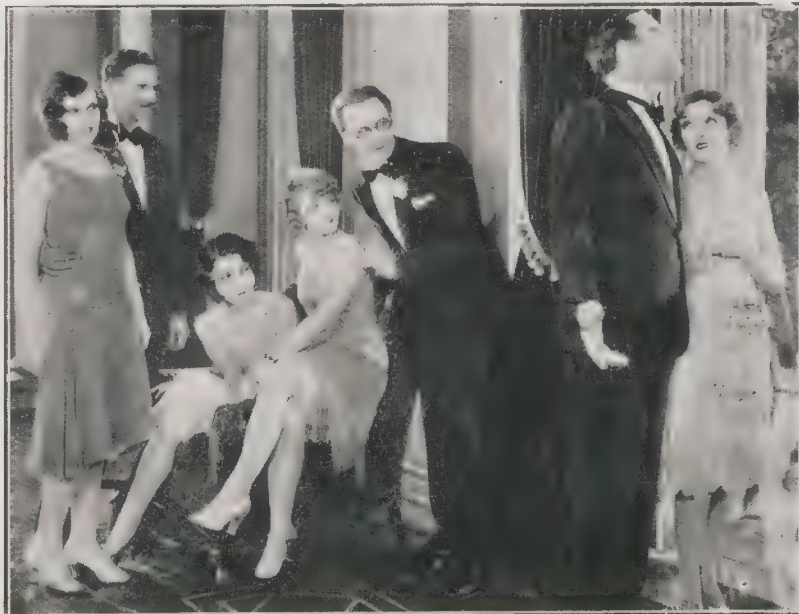
Anny Ondra y Baron Keechling, en "Una joven moderna", film Extra Arte que la Corporación estrenará el domingo próximo.



Escena de la cinecomedia "De padres a hijos", interpretada por David Rollins y Sue Carol, que la Fox estrenará pasado mañana.



Pasaje de la divertida comedia "Por qué se pierden los marinos", interpretada por Ted Mac Namara y Sammy Cohen, que exhibe con gran éxito la Fox



Bonito conjunto que aparece en "La mujer que olvidó", que tiene como protagonista a May Mc Avoy, y que sigue exhibiendo con éxito la General



Escena de la cinecomedia "Tangos y toros", del programa Esplendid, con Lupino Lane en el rol principal y que la New York Film estrenará pasado mañana.



Jorja Vonn y Jor Chaney, durante la filmación de "¡Eh, payaso, río!", nueva producción de Herbert Brenon, uno de los grandes films que Metro-Goldwyn-Mayer estrenará en la próxima temporada.

Club Empleados de la Cervecería Palermo



Una muestra del bien representado elemento femenino que dió realce al simpático pasco campestre llevado a efecto por el Club Empleados de la Cervecería Palermo, en el bosque de Vicente López



La comisión directiva del Club Empleados de la Cervecería Palermo, que tuvo a su cargo la organización de la jira



Grupo de asociados de la mencionada institución que también tomaron parte en la fiesta



Nueva Sociedad Alemana de Gimnasia



En su local de Vicente López, la Nueva Sociedad Alemana de Gimnasia, realizó una animada fiesta campestre de la que participaron las familias de los asociados. — Concurrerentes femeninas, en una elocuente demostración, de exuberancia, prontas para el remojón sedativo.



La hora de los apartes trascendentales



Un poco de ejercicio para conservar la línea

Ram Pershad había vivido siempre en una aldea de la India, observando por lo general una existencia tranquila, pacífica y exenta de acontecimientos notables, y había llegado a la edad madura sin llamar absolutamente la atención. Su nombre jamás hubiese aparecido en los periódicos, a no haber mediado su asesinato, hecho que le atrajo gran notoriedad, aunque a costa de la vida.

Mahomed Ali, el subinspector de policía, encargado de esa sección, era un excelente joven, de una reputación y crédito inmejorables; pero muy pobre en experiencia, debido, seguramente, a sus pocos años. Su carrera militar no la había comenzado como es costumbre en ese cuerpo, siendo soldado raso; por el contrario, había salido de la Academia Policial de Singapore con el grado de subinspector.

Al poco tiempo de haber ocupado su puesto, Mahomed Ali se dio cuenta de que no era tan fácil como él creía el trabajo de averiguación y esclarecimiento de los crímenes, y también era muy difícil el hacer las pesquisas necesarias para dar con los autores.

A causa de sus continuos fracasos, día a día se cometían nuevos crímenes que por lo general permanecían impunes. Súbitamente se presentó un caso, al parecer muy fácil de solucionar, y a él se dedicó por entero y con mucho entusiasmo para tratar de esclarecerlo, y de este modo poder rehabilitarse.

Una mañana el centinela de uno de los caseríos de las afueras, llegó trayendo la noticia del hallazgo del cadáver de un tal Ram Pershad, encontrado dentro de un pozo de agua.

Inmediatamente Mahomed Ali se puso sobre la pista del criminal, recayendo después de algunas investigaciones, toda la sospecha y desconfianza sobre uno de los vecinos del extinto.

Cada aldea de la India tiene su historia propia que se halla archivada en la estación de policía, donde están registrados no sólo sus actos oficiales, sino también todos los crímenes, criminales, los bandos y ligas religiosas y también las enemistades privadas que suelen a veces existir entre dos personas o entre dos familias.

Naturalmente, Mahomed Ali encontró casi en seguida la información que necesitaba. La familia de la cual Ram Pershad había sido miembro, era enemiga, desde muchos años atrás, de la de Imam Raksh.

Bien pronto las cosas empezaron a marchar de una manera bien poco favorable para Imam Raksh,

El rastro en la arena

Por F. W. Gallow Ay

y, naturalmente, no faltaron voluntarios que informaron que quince días antes habían visto a dos extranjeros en su cabaña; que una noche, mientras se hallaba ocupado en espantar a los cerdos salvajes que comían sus sembrados, habían distinguido entre las sombras

Raksh fué arrestado llevando también, cuidadosamente envuelto, el "lathi", para que fuese examinado por un perito en impresiones digitales, y para que las manchas fuesen analizadas por un químico.

Después de esto, Mahomed Ali quedó completamente satisfecho

pensó que tal vez el asunto era más misterioso de lo que en realidad parecía.

El lector podrá llamarlo casualidad, intuición o lo que más le plazca, pero puede estar seguro de que si el escrito enviado por Ali no hubiese encerrado tantas tonterías y coincidencias estúpidas, Reynolds no habría prestado tanta atención, habría leído el expediente con indiferencia y de este modo la vida de imam Raksh se hubiera extinguido para siempre.

En vez de dar la orden terminante, Reynolds alargó el brazo, y tomando el legajo lo leyó una vez más con toda atención.

Cuando hubo terminado la lectura, llegó a la conclusión otra vez de que su subordinado se había equivocado.

Mahomed Ali terminaba su informe con las observaciones siguientes:

"Los testigos conocían perfectamente el asunto, pero no obstante habérselo solicitado varias veces, no trataron de hacer ninguna luz sobre el misterio, hasta que se produjo el milagro de que el cuerpo sin vida de Ram ascendiese a la superficie de su tumba acuática, para poner de manifiesto la incomparable actividad de la mano de la justicia al desbaratar los crueles planes que el matador adoptó con el fin de entorpecer la acción de la justicia.

"La solución del enigma se debe en su mayor parte a la simbólica fraseología del cadáver, que hizo más efecto que la elocuencia y la viveza de cualquier cuerpo con vida de los que estaban entusiasmadamente ocupados en la fenomenal desaparición del cadáver".

—El subinspector es un perfecto idiota — gruñó Reynolds luego que terminó la lectura. — Escribale y dígamele tal cual acaba de oír — ordenó al taquígrafo. — También añada que en adelante deberá abstenerse de escribir en inglés limitándose a mandar sus partes escritos en "Urdu", su dialecto.

Luego quiero que escriba a la Corte, solicitando se postergue una semana la ejecución del reo. Esta tarde, antes de ir al club pasaré por la prisión y oíré lo que Imam Raksh tenga que decir en su favor.

Imam Raksh se hallaba acurracado y con las piernas cruzadas en un rincón de su celda.

El contenido conocía perfectamente el peso de la evidencia que contra él existía, y abandonando toda esperanza, dejaba que su triste destino se cumpliera.

Ni siquiera levantó la vista cuando una sombra se detuvo delante



a tres personas que merodeaban por los alrededores, y juraban y perjuraban que una de ellas era Imam Raksh.

El centinela del caserío, deseoso de hacer recalcar su vigilancia, aseguraba haber visto el trío; pero no pudo reconocer a ninguno de ellos a causa de la obscuridad; no obstante eso, pudo notar que uno de ellos cojeaba; Imam Raksh tenía ese defecto bastante pronunciado.

Nada concluyente había en todas estas afirmaciones, pero sirvieron para confirmar las teorías que Mahomed Ali se había formado, y por esta causa registró, con mucho cuidado y formalidad, la cabaña de Imam Raksh. Lo que antes era una simple sospecha, se convirtió en certidumbre al encontrar escondido entre la paja del techo del pesebre, un "lathi" (especie de lanza) manchado de sangre. Este "lathi" era un objeto pesado, hecho de una madera especial y sus puntas y virolas eran de bronce, hallándose las primeras cuidadosamente afiladas.

Inmediatamente, más de media docena de personas aseguraron que Imam tenía por costumbre llevar consigo un arma igual a la hallada; al saber esta noticia Imam

del trabajo realizado.

A su debido tiempo llegó el parte del médico encargado de la autopsia, informando que la muerte de Ram Pershad había sido producida por las heridas hechas con un instrumento cortante. Las manchas que había en el "lathi" eran de sangre humana y que las marcas de los dedos coincidían con las del acusado. Después de atar cabos y de despejar incógnitas, resultaba que la condena de Imam Raksh era inevitable.

El subinspector estaba encantado y muy contento de sí mismo. El informe final, en lugar de escribirlo en lengua nativa, lo hizo en algo parecido a inglés y lo mandó al cuartel general.

Reynolds, el superintendente del distrito, en su oficina del cuartel general leía con marcado interés el último informe recibido y, a medida que se iba enterando, una honda arruga surcaba su amplia frente. Después de volver a leer el parte nuevamente, y dejar la pipa sobre la mesa, maldijo con rudeza a su subordinado y lo calificó de tonto y de necio.

La vida de Imam Raksh estaba en la balanza; y aunque todo parecía correcto, Reynolds tuvo una de sus inspiraciones repentinas, y

de la puerta e impidió el paso de la luz del día. Estaba seguro que sería el mensajero de algún abogado ansioso de ocuparse de su defensa en la Corte de Justicia.

Pero la sombra no se movía de su sitio, quedándose allí parada, sin articular palabra. El preso alejó los pensamientos en que estaba abstraído, y levantando la cabeza vió un "sahib" y detrás de él, a una distancia respetable, el jefe de carceleros.

Por ser costumbre en la India, el reo se incorporó y saludó a la autoridad cruzando los brazos sobre el pecho e inclinando el busto hacia adelante. En ese momento, Reynolds, que lo había estado observando con mirada aguda y penetrante, llamó al carcelero para que abriese la puerta de la celda.

—Hágale saber quién soy, y luego déjenos solos — le dijo, y añadió: —Lo conduciré al patio para evitar que los demás prisioneros nos oigan.

El superintendente halló a Imam Raksh poco comunicativo, y no parecía tener nada que decir en su defensa.

Anteriormente sentía poco afecto por la policía; pero después de lo que le había sucedido por su causa, su odio hacia sus representantes se hizo más intenso. No obstante, el jefe no era como todos los otros, pues le habló amistosamente con mucha suavidad, y sin demostrar impaciencia alguna. Gracias a esto, después de un momento de conversación, el prisionero empezó a responder a todas las preguntas que se le dirigían.

—Por un legado del archivo me he enterado de que usted hace varios años tuvo un pleito. Usted nunca se llevó bien con la familia de Ram Pershad, ¿no es verdad? — inquirió Reynolds.

—Así es — contestó el nativo.

—Su último litigio fué aproximadamente hace seis meses, y el jurado falló en su favor, asignándole a usted el derecho al agua: y los terrenos no tienen valor alguno sin ella — continuó diciéndole el superintendente. —Ram Pershad se veía imposibilitado de continuar la lucha por falta de dinero. ¿Por qué siguió usted la pendencia contra un enemigo arruinado? — volvió a preguntar Reynolds.

—No había ninguna razón — respondió impasible Imam Raksh.

—En varias ocasiones usted ha dado evidencia de ser un hombre inteligente. En este asesinato usted ha actuado sin previsión. ¿Por qué escondió el "lathi" en un lugar tan visible? Porque el arma era suya ¿no es verdad?

—Sahib — repuso Imam — no puedo negar que el "lathi" me pertenecía. Todo el mundo sabe que era mío. ¿Siquiera se lo hubiese dicho a alguien cuando lo perdí?

—¡Eh! ¿Qué es eso? — preguntó rápidamente Reynolds.

—Todo depende de ese "lathi" — exclamó. — Yo le dije al subinspector cuando me interrogó, que se me había extraviado, pero no me hizo caso. "¿Qué evidencia tiene?" — me preguntó. — Yo, naturalmente, no tenía ninguna. Ahora me doy cuenta de que me lo deben haber robado. Pero en este caso, ¿que vale mi palabra?

—Efectivamente. No tiene ningún valor — respondió Reynolds y luego añadió: —Míreme usted a los ojos y repita nuevamente, si es

que se atreve a decirlo, que el "lathi" no se hallaba en su poder cuando se produjo la muerte de Ram Pershad.

Impasible, Imam Raksh cumplió con lo pedido.

—¡Bien! — dijo entusiasmado el superintendente, y agregó: —Ahora puede usted retirarse. Este asunto lo investigaré personalmente.

—No creo que este pobre desgraciado sea el culpable — dijo en-

Pocos días después llegó Reynolds acompañado únicamente por su asistente, y empezó en seguida un interrogatorio local a todos los jefes de familia allí reunidos.

Algo más tarde Reynolds se dirigió acompañado de sus subordinados, testigos y jefes de familia hacia el pozo fatal que se hallaba en medio de un campo despejado y a un costado de un sendero arenoso. Cuando sólo faltaban unas pocas yardas para llegar, Reynolds hizo que la comi-

maba a uno de los nativos, y lo hacía parar al lado para poder comparar las impresiones, continuando luego su búsqueda.

De pronto, un grito lleno de excitación del asistente hizo que Reynolds volviese la cabeza con apresuramiento, y viese al que había proferido el grito, señalando con la mano dos pisadas impresas en la arena, que corrían paralelas y casi juntas. Por haber un pedazo de camino que se volvía pedregoso, perdieron por un instante el rastro, pero luego lo hallaron nuevamente impreso con toda la nitidez en el suelo arcilloso. Las impresiones eran perfectas, pudiéndose notar cada línea, así como también las marcas de los dedos del pie desnudo. En medio de las dos huellas se distinguía el rastro que había quedado al arrastrar algún objeto pesado por el suelo.

—Con esto tenemos suficiente — dijo Reynolds —; esto va mejor de lo que yo creía. Ahora prenda usted fuego y póngase a trabajar, —ordenó luego.

Una olla de cocina fué traída y vaciaron en ella el contenido del paquete que traía el asistente de Reynolds. Una vez que por la acción del calor se hubo derretido la mezcla, fué vertida despacio y con sumo cuidado encima de las pisadas, dejándola reposar hasta que la pasta se hubo endurecido. Antes de que se terminara el proceso de enfriamiento, se colocó sobre la mezcla una hoja de papel debidamente firmada por dos testigos, quedando de este modo adherida y sirviendo de documento permanente de identificación.

Después de limpiar la tierra que sobre ellas había, las impresiones fueron levantadas y cuidadosamente envueltas. Reynolds, luego que hubo montado a caballo, y recibido de manos de su asistente las impresiones, partió a todo galope en dirección al destacamento de policía. Ahora debía encontrar al dueño de los pies que habían dejado la marca de las pisadas. La tarea no le resultaría muy difícil, pues él ya tenía más o menos una idea del lugar donde debía dirigirse.

Era ya bastante tarde cuando regresó, pues en un par de horas la obscuridad empezaría a tender su negro manto.

—¿Están aún aquí los testigos? — le preguntó a Mahomed Ali, y al contestarle éste afirmativamente, agregó satisfecho: —Muy bien. Entonces mande usted a uno de sus hombres a comprar resina y cera virgen de panal. ¿Entendió usted lo que le dije? — preguntó al ver a Mahomed Ali que se quedaba con la boca abierta al oír orden tan extraña.

—¿Qué demonios querrá hacer con la cera y la resina? — preguntó Mahomed Ali al policía que mandaba.

—Sólo Dios lo sabe — contestó el hombre, al mismo tiempo que partía a caballo al galope.

—Referente al registro de la casa de Imam Raksh — empezó a decir Reynolds unos minutos después, sentado delante de una mesa en la galería, en el informe que usted me mandó. Mahomed Ali, decía que iba acompañado por el acusado, dos testigos y el centinela — continuó Reynolds. — ¿Alguna otra persona estaba presente en ese momento? — inquirió.

—Únicamente Pertab, hijo de Ram Pershad, que en este momen-

EL CHANCHO Y EL CARANCHO

En un poste del rústico alambrado,
que cercaba el chiquero,
Así habló encaramado
Con fatiga, el carancho
A su compadre el chancho:

—Esta triste figura
De barrendero vil de la llanura
Te dirá que ando hambriento,
Por falta miserable de sustento;
Pero por lo que veo,
Me tendré que quedar con el deseo.
Tampoco hay aquí y me lo explico
En qué meter el pico,
Pues tienes la costumbre conocida
De hartarte como puerco de comida,
Que te brindan sin cuenta
En tu mismo chiquero,
Mientras yo tengo que buscarla artero
Hurgando la osamenta
Perdida en el sendero.
¡Miserable de mí! Vivo a qué precio
A causa del desprecio:
El hombre así sea *maturrango*
Gastar no quiere por creerlo necio,
Pólvora, ni en carancho, ni en chimango.

—¿Y te quejas? ¡oh! estúpido carancho!
Gruñóle airado el chancho,
¡Ojalá yo decir eso pudiera!
Que en un trance terrible no me viera.
Me tildan, en verdad, de tonto y terco,
Dicen que soy un puerco,
Pero *me toman todo* y por entero
Maldiciendo del chancho y su chiquero.
Yo afirmo, con razón por vida mía,
Que tal conducta es una *porquería*.
Pero no tengo más que conformarme,
Y es mi placer hasta que pueda, hartarme.
Mas protesto a mi vez; es este un vano
Derecho soberano.

Ya que de tanto sirvo, yo quisiera
Que el vilipendio se me suprimiera
Y que dijese todas las cartillas:
Es *éste* el que nos brinda las morcillas,
Salchichas, salchichones,
La delicia sin par de los jamones,
No hay derecho a reírse en sus costillas...
Adobadas con salsa de piñones,
(Yo espero unas lágrimas sencillas
De todos los sensibles corazones)
De *gratitud* siquiera, dijo el chancho:
Y se rió el carancho.

Domingo SASSO.

tre dientes el jefe cuando Raksh se hubo alejado en dirección a su celda.

A la mañana siguiente estaba examinando con un poderoso lente de aumento el "lathi" acusador, al mismo tiempo que interrogaba al perito en impresiones digitales.

De pronto, pareció encontrar lo que buscaba, pues se echó hacia atrás en su sillón giratorio y sonrió satisfecho.

El subinspector Mahomed Ali estaba encantado. El correo acababa de traerle noticias de que el superintendente del distrito en persona le haría una visita.

va se detuviese y avanzó acompañado únicamente por su asistente que llevaba un pequeño envoltorio bajo el brazo derecho.

Había gran cantidad de pisadas alrededor del pozo, siendo su mayoría pertenecientes a pies de mujer. Reynolds, con la vista baja, fija en el suelo, pasó por alto sin prestar atención a las pisadas que había del lado del pueblo. Se alejó poco más o menos unas cien yardas detrás del pozo, abarcando en su extensión un ancho semicírculo. Aquí y allá se detenía al encontrar una pisada de hombre y después de examinarla, lla-

to está sentado ahí—fué la contestación del subinspector, al mismo tiempo que señalaba con el dedo a uno de los hombres allí presentes.

—¿Ese hombre asistió al registro de la casa?—volvió a preguntar Reynolds.

—El no tomó parte alguna en la investigación—contestó Mahomed Ali con prontitud.—Fué el centinela quien me llamó la atención y me hizo mirar la paja del techo del pesebre que había sido removida.

Reynolds dirigió al centinela una mirada inquisidora, y al darse cuenta de ello el hombre contestó:

—Así es, mi jefe; Pertab y yo estábamos conversando en la puerta del pesebre, cuando de pronto éste levantó la vista. Mis ojos siguieron la dirección de su mirada, y ví la paja del techo revuelta, de lo cual notifiqué inmediatamente a mi superior.

—¿Está usted seguro Mahomed Ali de que ninguna otra mano, excepto la suya, tocó el "lathi"? —

—Estoy segurísimo, señor.

—¿Por dónde lo sacó usted de su sitio? ¿Por el extremo puntiagudo, o por el opuesto de bronce?

—Fué la punta de bronce la que ví primero; todo lo demás estaba oculto entre la paja.

—¿Fué Pertab quien aseguró que el arma pertenecía al acusado?

—No, no fué él; pero los dos testigos y algunos de los mirones que estaban en la puerta, manifestaron que el "lathi" era de Imam Raksh. Ese informe, "sir", se lo da un experto—agregó Mahomed Ali en tono de reproche, pues se daba cuenta que su dignidad estaba en peligro, y que el papel que estaba desempeñando no era muy lucido a los ojos de aquellos a quienes él quería impresionar.

—Traiga usted un balde con arena fina, y desparrámela en el suelo, de manera que tenga aproximadamente una pulgada de espesor—dijo Reynolds dirigiéndose a su subordinado, y luego continuó:—Usted conoce, Mahomed Ali, el testimonio de cada uno de los hombres aquí presentes. Seleccione aquellos que aseguran que el "lathi" pertenecía a Imam Raksh, así como también a Pertab y al centinela. Escriba usted los nombres de cada uno de ellos y colóquelos en orden, de modo que su situación coincida con la lista. Los demás testigos, que se hagan a un lado.

Seis hombres fueron puestos en fila, hallándose éstos pendientes del menor movimiento del astuto jefe. Lo que más llamaba la atención de los policías era el sendero de arena que el superintendente había ordenado se desparramase, y no tenía la más remota idea del propósito del jefe al echar mano a ese recurso para ellos desconocido. Mucho se acrecentó su curiosidad al notar que el "sahib" sacaba de su bolsillo un paquete cuidadosamente envuelto en papel. Bien pronto pudieron saciar su curiosidad, pues casi en seguida se oyó cantar un nombre, respondiendo al llamado uno de los seis hombres dispuestos en fila.

El "sahib" le pidió tuviese a bien caminar por encima del sendero de arena volcada expofeso, y un momento después el oficial de policía se agachaba y miraba con marcado interés las impresiones dejadas por los pies desnudos del nativo, comparándolas al mis-

mo tiempo con el misterioso contenido del envoltorio.

Luego que hubo investigado un momento, hizo borrar las huellas marcadas sobre la arena, repitiendo más tarde el mismo proceso con el segundo testigo.

Cuando el tercer hombre hubo cruzado por sobre la arena, el "sahib" miró con más interés las huellas dejadas, cambiando de ángulo a cada momento, y, acercándose más aún, estudió nuevamente el contenido del paquete, que re-

del tercer testigo no habían sido borradas, y después que la mezcla de cera y resina se hubo derretido, vertió el líquido en dos de ellas, y esperó impaciente que se endureciera.

Una vez que el producto se hubo solidificado, pidió agua.

Pero Reynolds no parecía quedar satisfecho. Una vez más borró las pisadas, e hizo pasar sobre la arena al cuarto y luego al quinto testigo, siendo el último el hijo de la víctima, Pertab Pershad; éste,

servación, Mahomed Ali levantó la vista, y pudo ver que Reynolds había colocado dos impresiones de pisadas humanas encima de la mesa.

—"Sir"—dijo Ali nerviosamente—puede ser que yo esté equivocado, pues no soy un experto, pero casi podría asegurar que la impresión del primer y segundo dedo de la mano del último hombre que yo saqué es idéntica a la fotografía que usted me acabó de entregar.

—¿Es de la mano izquierda o de la derecha? — preguntó Reynolds vivamente.

—La derecha—contestó el subinspector, agregando luego:—¿me permite usted "sir", que le pregunte lo qué tiene que ver todo esto con el crimen?

—Ahora compare usted estos moldes con las impresiones del pie—contestó el superintendente, sin prestar atención a la pregunta.

—Son idénticas hasta en la cicatriz que cruza el dedo medio—respondió Mahomed Ali después de un intervalo.—Los dedos están tajados a igual distancia, y no hay diferencia alguna en las medidas del talón a la punta del dedo mayor.

—Fíjese en el nombre del testigo a quien pertenecen esas impresiones, pero no diga nada por el momento. Deje que todos se armen a la mesa, y luego explicaré por qué se equivocó usted en la pesquisa, acusando a Imam Raksh de asesinato, cuando a mí me consta que él es inocente.

—"Sir"—arguyó Ali, — con todo el respeto debido, me permito recordarle que existe la evidencia contra él.

—Usted trabaja tomando por norte una línea recta, no apartándose de esa línea por nada del mundo. Mahomed Ali. Yo creí que para esta fecha, un rayo de luz habría penetrado en su inteligencia obtusa y embotada, pero veo con tristeza que me he equivocado, y que usted carece en absoluto de inventiva. Sería conveniente que usted, de vez en cuando, hiciera trabajar su cerebro. De este modo tal vez tendría más éxito en sus empresas — recriminó Reynolds. Luego, dándose vuelta con rapidez, les dijo a los demás, ásperamente:

—Pertab, hijo de Ram Pershad, aproxímele, tengo algo que decirle. En cuanto a los demás, oigan. Pero antes de comenzar necesito otra lámpara. Sosténganla bien alto para que yo pueda ver a Pertab con toda claridad.

El joven nativo se adelantó de mala gana y luego quedó parado frente a la mesa, con la vista baja.

Después de mirar por unos instantes con mucha firmeza a Pertab, Reynolds sentóse en su sillón, al mismo tiempo que una profunda arruga se dibujaba en su frente.

—Pertab—comenzó a decir pausadamente:—el que falleció, era su padre; y el acusado, su enemigo, y el enemigo de toda su familia, ¿No es verdad? También sé, gracias a los expedientes y registros de los litigios, que las dos familias sostuvieron, que ese rencor y esa enemistad existían desde muchos años atrás.

El último pleito fué a causa del derecho al agua, perdiéndolo la familia de Pershad. Como ustedes no tenían dinero suficiente para continuar la lucha, decidieron ce-



sultaron ser las impresiones de las pisadas tomadas cerca del pozo fatal.

—Saque usted las impresiones digitales de ese testigo—ordenó Reynolds a Mahomed Ali, y luego continuó:—Quiero impresiones completas de ambas manos.

Al oír la orden el subinspector bostezó asombrado, pero no hizo objeción alguna.

Mientras tanto Reynolds había hecho comparecer al policía que había sido mandado de compras, ordenó que le trajesen una olla de cocina, y comenzó a desenvolver el paquete recibido. Las pisadas

después de pasar por la prueba como hicieron los demás, dió media vuelta y se retiraba cuando Reynolds lo llamó, e hizo que se aproximase a la mesa donde estaba Ali sacando las impresiones digitales.

—Usted aprendió cuando estuvo en el colegio militar, a comparar impresiones digitales—dijo el superintendente, dirigiéndose a Mahomed Ali.—Compare las que usted tiene con las que le daré ahora—agregó sacando unos objetos de un paquete, y alargándoselos sin ningún comentario.

Después de cinco minutos de ob-



¡INFELIZ DEL QUE NACE CUBISTA! — Figúrate tú que ha venido el señor del retrato y ha dicho que quería que le retocara un poco la nariz.

—¿Y por eso estás apurado?

—Es que no me acuerdo donde he puesto la nariz.

lebrar un consejo de familia para tratar de hallar el modo de librarse de la opresión de sus enemigos. Después de mucho pensar, usted se formó un plan maravilloso:

El oficial centinela encargado de esa sección, era relativamente joven y sin experiencia; por esta razón convino que tal vez podrían sobornarlo, o si el caso lo exigía, simplemente inducirlo para hacerlo su cómplice. En su casa vivía un padre, ya anciano, incapaz, a causa de su edad avanzada, de labrar las tierras o de manejar un arado. Usted lo consideraba como una carga y un estorbo y que para lo único que servía era para comer lo que los otros con tanto sacrificio ganaban. Usted puso el ojo sobre él, y poco a poco la depravación de su crimen nos demuestra, se hizo dueño de su alma, susurrándole a cada momento que la muerte del desdichado anciano no representaría mayor pérdida, pues con su desaparición el bienestar volvería a reinar en su casa.

“Pero el plan tenía que prepararse con todo cuidado, y por consiguiente usted esperó que llegara la ocasión de poder hurtar el “lathi” de Imam Raksh. Luego esperó de nuevo, con el oído atento, por si el damnificado comunicaba algo a los demás aldeanos, o si les contaba la desaparición de su “lathi”; pero, por suerte para usted, Imam Raksh no dijo nada al respecto”.

Reynolds hizo una pequeña pausa, pero Pertab permaneció inmóvil y silencioso.

Mahomed Ali se movió en su silla nerviosamente. Por último estaba por creer que se había equivocado, siguiendo una falsa pista, pero inmediatamente rechazó la idea, pues él estaba seguro de poseer las pruebas suficientes para condenar a Imam Raksh.

—Pertab— continuó diciendo Reynolds—, usted asesinó a su padre, Ram Pershad, mientras éste dormía, empleando el “lathi”, que está ahí sobre la mesa! Junto con un ayudante, usted arrojó el cuerpo sin vida hasta el pozo, y eran las impresiones de sus pies las que estaban marcadas en la arena.

“Todo lo que usted hizo no eran pruebas suficientes para poder acusar a su enemigo, y por esta razón usted escondió el “lathi”, en el pesebre de Imam Raksh, en un lugar bien visible. De eso también tengo pruebas, pues usted dejó la impresión de dos de sus dedos en las manchas de sangre del “lathi”.

—¡Esas no son las impresiones que yo saqué!—exclamó Mahomed Ali, nerviosísimo, poniéndose de pie de un salto.

—También el perito se equivocó al examinar el arma y tomó las impresiones dejadas por el dueño del “lathi”, en lugar de fiarse en las otras que pertenecían al asesino; por esta causa su culpa es nepadable. Mahomed Ali—dijo Reynolds en voz baja—. Demasiado bien sabía usted hacia qué punto se iban a dirigir las sospechas—continuó diciendo, dirigiéndose a Pertab—y se arregló de modo de no hacer ninguna acusación directa, pero sí indirectamente. Usted

presentó el registro de la casa, temeroso sin duda de que el “lathi” no fuese hallado. Fue usted quien, puede decirse, indicó el lugar donde se encontraba, pero su astucia fue tal que se abstuvo de indicar quién era el dueño del arma. ¡En mi vida he visto a una persona con un alma más negra y vil que la suya! ¡Matar al padre que le dio la vida! ¡Su sangre derramada estará siempre ante su vista, y mientras viva se verá perseguido por el espectro de su víctima!

Después de las recriminaciones de Reynolds sobrevino un angus-

Un momento después, Reynolds leía el documento más extraño que había visto, donde indicaba que el plan había sido ideado únicamente por el anciano, quien había sacrificado su vida deliberadamente, con tal de que su enemigo sufriese una condena por asesinato.

Cuando Reynolds volvió a mirar a Pertab, éste se hallaba de pie, firme, y al parecer muy ufano y orgulloso, pues había podido rehabilitarse ante sus vecinos y compañeros, y ahora estaba preparado y dispuesto a purgar su falta y a cumplir el castigo que se le impusiera.

NOCTURNO

Para FRAY MOCHO.

Esta noche,

esta larga noche,

velé tu sueño!...

...La noche sellaba el silencio...

En mi carne aun latían

tus besos...

aun el alma, de la tuya guardaba

su místico inrienso!...

...Sentí la ráfaga

del presentimiento...

Entreví tu vida, nido de la mía,

ya sólo recuerdo...

tus manos guidoras, santas,

tus ruegos,

tu palidez, la huella cárdena

del placer del beso...

nuestra soledad entre el conjunto,

el instante extremo...

y las gemas raras de tus ojos...

todo tu en la sombra

disperso!...

...Y ante ella, expectante y fija

en tí, mi vida al margen del Tiempo!...

Llenaron mis lágrimas

tu sueño!...

Temblaba

de la espera lúgubre

con los sentidos despiertos!...

Abriste los ojos dormidos y ciegos...

Los miré con sed, con hambre, con jirones míos!...

en ellos,

se esconde y se inicia lo que hay en mí cierto:

el amor, la vida, el arte, el ensueño!...

Lloraba

con los sentidos despiertos!...

El alba,

decía sus leyes moradas y grises

sobre el Universo!...

La gran armonía surgiendo de su éxtasis

era acto de nuevo...

...Te velé una noche, una larga noche
que tenía término!...

Maria Luisa de IRIARTE

Las Palmas de Gran Canaria.

tioso silencio. Dos veces las palabras quedaron trabadas en su garganta.

—¡Asesino de su propio padre!
—volvió a decir el superintendente lleno de ira.

—¡No! ¡El consintió! —gritó Pertab, desesperado.

—¿Consintió en ser asesinado?

—Aquí tengo el papel—aseguró Pertab ansiosamente, al mismo tiempo que con apresuramiento y nerviosidad, trataba de desabrochar su “puggari” para revisar sus bolsillos—. El dió su vida por voluntad propia, para que el acusado Imam Raksh fuese ahorcado. Nosotros, únicamente, seguimos las instrucciones que él nos forzara a cumplir. Fue él quien dió la idea y formó el plan.

—¡Lástima que mi padre haya muerto en vano!—dijo después de una larga pausa—. ¡Todo parecía marchar tan bien!...

Inyecciones para los árboles

El empleo de inyecciones hipodérmicas en el cuerpo de los hombres y animales para combatir enfermedades, especialmente aquellas que se deben a la acción de las bacterias, es conocido hace mucho tiempo y se practica con favorables resultados, tanto para cu-

rar las enfermedades como para prevenirlas (viruela, cólera, tifus, etc.)

No son indiferentes las materias que se emplean en las inyecciones. Los preparados que se emplean para matar las bacterias en la parte externa de las plantas (desinfectantes) no pueden usarse fuera de unos pocos, porque la mayoría de ellos, cuando se introducen en la circulación, matan no sólo las bacterias, sino que a la vez las plantas.

En los últimos siete años se ensayaron unos 130 preparados diferentes de inyecciones con sustancias orgánicas e inorgánicas. Resultó que la misma sustancia que había tenido gran eficacia en ciertas clases de plantas, no producía efecto alguno en otras o les era manifiestamente perjudicial. El clima y la composición del suelo son factores importantes que es necesario tener en cuenta.

El procedimiento más generalizado consiste en hacer con un perforador un estrecho orificio, cuidando que la herida, indispensable para las inyecciones, sea lo más pequeña posible. Introducir, entonces, en el orificio una cánula de madera y lleno el tubito con la sustancia de la inyección. La savia ascendente lleva consigo la sustancia hacia arriba, de modo que la época más favorable para esta clase de tratamientos es la de mayor actividad de la savia.

Según las circunstancias atmosféricas se vacían las cánulas en dos hasta veinticuatro horas; la sustancia de la inyección es absorbida por completo y la herida se tapa con cera vegetal.

Las inyecciones presentan, frente a las pulverizaciones, pinceladas y sahumaduras, la ventaja de facilitar y simplificar el trabajo. No se pierde ni una gota del remedio. La sustancia inyectada se distribuye hasta los vasos más delgados de la planta, impidiendo que un parásito quede sin destruir.

El efecto se muestra hasta en las racillas más finas, y el efecto general es mucho más duradero que el que se obtiene con todas las demás materias y los procedimientos protectores de las plantas.

La producción de frutos y el crecimiento de los árboles tratados con inyecciones superan a los demás. El sabor y la digestibilidad de los frutos no sufren alteración alguna.

Se han efectuado ensayos profilácticos y de destrucción de parásitos mediante inyecciones en casi todas las regiones de Alemania, como también en Holanda y en los Estados Unidos de la América del Norte.

En Holanda se observó, en 1919, una epidemia destructora de los árboles, desconocida hasta entonces, que se extendió por toda Holanda, por Bélgica, Francia y Alemania.

La enfermedad era tan formidable que avenidas enteras y barrios enteros de ciudades perdieron en poco tiempo el arbolado, cambiando el aspecto de esos lugares. Esta epidemia existe todavía y se difunde con enorme perjuicio de los municipios. Brusoff, de la Escuela Técnica Superior de Aquisgrán, ha descubierto la bacteria causante de esta enfermedad, que él ha llamado “Micrococcus ulmi”.

EL ESPIONAJE DURANTE LA GUERRA

La audaz y desconcertante Mata Hari. Los activos viajeros holandeses

Nunca se ha dicho la verdad respecto de Mata Hari, la atractiva belleza de aceitunada piel que fué la espía alemana más peligrosa descubierta durante la guerra. Ni probablemente se dirá nunca por qué aquella mujer de extraordinaria inteligencia hacía su papel con tal disimulo que hasta el final fué un enigma hasta para los entendimientos más avisados del Servicio Secreto.

En su vida hay capítulos que exceden a la imaginación del más atrevido novelista.

Mata Hari, que había vivido en Francia antes de la guerra, volvió a París en 1915. Sabían las autoridades que era persona que había intervenido en intrigas internacionales, y se sospecho que fuera espía; pero no pudo probarse nada. Después de una breve permanencia desapareció misteriosamente y no se supo de ella hasta que volvió a aparecer en 1916.

Nuevamente la vigilaban las autoridades, con la esperanza de hallarla convicta de tratos con el enemigo. Mata Hari se dio cuenta de que la observaban y tuvo cuidado especial de no hacer nada que despertase nuevas sospechas.

Poco después de su llegada pidió permiso para visitar Vittel, donde estaba construyéndose uno de los grandes campos de aviación para aparatos de bombardeo. Convinieron las autoridades de que por fin iba a descubrirse a sí misma, le concedieron en seguida el permiso. Pero sus esperanzas de sorprenderla con las manos en la masa se disiparon al ver que Mata Hari miraba sin el menor interés los aviones, si acaso los miraba.

A las autoridades se les acabó la paciencia. Una orden a rajatabla hizo comparecer a la bella espía ante el jefe de los servicios de Inteligencia. Allí, con la mayor crudeza, le dijeron que era sospechosa de espionaje y que se la iba a deportar a Holanda.

—¡Pero si yo no estoy a sueldo de Alemania! — declaró Mata Hari con indignación. — Si lo que yo quiero es servir a Francia. Si quieren probaré lo que digo yendo al cuartel general alemán de Stenay. Yo tenía en Alemania muchos amigos antes de la guerra, y no me será difícil llegar hasta el Kromprinz.

Dijo también al jefe del Servicio Francés de Inteligencia que estaba locamente enamorada de un oficial ruso de quien podía obtener informes muy valiosos.

—Pero necesito un millón de francos para casarme con él — añadió.

Se había presentado el negocio. Iba a ir a Stenay para probar su amor a Francia traicionando a sus anteriores amigos. Cuando se hubieron fijado los detalles, el jefe se volvió a ella y le dijo:

—Mata, usted siempre ha sido jugadora. Desde el principio de la guerra ha estado usted apostando por el mal caballo. Ahora se le ofrece a usted la posibilidad de cambiarse. Si nos sirve usted se

le dará el millón; si nos traiciona, la fusilaremos.

Mata Hari se echó a reír:

—Dentro de seis meses me casaré con mi ruso.

Se hicieron los preparativos para el viaje de Mata Hari a través de España y Holanda. Se eligió este camino porque el Servicio Francés de Claves sabía la que

Antwert. Pero el barco en que iba fué detenido en el Canal por una patrulla británica, y de orden del almirante Hall, Mata Hari fué conducida a Scotland Yard para ser interrogada.

Allí fué donde la vi por primera y última vez.

El departamento de Inteligencia del Almirantazgo no sabía nada

creto. Solamente su fama. Sin embargo, las autoridades tenían grandes sospechas de que facilitaba informes secretos al enemigo.

No olvidaré nunca la mañana en que comparecí en el Almirantazgo. Entré en la habitación de sir Basil Thompson activa como una reina. Jamás vi una mujer mas hermosa que aquella aventurera. Alta, viva, con magnetico atractivo, no era difícil darse cuenta de cuán fácil había de serle hacer perder el juicio a un varón impresionable.

Pero su coquetería le sirvió de poco en la atmosfera oficial de Scotland Yard. Sir Basil Thompson estuvo con ella amabilísimo; pero yo, que le conocía bien, sabía el acero que ocultaba bajo sus aterciopeladas maneras. Un deslíz, y Mata Hari se hubiera encontrado con que aquel hombre irio, sonriente, cortés, había tendido en torno de ella una tupida red de la que no podría escapar.

Pero la bella espía era digna de sir Basil Thompson. Permanente también oyo sus amenazas y sonrió inocente ante toda tentativa de atraparla.

—Voy a hacer una confesión — dijo al fin ingenuamente. — Soy espía; pero no de los alemanes: de los franceses.

A continuación refirió largamente la aventura en que estaba comprometida en provecho de los alemanes. Pero no dijo nada que la Scotland Yard no tuviera ya sabido. Cuando hubo terminado, sir Basil le dijo amablemente:

—Tome el consejo de una persona que casi le cubra la edad: renuncie a lo que está usted haciendo.

—Se lo agradezco a usted de todo corazón — dijo Mata Hari. — Tomaré su consejo, y no volveré a hacer lo que he hecho. Puede usted fiar en mí.

Siguiendo instrucciones del almirante Hall se la envió nuevamente a España. En España se le acabó el dinero y violó su promesa a Francia, yendo a dar importantes informes que había recogido en París, al agregado militar de la Embajada alemana, el cual, a instancias de ella, envió por telegrafía sin hilos un despacho cifrado a la G. H. Q. alemana diciendo que H. 23 pedía instrucciones. La respuesta inmediata, por radiotelegrafía también, fué que marchara H. 23 a París, donde encontraría en determinado Banco un crédito de cinco mil francos. Pero aquello era un cebo puesto por los franceses.

Mata Hari volvió a París y fué al Banco a recoger el dinero. En vez del dinero se encontró, para sorpresa suya, con agentes de Policía que la detuvieron.

Había dado su último paso en el peligroso camino del espionaje.

En el Cuartel General negó insistentemente haber tenido relación ninguna con el Servicio Secreto alemán ni con el agregado militar de la Embajada en España. Pero se descorazonó cuando se le

Dr. ENRIQUE FEINMANN

DE REGRESO DE EUROPA DE LAS CLINICAS DE PARIS, BERLIN Y VIENA

ESTOMAGO - NERVIOSAS - VENEREAS

Electricidad Médica y Electroterapia: Corrientes Electro Anestésica. Diatermia — Alta Frecuencia — Luz Ultra Violeta. Rayos X, especialmente para el tratamiento de: Reumatismo, Neuralgias (Tabéticas, del Trigémino, Ciática), Asma, Diabetes, Obesidad, Debilidad sexual y nerviosa, Neurastenia, Epilepsia, Tuberculosis articular. Enfermedades de la piel.

SUIPACHA 612

De 8 a 12 HORAS

U. T., LIB. 0260

usaba la diplomacia alemana, y quería que nuestra "40 O. B." tradujese cualquier mensaje inalámbrico que por España se enviara.

Al principio Mata Hari pareció jugar limpio con Francia. Marchó derecha a Vigo y embarcó para

del acuerdo a que los franceses habían llegado con la espía. Pero conocía la reputación de ella, y el hecho de que fuera camino de Alemania era motivo suficiente para su detención.

No había contra ella nada con-

G U L A

Todo el afán del hombre es para saciar su boca o apetito; más su alma, que es inmortal, no quedará con esto saciada. — Eclesiástico, cap. VI. v. 7.

Quien gusta de dar banquete, parará en mendigo; no será jamás rico el aficionado al vino y a los manjares regalados. — Proverb. cap. XXI. v. 17.

Guárdate de ser glotón en los convites, ni te abalances a todos los platos: porque ocasiona enfermedades el mucho comer, y la glotonería viene a parar en cólicos y malos humores. De un hartazgo han muerto muchos; mas el hombre sobrio alargará la vida. — Eclesiástico, cap. XXXVII. vs. 32,33 y 34.

Príncipe de los demonios es Lucifer, y principio de los vicios es la gula. — P. Juan de Torres.

Los hidalgos tan honrados y bien nacidos como yo, no se han de enseñar a ser glotonas. — Vicente Espinel.

No tienes vergüenza de beber y glotonear siendo tu padre el mayor de los griegos. — Diego Gracián.

No asistas a los convites de los beodos, ni a las comilonas de aquellos que contribuyen a escote para los banquetes; porque con la frecuencia de beber y de pagar escotes vendrán a arruinarse, y su soñolienta desidia los reducirá a ser unos andrajosos. — Proverb. cap. XXIII, vs. 20 y 21.

mostraron los cables oficiales re-
lacionados a Berlin o interceptados
por los franceses. Aquellos despa-
chos fijaron el destino de mata-
hari, que, fusilado en el castillo
de Vincennes, sufrió el castigo de
los espías. Doce fusiles dispararon
en una misma detonación, y mata-
hari cayó sin vida. La habían al-
canzado once balas.

Aunque el servicio británico
descubrió espía tras espía, los ale-
manes no se dieron por vencidos.
El espionaje continuaba. Lo único
que sucedió es que cambiaron los
procedimientos.

De repente empezó a notarse
extraordinaria afluencia de viajan-
tes de comercio holandeses que ne-
gociaban de Holanda en representa-
ción de negocios que a causa de
la guerra habían tomado notable
desenvolvimiento. Indudablemente
debía de ser así, porque apenas
desembarcaban en Inglaterra em-
pezaban a enviar órdenes telegrá-
ficas dos o tres veces al día refe-
rentes a cigarros y otros generos.

Entre estos viajeros había dos
supuestos holandeses, de nombre
Hacke Retras Marius Jansen y
Wilhelm Joanars Roos.

Hacía tiempo que el censor ha-
bía advertido el extraordinario
numero de telegramas y cartas que
de todos los puertos se remitían
con órdenes de cigarros.

Los marinos debían de estar
comprando aquel tabaco a precio
de coste, o quizá más barato aún,
porque había motivos para dudar
que la población civil se entregara
a tales lujos.

De Portsmouth se pedían mil
cientos coronas; de Chatham, cinco
mil cabanas; luego, Plymouth y
Davenport pedían cigarros de dis-
tintas clases. Otras veces las ór-
denes se referían a Newcastle.

Se hicieron investigaciones en
Holanda. Se descubrió que la ofi-
cina principal de la casa negocian-
te en tabacos era una escondida
habitación a donde iba todos los
días un alemán misterioso. Fué lo
bastante para que la Scotland Yard
detuviera inmediatamente a los se-
ñores Jansen y Roos.

Jansen fué el primero en com-
parecer ante sir Basil Thompson.
Yo estuve presente al interrogato-
rio en representación del director
de Inteligencia. Jansen dijo que
había sido marino, y que se hizo
viajante porque la casa compren-
dió que sus viajes y la particulari-
dad de hablar inglés corrientemen-
te podían hacerle muy útil.

Le preguntaron si conocía a Roos
y contestó que jamás había oído
hablar de él.

Sir Basil Thompson le pregun-
tó:

—¿Es usted el único viajante
que esta casa Deirkes y Compañía
tiene en Londres?

Jansen contestó:

—Sí.

Jansen no tenía la menor idea
de que Roos estaba detenido tam-
bién. Se le ordenó salir de la ha-
bitación y entró el otro sospecho-
so:

Roos me pareció un viejo lobo
de mar alemán.

Dijo una y otra vez que era un
viajante en tabacos de la mejor
fe del mundo. Entonces siguió un
agudo interrogatorio.

—¿Qué tal le van a usted los
negocios en los puertos?

—Bien. Los cigarros son bue-
nos y se dan a precio moderado.

—¿Es usted el único represen-
tante de Deirkes y Compañía?

—Sí.

—¿No pudiera ser que hubiese
otro dada la extensión del nego-
cio?

"Hay cinco cruceros en Cha-
tham".

Y así, sucesivamente, refiriendo-
se cada modelo de orden a un mo-
vimiento y una fuerza naval.

Entre nuestras más importantes
capturas en el principio de la gue-
rra figuró la del comandante von
Rintelen. Era un oficial de Mari-
na alemán retirado que se había



LA MADRE. — ¿Cómo has hecho para ensuciarte de esa manera las manos?
PEDRITO. — He estado buscando la cartera que has perdido.
LA MADRE. — ¿Y dónde la buscabas?
PEDRITO. — En el tarro de dulces de frutilla.

—Pudiera ser que hubiesen en-
viado a Jansen al ver las muchas
órdenes que llegaban.

—¿Usted conocen a Jansen?

—Desde luego.

Entonces sir Basil Thompson
dió orden de que Jansen entrara.
Roos se le quedó mirando con
asombro. La partida estaba per-
dida.

En poder de Roos se encontró
una clave que dió muy diferente
alcance a las inocentes órdenes de
cigarros. Con esta clave las ór-
denes significaban, por ejemplo, lo
siguiente:

"Hay diez destructores en el
puerto de Portsmouth".

dedicado a los negocios en Méjico
y había llegado a adquirir gran in-
fluencia en América. Viajaba con
otro nombre e iba de América a
Alemania. Al tocar el buque en
que viajaba en Southampton un
policia apareció en escena y detu-
vo a Rintelen. Iba con él en el
camarote una famosa actriz de
Londres con quien había hecho
amistad en el viaje. Hubo una dra-
mática escena en el Almirantazgo
cuando von Rintelen negó tener
relación ninguna con la Marina
alemana, aunque, bajo la presión
del interrogatorio, admitió que
era reservista del Ejército.

De repente lord Avinger lanzó

APOTEOSIS

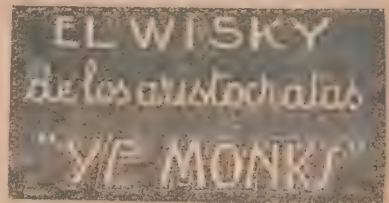
Bajo un fulgor de lámparas nupciales,
en la ribera oscurecida y sola,
en su breve emergencia de amapola
lució sus desnudeces virginales.

Del cielo, en los asombros zodiacales,
le murmuraba el mar su barcarola,
como a la Anadyomena de la ola
surgiendo de las noches orientales...

Cuando murió en el mar la tarde quieta,
desnuda, en el crepúsculo violeta,
la vieja luna la cubrió de azahares...

Y así fué que volviendo del olvido,
cayó a sus pies mi corazón vencido
como un viejo corsario de los mares...!

Juan Julián LASTRA



el saludo usado entre los marinos
alemanes, y von Rintelen, sin po-
der contenerse, correspondió. No
puediendo entonces disimular mas,
confesó y entró en una charla lo
bastante habil para no revelar lo
que se pretendía de él. El almi-
rante Hall, en una de sus tenta-
tivas, le dijo:

—Alemania ha cometido un
gran error yendo a la guerra,
cuando podía haberse apoderado
del mundo por la penetración pa-
cífica.

—Y ustedes han cometido un
error aliándose con Francia —
contestó von Rintelen. — Su na-
tural alianza era con Alemania, y
la Gran Bretaña y Alemania jun-
tas hubieran dado su ley al mun-
do.

Un domingo por la mañana lle-
gó un telegrama para el director
de Inteligencia Naval. Lo abrió yo
en su ausencia. Anunciaba que
von Rintelen se había escapado de
Donnington Hall, donde se le ha-
bía internado. Se lo mostré a un
par que era muy amigo del almi-
rante Hall, y le rogué que se lo
diera cuando llegase; pero como
comprendía que el asunto había
de poner al director de Inteligen-
cia Naval de un humor de todos
los diablos me lo encajó a mí.

Al llegar el almirante Hall me
preguntó si había algo de nuevo,
refiriéndose, por supuesto, a te-
legramas de la "40 O. B."

—Nada, a no ser esto — le con-
testé alargándole el despacho.

Paseó la habitación de un lado
a otro durante unos segundos con
muestras de gran preocupación, y
de pronto corrió al teléfono. La
orden que dió fué detener todos
los trenes en la primera estación
a que llegasen y que no zarparan
los buques que estuviesen dispues-
tos.

A eso de las siete me llamó y
volvió a preguntarme:

—¿Hay algo nuevo?

Como respuesta le di otro tele-
grama en el que se daba cuenta
de que von Rintelen había sido de-
tenido en Leicester.

Se frotó las manos con satisfac-
ción.

—Ahora pondremos a von Rin-
telen donde no pueda irse — ex-
clamó.

Pocos días después del arresto
de von Rintelen el almirante Beat-
ty informaba de que un gran nú-
mero de buques estaban detenidos
en Scapa Flow en virtud de las
órdenes del almirante Hall y pe-
día instrucciones. El almirante
Hall se había olvidado de poner
este sencillo despacho: "Pueden
salir".

Hugh CLELAND HOY.

Director de Inteligencia Naval.

El sol se había puesto; las nubes, que cruzaban hechas girones sobre mi cabeza, iban a amontonarse unas sobre otras en el horizonte lejano. El viento frío de las tardes de otoño arremolinaba las hojas secas a mis pies.

Yo estaba sentado al borde de un camino, por donde siempre vuelven menos de los que van.

No sé en qué pensaba si en efecto pensaba entonces en alguna cosa. Mi alma temblaba a punto de lanzarse al espacio, como el pájaro tiembla y agita ligeramente las alas antes de levantar el vuelo.

Hay momentos en que, merced a una serie de abstracciones, el espíritu se substrahe a cuanto le rodea, y replegándose en sí mismo analiza y comprende todos los misteriosos fenómenos de la vida interna del hombre.

Hay otros en que se desliga de la carne, pierde su personalidad y se confunde con los elementos de la naturaleza, se relaciona con su modo de ser, y traduce su incomprendible lenguaje.

Yo me hallaba en uno de estos últimos momentos, cuando solo y en medio de la escueta llanura oí hablar cerca de mí.

Eran dos hojas secas las que hablaban, y éste, poco más o menos, era su extraño diálogo:

—¿De dónde vienes, hermana?

—Vengo de rodar con el torbellino, envuelta en la nube del polvo y de las hojas secas nuestras compañeras, a lo largo de la interminable llanura. ¿Y tú?

—Yo he seguido algún tiempo la corriente del río, hasta que el vendabal me arrancó de entre el léano y los juncos de la orilla.

—¿Y a dónde vas?

—No lo sé: ¿lo sabe acaso el viento que me empuja?

—¡Ay! ¿Quién diría que habíamos de acabar amarillas y secas arrastrándonos por la tierra, nosotras que vivimos vestidas de color y de luz mecándonos en el aire?

—¿Te acuerdas de los hermosos días en que brotamos; de aquella apacible mañana en que roto el hinchado botón que nos servía de cuna, nos desplegamos al templado beso del sol como un abanico de esmeraldas?

—¡Oh! ¿Qué dulce era sentirse balanceada por la brisa a aquella altura, bebiendo por todos los poros el aire y la luz!

—¡Oh! ¿Qué hermoso era ver correr el agua del río que lamía las retorcidas raíces del añoso tronco que nos sustentaba, aquella agua limpia y transparente que copiaba como un espejo el azul del cielo de modo que creíamos vivir suspendidas entre dos abismos azules!

—¡Con qué placer nos asomábamos por cima de las verdes frondas para vernos retratadas en la temblorosa, corriente!

—¿Cómo cantábamos juntas imitando el rumor de las ondas!

—Los insectos brillantes revoloteaban desplegando sus alas de gasa a nuestro alrededor.

—Y las mariposas blancas y las libélulas azules, que giran por el aire en extraños círculos, se paraban un momento en nuestros dentellados bordes a contarse los secretos de ese misterioso amor que dura un instante y les consume la vida.

—Cada cual de nosotras era una nota en el concierto del bosque.

—Cada cual de nosotras era un tono en la armonía de su color.

—En las noches de luna, cuando su plateada luz resbalaba sobre la cima de los montes, ¿te acuerdas cómo charlábamos en voz baja entre las diáfanas sombras?

—Y referíamos con un blando

nido de aristas y de plumas.

—Nosotras servíamos de abrigo a los pequeñuelos contra las molestas gotas de la lluvia en las tempestades de verano.

—Nosotras les servíamos de dosel y los defendíamos de los imoportunos rayos del sol.

—Nuestra vida pasaba como un

HOJAS SECAS

Por Gustavo Adolfo Bécquer

ESCUCHA, PEREGRINO...

No aligeres el paso, peregrino;
que tu pupila con despaño vea;
de todo lo que ahora te rodea
nada has de hallar de nuevo en tu camino.

Así como el del agua es tu destino,
y en busca de quietud — que es lo que crea —
hazte remanso con tu propia idea
antes de darle vueltas al molino.

No desdeñes la flor por ser pequeña;
duélete del dolor que no se enseña,
y del pecho sin fe, que es roto nido;

y sin hacerle muecas a la suerte,
aguardate a que el soplo de la muerte
te apague, como al sol, sin hacer ruido...

Julían MARCHENA

susurro las historias de los silfos que se columpian en los hilos de oro que cuelgan las arañas entre los árboles.

—Hasta que suspendíamos nuestra monótona charla para oír embecidas las quejas del ruiseñor que había escogido nuestro tronco por escabel.

—Y eran tan tristes y tan suaves sus lamentos que, aunque llenas de gozo al oírle, nos amaneecía llorando.

—¡Oh! ¿Qué dulces eran aquellas lágrimas que nos prestaba el rocío de la noche y que resplandecían con todos los colores del iris a la primera luz de la aurora!

—Después vino la alegre banda de jilgueros a llenar de vida y e ruidos el bosque con la alborozada y confusa algarabía de sus cantos.

—Y una enamorada pareja colgó junto a nosotras su redondo

sueño de oro, del que no sospechábamos que se podría despertar.

—Una hermosa tarde en que todo parecía sonreír a nuestro alrededor, en que el sol poniente encendía el ocaso y arbolaba las nubes, y de la tierra ligeramente húmeda se levantaban efluvios de vida y perfumes de flores, dos amantes se detuvieron a la orilla del agua y al pie del tronco que nos sostenía.

—¡Nunca se borrará ese recuerdo de mi memoria! Ella era joven, casi una niña, hermosa y pálida. El le decía con ternura: —¿Por qué lloras? — Perdonas este involuntario sentimiento de egoísmo, —le respondió ella enjugándose una lágrima; —lloro por mí. Llora la vida que me huye: cuando el cielo se corona de rayos de luz, y la tierra se viste de verdura y de flores, y el viento trae perfumes

y cantos de pájaros y armonías distantes, y se ama y se siente una amada, la vida es buena! —¿Y por qué no has de vivir? — insistió el estrechándole las manos conmovido. — Porque es imposible. Cuando caigan secas esas hojas que murmuraban armoniosas sobre nuestras cabezas, yo moriré también, y el viento llevará algún día su polvo y el mío ¿quién sabe a donde?

—Yo lo oí y tu lo oíste, y nos estremecimos callados. ¡Debíamos secarnos! Debíamos morir y girar arrastradas por los remolinos del viento! Muñecas y llenas de terror permanecíamos aún cuando llegó la noche, ¡oh! ¡qué noche tan horrible!

—Por la primera vez faltó a su cita el enamorado ruiseñor que la encantaba con sus quejas.

—A poco volaron los pájaros, con ellos sus pequeñuelos ya vestidos de plumas; y quedó el mundo solo, colgándose lentamente y triste como la cuna vacía de un niño muerto.

—Y huyeron las mariposas blancas y las libélulas azules, dejando su lugar a los insectos oscuros que venían a roer nuestras fibras y a depositar en nuestro seno sus asquerosas larvas.

—¡Oh! ¡Y como nos estremecíamos encogidas al helado contacto de las escarabas de la noche!

—Perdimos el color y la frescura.

—Perdimos la suavidad y la forma, y lo que antes al tocarnos era como rumor de besos, como murmullo de palabras de enamorados, luego se convirtió en aspero ruido, seco, desagradable y triste.

—¡Y al fin volamos desprendidas!

Hollada bajo el pie de indiferente pasajero, sin cesar arrastrada de un punto a otro entre el polvo y el riego, me he juzgado dichosa cuando podía reposar un instante en el profundo surco del camino.

—Yo he dado vueltas sin cesar, arrastrada por la torola corriente, y en mi larga peregrinación vi, solo, enlutado y sombrío, contemplando con una mirada distraída las aguas que pasaban y las hojas secas que marcaban su movimiento, a uno de los dos amantes cuyas palabras nos hicieron presentir la muerte.

—Ella también se desprendió de la vida y acaso dormirá en una fosa reciente, sobre la que yo me detuve un momento!

—¡Ay! Ella duerme y reposa al fin; pero nosotras, ¿cuándo acabaremos este largo viaje?...

—¡Nunca!... Ya el viento que nos dejó reposar un punto vuelve a soplar, y ya me siento estremecida para levantarme de la tierra y seguir con él. ¡Adiós, hermana!

—¡Adiós!...

Silbó el aire que había permanecido un momento callado, y las hojas se levantaron en confuso remolino, perdiéndose a lo lejos entre las tinieblas de la noche.

Y yo pensé entonces algo que no puedo recordar, y que, aunque lo recordase, no encontraría palabras para decirlo.

ANECDOTA

Los frailes de la Merced convidaron un día a comer a don Francisco de Quevedo, que viendo poner en la mesa un plato de nabos, exclamó:

—¡Bravo, soberbio, valiente plato es éste!

—¿Y por qué? — le preguntó el prior.

—Porque maldito si tiene nada de gallina.

¡Para mi... no llegará nunca!

Por Pierre L'Ermite

El morral a la espalda, las manos en los bolsillos, con su ropa desastada, el niño contemplaba el desfilé de sus camaradas en la engalanada iglesia, donde el órgano hace resallar los truenos triunfantes de sus primeros acordes.

Se había prometido a sí mismo no asistir... Pero en la calle se había cruzado con los primeros que de su clase iban a comulgar, cirio en mano, lazo al brazo, rodeados de su familia, y todos mostraban un aspecto tan alegre, iban tan escoltados de afecciones, que quiso ver el acto.

Y en la sombra, en el rincón de un pilar, él, el hijo de "sin Dios", el paria, el verdadero laico, se llenó los ojos de visiones y los oídos de armonías, como esos desgraciados, que no pudiendo sentarse a la mesa brillante, carecen de valor para evitarse el doloroso placer de contemplar el brillo, de respirar el perfume, y titilando en la acera banal, recogen, como amargas migajas, los ecos lejanos del gozo de que están excluidos. Los pobres, pobrísimos, sienten a veces un doloroso placer en medir la profundidad de ciertos abismos...

X X X

Los que van primeramente a comulgar pasan con su toaleta santa; los padres los miran, nombrándolos por lo bajo; los sacerdotes, con su blanca sobrepelliz, los acompañan.

Todo se ha preparado convenientemente bien para su fiesta, se ha vestido a los pobres, se ha cubierto las sillas de terciopelo rojo, los incensarios de oro arrojan al tabernáculo las volutas azules de sus ascuas, el altar se ostenta con la sonrisa de todas sus flores y el gozo de todos sus cirios, el anciano sacerdote habla, y en su voz conmovida se adivina que estos niños de primera Comunión han sido su preocupación de todo el año, el cuidado exquisito de su ministerio, diciéndoles cosas que el pobre paria, desde su pilar, oye por primera vez.

—¡Hijos míos, Dios os ama!... Vos buscaréis aquí abajo las afecciones... El es el mejor, el primero de vuestros amigos... Cuando seáis más tarde maltratados por la existencia, no olvidéis que El os espera aquí... El es el que ha dicho: Venid a Mí cuantos sufrís y cuantos lloráis... Este día de vuestra primera comunión es el más bello de vuestro día... Este será el recuerdo bendito que os escolte en la vida como un preservativo... Quizá de entre vosotros algunos olvidarán a Dios... Dios no les olvidará jamás... El va a descender a vosotros, y su paso será indeleble... Podréis vivir mil años, y cuando en vuestro lecho de muerte un sacerdote pronuncie esta palabra, primera Comunión, en el acto se elevará en vuestra alma una volada de recuerdos, como los pájaros cantan en la renovación de la naturaleza,

desvaneciéndose los malos sueños de los inviernos culpables para centellear sobre vuestra agonía consoladora un residuo del suave gozo, del consuelo divino de esta fecha... ¡Ah, desgraciado el niño que no efectúe su primera comunión!

PUES, OTRA FLOR

(Rondel a la francesa)

A recordarlo: gris espectro gime
Del alma romancesca de una rosa,
Pues otra flor nostálgica, reposa
Yerta en erial donde la muerte oprime!

¿No hallaste exangüe flor, lo que redime
¡Ay! tu esperanza sucumbió en la rosa
Del alma romancesca de una rosa!...
Al recordarlo: gris espectro gime.

—¿Por qué unas manos te dejaron, dime,
En arido desierto bajo losa
Que a tu corola, fúnebre comprime?...—
Al recordarlo: gris espectro gime
Del alma romancesca de una rosa,
Pues otra flor nostálgica, reposa
Yerta en erial donde la muerte oprime!

WELLINGTON ZERDA

A los pies de la iglesia el pobre paria oye, bebe las palabras del sacerdote... ¡Se le ha pasado la hora de la clase!... ¡Qué importa! ¡Un premio más o menos poco altera el total!... y mientras con los ojos ardientes contemplaba la nave brillante en que se inclinaban las olas blancas de los ve-

los de tul, una mujer de luto, de dulce rostro, llega cerca de él para tomar el agua bendita, y tal expresión resplandece en el rostro del niño, que no resiste el deseo de decirle:

—¿Otro año será, verdad, amigo?

—Para mí no llegará nunca.

—¿Es que no lo deseas?

—Es que no puedo.

—¿Por qué?

—Papá...

Y en esta sola palabra, "papá", latía toda la cobarde historia de los míseros seudos protectores natos de sus hijos, que hacen la guerra a Dios hasta en un alma de diez años... Ellos realizaron su pri-

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de clisés para revistas, Catálogos, Folletos
y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cía.

Corrientes 1138

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 4830

—¡Oh, señora!

Y el minúsculo paria juntó sus manos a la vez de desesperación y de deseo.

Entonces ella le cogió, le interrogó, le citó para una hora libre, entre las de clase, a la del almuerzo; a hurtadillas le enseñó el catecismo, y como la flor sedienta aspira el rocío, como el pájaro bate las alas al borde de la jaula, el niño, que ya había sufrido, probó la gracia de Dios, y su alma en la noche parecía estremecerse ante la aurora de la fe.

X X X

Llegó un día, el día deseado, el día en apariencia imposible, en que el pequeño paria recibió también la invitación del Dios amable, ante el cual, tarde o temprano, el odio es vencido siempre.

Y al arrodillarse por primera vez ante la Santa Mesa tuvo el presentimiento de que al cabo pertenecía a la familia de alguien. El sacerdote vió irisar en los ojos del niño dos lágrimas que parecieron detenerse asombradas al borde de los párpados y en aquellas dos lágrimas, la iglesia entera, con su sol y sus vidrieras claras, pareció a la vez centellear gozosamente como un diamante de lo eterno.

El niño, vuelto a su sitio, se puso a rezar con su mayor fervor... ¡Oh, y no por él!... por su madre, a la que casi no había conocido; por su padre, sobre todo, muerto a todas las dulzuras religiosas...

—Señor, haced que crea... Haced que llegue un día en que os ame... ¿Cómo es posible no amaros?

Y mientras brotaba esta oración honrada, teniendo a Dios en su corazón, en medio de la iglesia recogida en que parecía flotar aún entre las vedijas azules del incienso lo que San Pablo llama el perfume de Cristo, de repente, detrás del pequeño, resonó una voz rasgada, furiosa, voz de borracho.

—¡Ah, pillo! ¡Ya me lo figuraba!... ¡Ahora te haré yo comulgar en casa!

PALABRAS ESPANTOSAS Y MAGICAS

La vejez, la muerte, la eternidad: ahí tenéis tres palabras que causan espanto y que son mágicas en las ideas del mundo, y hacen desvanecer con brusquedad, no bien aparecen, esta palabra dulce y encantadora: Amor.

Y es que para el mundo el amor no es más que un pasatiempo, un accidente, un capricho, una fantasía, una coquetería, el acuerdo momentáneo de una mirada y de una sonrisa, una cosa que es así y que hubiera podido ser de otra manera, una claridad, pero sin llegar a llama.

El mundo desconoce el amor sincero e ignora el amor verdadero, porque en esta región donde lo falso abunda y circula, siendo la moneda en curso de los corazones y de los espíritus, acuñada con todas las efigies, aquí, digo lo sincero es una rareza y lo verdadero sería monstruoso.

Ahora bien, el amor verdadero, que es el único amor, no teme a las palabras aterradoras ni a las cosas severas, sino que sabe mirarlas más de frente. Es la unión misteriosa del alma con el alma, y así lo sabe. La vejez lo hace más estrecho, la muerte lo consagra y la eternidad lo continúa.

Victor HUGO

(Continuación de "Dos en uno")

No sabiendo cómo hacer, ni qué decir, con su hijita en los brazos y aquella mujer que siempre había amado, llorando sobre su hombro, Mario Berceto meditaba y buscaba una vía de escape.

—No sé como hacer... — dijo luego. — Lo que gano no nos basta a nosotros siquiera... Y mi mujer lleva cuenta de todo... En estas condiciones es imposible substraer ni un billete de diez liras.

—Sin embargo — dijo en tono categórico la hermana de Margot. — es menester a todo trance ayudar a Margot y a su hija. Yo puedo tenerlas en mi casa, pero no sin una ayuda; porque ¿sabe?, tampoco yo navego en oro...

—¿No tienes ningún dinero? — inquirió Mario a Margot.

—Tres mil liras: para dos meses, apenas...

—Y, dentro de dos meses — precisó la hermana de Margot — serán necesarias, imprescindiblemente, mil quinientas liras mensuales.

Entonces, Mario Berceto tuvo una idea:

—Con dos meses por delante, todo se arreglará... Escribiré una comedia...

—Pero, lo sabrá también tu mujer... Y, entonces... — objetó escéptica Margot.

—No — explicó Mario. — No será una comedia con mi nombre, sino con un pseudónimo; una comedia que nadie creerá o supondrá mía. Héctor Gaddi, de quien soy muy amigo, me la representará en seguida, y de él puedo fiarme...

Y, expuesto minuciosamente su plan, el comediógrafo desafortunado consoló a Margot y consolóse a sí mismo, besó a su hermosa Jorgelina — que, ahora, inspiraba una infinita ternura a él, marido nada feliz y sin hijos — y se marchó sonriendo confiadamente y prometiendo volver al día siguiente:

—¡Puede ser! — dijo la hermana de Margot apenas Mario se hubo ido. — Pero, a mí, el asunto de la comedia no me parece una solución...

—Es verdad — murmuró Margot enjugándose las lágrimas. — ¡Pobre Mario!... Sus comedias siempre son un fracaso... Pero, esta vez, y por esta pobre niña, el Señor quizá nos asista...

Dos meses después, en Milán, Héctor Gaddi, representaba "La corona ensangrentada", drama en cuatro actos del novel escritor Esteban Ciardi. Y, a las dos de la madrugada, en la oficina telegráfica — como ya tantas veces lo hiciera en compañía de su esposa, — Mario Berceto esperaba ansiosamente con Margot el telegrama de Héctor Gaddi. Llegó a las tres, y Margot lo abrió con dedos temblorosos. El telegrama decía: "Éxito delirante. Siete llamadas a escena en el primer acto. Doce en el segundo. Diez en el tercero. Prevéese número interminable de representaciones. Contentísimo, te felicito".

—¡Dios nos ha escuchado! — exclamó Margot con lágrimas en los ojos, cayendo en los brazos de Mario, que no creía a sus propios ojos.

Y, seis meses después, a la misma hora, abrían otro telegrama de Héctor Gaddi: "Nuevo triunfo también para "La noche de San Bartolomé". Cuarenta llamadas en total.

PRECAUCION

Sebastián, hijo de un rico labrador de Montezzy-Toudret, estaba en relaciones con Celestina, una hermosa mocetona orbastu que parecía destinada a manejar a su antojo al hombre que el Destino le deparase por marido.

Este proyecto de unión contrariaba mucho a otro mozo del lugar llamado Anatolio, que también había solicitado los favores de Celestina.

Anatolio hacía lo posible por romper aquellas relaciones que le eran tan odiosas.

—Vaya una idea que has tenido — decía a su afortunado rival — de casarte con Celestina. Esa, de casada, hará su santísima voluntad.

—En todo caso — respondía Sebastián —, siempre tendré alguien que me limpie las botas.

Palabras imprudentes que no tardaron en llegar a oídos de Celestina. La cual hubo de contestar y repetir varias veces, para que se espaciese por todo el pueblo, que si su futuro esperaba que ella aceptase semejante esclavitud, ya podía ir buscando otra mujer.

No hay que decir que Anatolio se apresuró a llevar la contestación de Celestina a su prometido. Sebastián lo oyó impasible y no dijo ni una palabra.

Llegó el día de la boda.

Los contrayentes y el resto de la comitiva reunidos en la Alcaldía.

Llegó al momento en que el funcionario municipal preguntó a Sebastián si aceptaba por esposa a Celestina Michel.

Pero antes de responder, el novio se inclinó hacia su prometida y le preguntó en voz baja:

—¿Me limpiarás las botas, Celestina?

La novia no contestó, y el alcalde, sorprendido al ver el mutismo del novio, le preguntó de nuevo si aceptaba a Celestina por esposa.

Nuevamente el novio preguntó a su prometida:

—¿Me limpiarás las botas, Celestina?

Esta vez el alcalde se impacientó. Pensó que Sebastián pudiera ser algo sordo, y repitió la pregunta a gritos.

—¿Me limpiarás las botas, Celestina? — volvió a preguntar el obstinado Sebastián.

La novia comprendió que el no respondía afirmativamente no habría boda, y se decidió:

—¡Sí, animalote; te las limpiaré!

Entonces Sebastián se decidió a dar el "sí" definitivo.

Y la boda se celebró.

Indudablemente que después de aquel rasgo de energía marital los conyuges fueron muy felices, tuvieron muchos hijos y que todos los domingos Sebastián vice en la plaza las botas más lustrosas del pueblo.

José De BERYS

¡BUEN MOSQUITO!

Cumplió don Blas los sesenta. Después de haber trabajado con gran provecho, y logrado reunir una buena renta.

Siendo un hombre parco en todo,

Salvo la eterna excepción de la regla, su afición Constante a empujar el codo.

Empalmando noche y día Sendas monas dormilonas.

¿Cómo enumerar las monas Que mi buen don Blas cogía?

Con indecible placer

Botellas desocupaba,

Y a explicarse no acertaba Lo de vivir sin beber.

Su esposa, que, con pesar, Funesto fin presentía,

Y que nada conseguía Con refirir y predicar,

Fué con su cuita a un doctor, Médico de fama y ciencia,

De muchísima experiencia, Y el consejero mejor

Para don Blas; convencida De que él hallara remedio

Dando fin por cualquier medio Al vicio de la bebida.

—Difícil plan curativo Es este de que me encargo —

Dijo el doctor; —sin embargo, Don Blas es algo aprensivo.

Y con razones de peso, Si no cortamos del todo

El vicio, yo haré de modo

Que no beba con exceso. Radiante de buen humor, Como siempre que bebía, Se hallaba don Blas un día Sentado en su comedor, Cuando con tranvilo paso Llegó el doctor cejijunto, Y reconociendo al punto La oportunidad del caso.

—Señor don Blas — exclamó; —

Me aflige sobremanera Ver esto. ¡Si usted supiera

Lo que acabo de ver yo!

—¿Hay alguna novedad?

—Sí; que se me ha muerto un cliente.

Hasta hoy el más sorprendente Caso de longevidad.

Sin dolores ni disgustos, Y resignado y contento,

Ha cumplido al morir, ciento Veinticuatro añitos justos.

—¡Caramba! — grita don Blas: —

—Rara es la cosa, a fé mía: —

—Y ese hombre qué es lo que hacía?

—No beber vino jamás.

Soltó el buen don Blas un terno,

Un vaso entero llenó, Alzó el codo, y exclamó:

—Pues si lo bebe es eterno.

Javier de BURGOS.

Proyéctase gran jira. Enhorabuena".

Y, Margot, cayendo de nuevo en los brazos de Mario, exclamó:

—¡Eres un gran dramaturgo, y nuestra hija será rica!

Pero, a la mañana siguiente, a la hora del almuerzo, la señora Berceto, que había leído los diarios, dijo poco benévolamente a su marido:

—Hay que reconocer de una buena vez que el teatro no es pan para tus dientes... ¿Ves a los otros, hasta los más jóvenes? Por ejemplo, ese Esteban Ciardi, es un autor joven, un nombre nuevo... Pero, con los dos únicos dramas que ha estrenado hasta ahora... "La corona ensangrentada" y "La noche de San Bartolomé"... en sólo seis meses ha obtenido dos verdaderos triunfos...

—Tú no sabes si es viejo o joven... — suspiró Mario. — Además esos dramones son paparruchas.

—¡Qué paparruchas ni que paparruchas!... ¡Eso es arte! ¡Arte verdadero! — exclamó exasperada la nada dulce mitad.

Las comedias escritas por Mario Berceto con miedo a los críticos y al desprecio de su mujer, siguieron por largos años teniendo invariablemente suerte infausta. Y la señora Berceto debió así siempre luchar entre tapados de pieles deseados y cuentas que pagar, veraneos soñados y estios pasados en el horno metropolitano. Y la, comedias escritas por Mario Berceto sin miedo, con plena fé, alentado por las sonrisas admirativas de Margot, tuvieron sin interrupción suerte feliz. Y, trimestre por trimestre, cuando la Sociedad de Autores liquidaba al representante del misterioso Esteban Ciardi sus importantes derechos de autor, Margot, feliz, ponía a un lado para su Jorgelina, unos cuantos miles.

Y, respecto al mismo hombre y al mismo escritor, dos mujeres tuvieron igual derecho a manifestar sobre él una opinión diametralmente opuesta.

—¡Ah! ¡Mario Berceto es un genio! — decía entusiasmada la madre de Jorgelina.

—¡Oh! ¡Mi marido es un estúpido! — afirmaba resueltamente su esposa.

Está prohibido abrazar

Extractamos de una publicación norteamericana, algunos capítulos referentes a las ordenanzas de tráfico que entraron en vigor el 1.º del mes de enero de este año, en el municipio de South Bend, Estado de Indiana, y que ha motivado más de un comentario irónico o picante; se ha establecido lo siguiente...

"Será ilegal que cualquiera persona abrace a otra mientras se halle manejando cualquier vehículo en las calles de South Bend; o que cualquier persona maneje un vehículo mientras es abrazada por otra".

Por lo que se ve, está demostrado que los yanquis conocen a fondo el peligro que entraña para un conductor, esa "pérdida de la noción y la personalidad" que se origina en los momentos de delirio.

—¿De manera, que con lo que acabas de decirme, pretendes argumentar que me sigues queriendo?... — terminó diciendo Florencia Motova, con toda la ira que le había causado su novio, Roberto Cadrá, al hacerle una proposición insólita.

—Sí, Florencia, eso no es óbice para que yo deje de quererte. Si te propongo relacionarme con Sofia y, hasta, pedirle relaciones amorosas, ya sabes que lo único que me guía es el dinero. Si lograra casarme con ella, como puedes comprender, nada me faltaría, lo que equivaldría también asegurar tu futuro bienestar.

—¡Hipocrita! Eso no es otra cosa que una doble infamia: engañar a ella y a mí. Según tu proposición, quieres hacer de mí una compañera y no una esposa, porque, de ninguna manera se podría legalizar nuestra unión.

Por largo rato, Roberto y Florencia, siguieron discutiendo, discusión en la que él, por medio de palabras hábilmente dichas, pretendía romper, sin enojo, con su novia, para pedir la mano de Sofia, joven que había conocido últimamente.

Sofia Agrelo, tenía diez y nueve años. Por ser mujer sin titubeos era fea: boca grande, nariz, desproporcionada y un cuerpecito nada agradable. En medio de esas cualidades, no muy seductoras, por cierto, tenía una que le favorecía mucho. El padre era poseedor de dos millones de pesos.

Roberto Cadrá, se contaba entre los más aceptables y aunque no era el único que a Sofia no le parecía del todo mal; creía que era el único hombre que si la galanteaba, era por su simpatía y no por el dinero.

Y, precisamente, Roberto, era el hombre que sabía fingir mejor. Aunque nada se había normalizado, Cadrá, no había perdido oportunidad de granjearse la simpatía de la joven desde el día que la conoció.

Lo que esperaba él ahora, era separarse buenamente de Florencia, para evitar algo desagradable, pues no escapaba a su comprensión, que su novia, fácilmente podía confesarle a Sofia, la verdad de sus intenciones.

Dos razones poderosas se debatían en el fuero interno de Roberto. A Sofia, la quería pura y exclusivamente por la dote. A Florencia la quería de veras; más joven que su competidora, tenía, además, a su favor la belleza: sus ojos azules, su melenita rubia a blucles, la hacían encantadora.

Roberto, era un apuesto galán, vestía con extremada elegancia, y, fuera de sus sentimientos, en que primaba su gran avaricia por el dinero, era bueno. Su educación y su porte distinguido para presentarse ante las damas, era el gran motivo de su atracción personal.

Florencia, si cedió a todos los ruegos de Roberto, para la ruptura del compromiso a que en un principio se oponía tenazmente, fue más bien por odio, ante los fríos cálculos de su ex novio, que con esta acción, perdía toda probidad de hombre.

Roberto Cadrá, era feliz porque sus proyectos marchaban de bien en mejor. Se congratulaba de haberse librado de Florencia. Ahora sólo le restaba formalizar sus relaciones con la chica, cuyo padre era poseedor de una fortuna.

UNA LECCION DE AMOR

Por Alfredo Arjó

Sofia Agrelo, estaba lejos de sospechar las perversas intenciones que guiaban a Roberto, cuando, con lenguaje florido y apasionado, el joven le confesaba que

Ocho meses habían transcurrido ya, desde la fecha en que Roberto y Sofia habían formalizado su noviazgo. Se hablaba ya de la futura unión matrimonial.



—¡Chófer! ¿Está usted libre?
—No, señora; casado y con cinco hijos.

una pasión volcánica lo devoraba. Ella, en estado de éxtasis, lo dejaba hablar; le agradaba esa música suave que acariciaba sus oídos... y, como ella sentía amor hacia Roberto, estaba segura de ser correspondida.

Un día de mañana, la joven millonaria recibió una visita insospechada. La doncella le anunció que la señorita Florencia Motova, deseaba hablarla. Sofia, que no la conocía, se apresuró a hacerla pasar e invitó a la recién llegada a tomar asiento.

LOS ÑAPINDAES

Habrás visto esos hombres flacos que parece no comer por hacer economía; bailándole detrás de los anteojos los ojillos lustrosos de codicia; con las manos secas — garras de ave de rapina — ásperas de tanto contar dinero...

Esos seres víctimas de la absorbente pasión de la avaricia, que de noche sueñan con negocios y de día extienden la red donde caerán los clientes... Hombres sin ideal, sin sueños, sin mañana, que viven un árido presente aritmético...

Esos, cuando mueren, se transforman en ñapindaes, en esa mata de flexibles brazos erizados de garfios, de "uñas de gato" que en su vicio de querer atraparlo todo, aunque sólo sea para hacer daño, nos arrancan la ropa, nos arañan la piel, hambrientos en su codicia insaciable.

Montiel BALLESTEROS

Florencia estaba nerviosísima.

Desde que Roberto la había abandonado, se había propuesto hacer esa visita y nunca se había atrevido. Ahora, ante el acercamiento de la fecha de la boda, estaba decidida a decir la verdad a Sofia Agrelo. No podía permitir que fuera víctima de un hombre sin corazón.

—Ante todo, señorita, usted me disculpará que venga a molestarla, en hora inoportuna, sin tener el honor de conocerla.

Sofia, que era una muchacha sencilla y muy amable, respondió:

—De ninguna manera me molesta; ya me dirá el objeto de su visita.

—A eso voy. Quiero advertirle que mi visita no es motivada por celos, ni por venganza, como usted podrá creer, al manifestarle que Roberto Cadrá ha sido novio mío... — previno Florencia, ya más tranquila.

—¿Roberto ha sido novio suyo? Y, ¿hace mucho que dejó de serlo? — exclamó Sofia, muy a pesar suyo.

—Ocho meses, aproximadamente. He podido retener algunas cartas de las que él me enviaba, cuya fecha puede usted comprobar. — Diciendo esto, Florencia le ofreció algunas cartas, que Sofia tomó con mano trémula.

Presa de una indecible angustia, sus ojos recorrieron el contenido de una carta... otra...; no pudo continuar más. Quedó enmudecida.

—Las mismas palabras, las mismas promesas... ¡los eternos juramentos de amor! Lo mismo que me dice a mí... — balbuceó ensimismada Sofia; pero, en seguida se animó y le preguntó a Florencia: — Bien, señorita, veo que Roberto la ha llegado a amar... ¿y por qué motivo se separaron?...

—Porque conoció a usted, señorita.

Sofia Agrelo sonrió. Eso la halagaba. Había llegado a interesar a un hombre, cuyo corazón estaba ocupado; entonces dijo:

—De manera que yo puedo tener la seguridad de que Roberto me quiere; que llegué a cautivarlo hasta el punto de abandonar a otra mujer... — y en otro tono añadió: — quizá fué porque nunca llegó a quererla...

A Florencia no le gustó la última frase de su interlocutora.

—Se equivoca usted, señorita Sofia; Roberto me ha querido y estoy segura que me sigue queriendo. Yo ahora lo odio. Si me abandonó a mí para casarse con usted, el único motivo ha sido ¡el dinero! ¡no lo dude!

—¡Señorita! No permito esa falsa acusación contra Roberto. Su motivo, ya lo sospecho, es hacer que yo lo abandone para que usted pueda reanudar sus relaciones, porque a pesar de lo que me ha dicho, usted lo sigue amando...

La joven no extrañó esa actitud de Sofia, cosa que había previsto y replicó:

—Si he venido a verla ha sido con el único propósito de salvarla, para que no sea una mujer desgraciada. Está usted a tiempo antes de la boda, le juro que ya no lo amo, y no son celos, sino generosidad lo que me trajo hasta aquí.

—¿Cómo me asegura usted que Roberto sólo me quiere por interés?

—Usted podría dudar con sólo

manifestárselo, y estoy dispuesta a darle una prueba para que usted misma lo oiga de sus propios labios.

Efectivamente, Florencia, tenía estudiada la forma en que podría hacer hablar a Roberto y que, Sofia, sin ser vista pudiera oír. Esa misma tarde Florencia, por teléfono, citó a Roberto, pues éste, aunque dejaron de ser novios, no dejó de visitarla periódicamente.

A Roberto le extrañó esa corteja por parte de Florencia, al invitarlo a tomar té para celebrar la proximidad del enlace con Sofia; sin embargo aceptó, gustosísimo.

Aquella tarde, Florencia y Roberto, se instalaron cómodamente en un reservado de una confitería del centro.

Sofia Agrelo, ocupaba, desde hacía un cuarto de hora el reservado vecino...

Florencia, hábilmente, con mucha astucia, preguntó a Roberto si todavía la quería.

—Sí, Florencia, no te he olvidado, y, créeme que por momentos me arrepiento de haberte abandonado.

—¿Eso quiere decir que a Sofia, sólo la sigues queriendo por el dinero?

—Sí, Florencia, por el dinero exclusivamente. No pude llegar a enamorarme con ella todavía.

Absorta, ante la cruda verdad, Sofia en el compartimento de al lado, hizo esfuerzos inauditos para no hacer traslucir su ferocidad. Esperó que Florencia y Roberto se retiraran, para irse ella.

Esa misma noche, Florencia se vistió con Sofia.

—Desgraciadamente, tenía razón señorita. Nunca jamás lo habría creído a no ser por esa prueba irrefutable. La joven millonaria hablaba serenamente, parecía que la gran desilusión sufrida esa tarde, le había quitado todo ánimo. — Señorita Florencia, ese hombre tendrá su justo castigo; usted no le diga nada y yo tampoco. Esperaremos el día de la boda.

La ex novia de Roberto, no comprendía.

—Cómo, a pesar de todo, ¿usted quiere casarse con ese hombre?

—Lo único que puedo decirle, es que eso será difícil y le rogaria que el día del enlace estuviera presente.

Florencia se despidió de Sofia con la promesa de ir a su casa el día de la ceremonia.

Roberto, que con motivo de la proximidad del día de la boda, frecuentaba más la casa de su novia, no sospechó nunca que ella pudiera estar enterada del verdadero móvil que lo guiaba. Sofia, ante su novio, aparentaba incontrolable cariño, lo mismo que fingía Roberto ante la llegada de la ansiada fecha.

El día en que tenían que unirse en matrimonio Sofia Agrelo y Roberto Cadirá, la residencia de la novia presentaba un aspecto singular, estaba atestada de gente, ávida por presenciar la ceremonia a efectuarse en la misma casa.

El jefe del registro civil terminaba de llegar y se dirigió, después de saludar a los presentes, a una mesita destinada al efecto.

El novio, entró en la sala acompañado por la madrina de la boda; instantes después, entró la

novia acompañada por su padre, que era el padrino y los testigos.

El jefe del registro civil, comenzó su tarea y las preguntas de práctica y dirigiéndose al novio le preguntó la consabida frase:

—¿Quiere usted por esposa a la

señorita Sofia Agrelo?

Roberto contestó sin titubear:

—Sí, señor...

El empleado repitió la pregunta a Sofia.

—¿Quiere usted por esposo al señor Roberto Cadirá?

SEMPER CADEM

Para "FRAY MOCHO"

¡Esta angustia infinita que perdura sin merma!...

¡Esta pena insondable que en mi ser se dilata

Como luz de una luna, sonambúlica, enferma,
sobre un lago de plata!

¡Esta angustia insondable que perdura sin merma!

¡Esta pena infinita que en mi ser se dilata!!...

¡Esta inmensa nostalgia que no tiene remedio!

¡Esta enorme amargura sin motivo aparente!

¡Este anhelo insaciado, diluido en mi tedio

Que palpita en mis venas y golpea mi frente!

... es la inmensa nostalgia de una novela trunca;

de un camino distinto al por mí recorrido;

de aquello que NO FUE, ni lo será ya nunca

y... sin embargo... acaso, bien pudiera haber sido!

Juan DEL MONTE

ABERRACIONES

General es el temor exagerado, fenómeno de miedo respecto a un determinado objeto. La ciencia llama "fobia" a este injustificado sentimiento que se caracteriza del modo más diverso. Son tantas las "fobias" que puede decirse que abarca un mundo extenso este miedo patológico. Las más conocidas son las siguientes:

La "basofobia", temor al vacío.

La "fotofobia", temor a la luz.

La "neofobia", temor a todo lo nuevo.

La "misofobia", horror a ensuciarse; miedo a la mal-

dad.

La "pirofobia", temor al fuego

La "simbolofobia", temor de que cada acción tenga un significado simbólico, al cual se reduce el miedo de viajar o hacer algo en determinados días de la semana (martes, por ejemplo).

La "agorafobia", temor de atravesar las plazas o lugares espaciosos.

La "claustrofobia", miedo a los lugares cerrados, como una sala de conferencias, un teatro, etc....

La "erentofobia", temor a sonrojarse en público.

La angustia forma la base de estas preocupaciones, que influyen moralmente en las personas y llenan de sombras su existencia.

Ambrosio Paré cuenta que un personaje de su época se desvanecía en la mesa si se le servía una anguila sin saberlo.

En presencia de los huecos de carpa sufría convulsiones un individuo que era, sin embargo, muy afecto a la carne de este pez.

Wladislao, rey de Polonia, se turbaba primero, y emprendía a continuación la fuga, cuando sus ojos descubrían manzanas.

La Mathe de Vager no soportaba el sonido de ningún instrumento musical.

El teólogo Juan Puhmann sentía desde niño repulsión al barrido.

Bacar, el canciller, se desmayaba cada vez que había un eclipse de luna.

Sofia Agrelo, haciendo gala de mucha serenidad, no contestó, extrajo de su bolsillo una bolsita de oro, que había hecho pacientemente, y, levantándola exclamó:

—Mi novio, el señor Roberto Cadirá, no contrae enlace por mí, sino por amor al dinero... Esta bolsa representa mi dinero. Si la bolsa contesta afirmativamente, este hombre será mi esposo... De lo contrario, no...

Roberto Cadirá quedó confuso y no atinó a pronunciar palabra. La lección que terminaba de recibir era severísima. Aprovechó el momento de gran confusión que originó esta escena, para desaparecer.

Sofia Agrelo se negó a dar explicaciones de ninguna clase, tanto a los invitados como a sus padres, que no podían imaginarse ese desenlace, después de haber sido invitadas tantas personas. La joven no se avergonzaba de haber obrado así, al contrario, se felicitaba por la forma ignominiosa en que hizo salir a Roberto. La concurrencia no cesaba de comentar y tejer los más diversos comentarios.

En medio del mutismo que se había impuesto, Sofia, por su acción, lo único que hizo fue buscar entre las invitadas a Florencia Motova y felicitarla:

—Gracias, querida amiga; me ha salvado usted de las garras de un hombre sin corazón, pero creo haberle dado su merecido castigo.

El bastonazo del error

Amira, hija de Amir, apellidado el Justo, estaba dotada de una inteligencia privilegiada y de una gran sagacidad.

Su padre era juez y jefe de su tribu.

De todos los extremos de Arabia acudían a someter las cuestiones más difíciles a su experiencia y sagacidad.

Juzgaba siempre con la más recta justicia; pero los años turbaron la lucidez de su espíritu y de aquí que a veces cometiese injusticias.

Un día, Amira, que detrás de una puerta había escuchado la discusión de los negocios, dijo a su padre:

—Vos os habéis turbado; la sentencia que acabáis de pronunciar es injusta.

—Tienes razón, hija mía — dijo el viejo, después de haber reflexionado un rato. — Las nieblas oscurecen mi mente, mi pensamiento se va como en un ensueño; por lo tanto, escucha con atención todo lo que yo juzgue, y cuando adviertas que mi espíritu desfallece, da con un palo un golpe en el suelo.

Desde este día Amir atendía siempre al golpe que diera su hija, y redoblaba la atención; ya no dió más sentencias injustas.

De este suceso data el proverbio árabe: "El hombre más sabio no debe creerse infalible, pues que necesita de un golpe de bastón que avive su sagacidad."

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Mezclas refrigerantes. — Para refrescar el agua y las bebidas en general, cuando no se dispone de heladora, puede emplearse cualquiera de las fórmulas siguientes, teniendo en cuenta que ninguna de ellas debe ponerse en contacto directo con los líquidos que se han de refrescar.

1a. Agua y nitrato de amoníaco, en partes iguales. Hace bajar la temperatura 26 grados.

2a. Agua, nitrato de amoníaco y carbonato de azufre, en partes iguales. La temperatura baja 29 grados.

3a. Tres partes de sulfato de sosa, dos de clorhidrato de amoníaco, dos de ácido nítrico y una de nitrato de potasa. La temperatura disminuye en 33 grados.

La mezcla, cualquiera que sea, se pone en un cubo, y dentro se meten las botellas, bien tapadas. De las tres fórmulas indicadas, la primera resulta la más sencilla y económica.

Se da al papel el aspecto del cristal esmerilado, bañando las hojas en una disolución compuesta de 50 gramos de alcanfor y 500 de alcohol a 90 grados.

Al poco tiempo de estar en este baño adquieren una consistencia y un aspecto análogo al del cristal, o hablando con más propiedad, al del pergamino, y después de secas al aire se pueden poner en los marcos de las puertas o de las ventanas, decorándolas si se desea con colores de anilina.

Las manchas producidas en la ropa blanca por las quemaduras, como suele ocurrir al plancharlas, se quitan del modo siguiente:

Peladas y cortadas en rodajas un par de cebollas, se las extrae el jugo, machacándolas y exprimiéndolas.

En el jugo obtenido se echa una onza de jabón blanco, dos onzas de la arcilla jabonosa llamada galactita y medio cuartillo de vinagre, y se pone todo al fuego, moviéndolo hasta que hierva. Se deja enfriar, y entonces se ponen las telas chamuscadas donde las dé bien el sol y se cubren las manchas con la preparación. Cuando se haya secado ésta, se lavan y cuecen las prendas y las manchas desaparecen.

Rebajador fotográfico para pruebas en papel. — Aunque son varios los procedimientos que se conocen para salvar las pruebas positivas al bromuro demasiado reveladas, o las pruebas al citrato pasadas de exposición a la luz, no está de más citar otra fórmula, inventada por Mr. Graves. Es ésta:

Solución de sulfocianuro de amoníaco al 10 por 100, 10 cc. Solución de ferricianuro de potasio, al 10 por 100, 1 cc. Agua, 30 cc.

Conviene operar con prudencia, dejando poco tiempo la prueba en el baño y vigilándola atentamente. También es conveniente reforzar la gelatina, metiéndola un instante en formol al 10 por 100, antes de proceder a la reducción.

Tinta para papel satinado. —

UN DIA DESGRACIADO

En el cuarto donde jugaban los dos niños oíanse golpes sordos y gritos agudos.

La mamá corrió presurosa, preguntando:

—Pero, Bob, ¿cuándo te cansarás de golpear la cabeza de tu hermanita con el taco del billar?

—¡Nunca! — contestó Bob haciendo una mueca y dejando el taco en el suelo.

—Eres imposible. ¡Acabarás en el patíbulo!

—Después de lanzar esta profecía, la mamá cogió de la mano a la niña y se la llevó para colocarle paños de árnica en los cardenales.

—Ahora le van a poner esa maldita droga que huele tan mal — exclamó, desconsolado, el chiquillo. — Lo peor es que no tengo más remedio que divertirme solo.

Bob cogió el taco y se dirigió al salón murmurando:

—No sé qué será eso del patíbulo, pero de seguro no es una silla.

Acto seguido arrastró una silla hasta la chimenea y con el taco comenzó a asestar golpes al fanal del reloj y a los cristales de los cuadros que cubrían los retratos de la tía de Honfleur, del primo Pons y de la prima Bette. Muy pronto el rostro de la tía de Honfleur, que era muy feo, desapareció bajo una constelación; el pecho del primo Pons quedó condecorado y los ojos de la prima Bette adquirieron una gran potencia visual. Entretanto, el fanal del reloj se había seccionado en trozos irregulares, y al caer sobre el mármol de la chimenea produjo una música cristalina que Bob encontró deliciosa.

Una estatuita de porcelana contemplaba, provocativa, esta continuidad de actos resonantes.

Pero un golpe de taco bien dirigido la redujo a pequeños fragmentos, que semejaban un polvillo blanco del más brillante aspecto.

Con un espíritu de orden, notable en un niño de cinco años, Bob recogió aquel bonito montón de polvillo y fué a mezclarlo con el azúcar que estaba en el comedero.

Hecho esto volvió a la sala y se puso a hacer una "puzzle" con los trozos del fanal del reloj.

De pronto se abrió la puerta de la habitación y dio paso a una tromba que profetizó: "¡Oh! ¡Ah!" indignados en una gama ascendente.

tante en formol al 10 por 100, antes de proceder a la reducción.

Aquella tromba era la mamá de Bob.

—¡Bueno! — exclamó el niño. — Ahora me van a molestar.

La mujer contempló con ojos irritados el destrozo que había hecho el pequeñuelo, y gritó:

—¡Este chico tiene el demonio en el cuerpo!.. El fanal en pedazos... la prima Bette, el primo Pons, la tía de Honfleur... ¡Todos desfigurados!... ¡Bob, morirás en el patíbulo!.. Por ahora toma...

Mientras la madre le daba un buen vapuleo en la parte inferior de la cintura, Bob se felicitaba de que no fuera de cristal. Además pensaba en la poca memoria de su mamá, pues no había notado la desaparición de la estatuita. De modo que la buena acción que había realizado, reforzando el contenido del azucarero, pasaba para ella completamente inadvertida.

A continuación, la madre lo encerró en el cuarto oscuro. Pero este cuarto no era tan oscuro que impidiese ver lo que contenía. Así es que Bob observó la existencia de una caja llena de tarros de conservas dulces.

Con dedo ágil rompió el papel que tapaba uno de los tarros, y adquirió la convicción de que el dulce de fresa podía fácilmente comerse sin cuchara.

—Pero debían haber puesto una aquí, y estaría mejor — se dijo. — A estos padres no se les ocurre nada.

Luego absorbió la tercera parte de otro tarro.

—¡No son malos estos albaricoques! Pero me gusta más la grosella.

Por fortuna, también había allí grosella.

A los diez minutos, Bob era extraído de su encierro.

Las marchas multicolores que ostentaba en el delantal denunciaban claramente las operaciones a que se había dedicado durante su estancia en el cuarto oscuro, y esta indiscreción le valió otro vapuleo.

Por la noche, al terminar la cena, cuando apareció sobre la mesa el recipiente de azúcar en polvo, Bob lo miró con cuidado, destrozó cautelosamente de la silla y se dirigió hacia la puerta, murmurando con la voz resignada de los mártires.

—Prefiero marcharme... Porque si me quedo no van a tardar en decirme que moriré en el patíbulo...

WHIP.

Conocida es la dificultad que hay para escribir con las tintas ordinarias sobre una superficie demasiado satinada, especialmente sobre las tarjetas postales con brillo; esta dificultad se evita empleando tinta de imprenta diluida en esencia de espliego.

La franela encarnada se lava muy bien con agua de jabón a la cual se haya añadido una cucharada pequeña de bórax en polvo. Frótese cuidadosamente con las manos y enjuáguese con agua caliente. Después se alisa entre dos telas y se sacude bien antes de colgarla a la sombra para que se seque.

Barniz para los sombreros de paja. — Se puede hacer uno muy bueno con los siguientes ingredientes:

Sandaraca clara	5 partes
Resina poco coloreada	15 "
Trementina espesa	3 "
Copal de Manila	10 "

Todo ello debe disolverse en 45 partes de alcohol, no usándolo hasta que se ve que la solución está muy fluida.

Mastic para los árboles. — Se funden y mezclan a fuego suave dos partes de aceite de adormideras, una de alquitrán y una de sebo o grasa. A esta masa se añade después todo el sebo o la grasa necesaria para formar una pasta de regular consistencia, que se aplica a las partes enfermas o descortezadas de los árboles, después de haberlas limpiado cuidadosamente.

Para platear el cobre se sumerge bien limpia la pieza en una solución acuosa de nitrato de plata. Cuando la precipitación de la plata es completa, se deseca el objeto con papel de filtro, y se le frota con la siguiente composición:

Agua	1 gramo
Tártaro de potasa	3 "
Cloruro de sodio	3 "
Alumbre	2 "

El blanco propio de la plata, aparece bien pronto: el brillo es más notable, si se frota con un trozo de piel.

Un cemento invisible para la porcelana se hace disolviendo cola de pescado en espíritu de vino. Esta disolución hay que guardarla en un frasco muy bien tapado para que no se evapore el alcohol.

Notas cinematográficas

"Mary Philbin. — Damos a continuación una pequeña reseña biográfica de esta actriz la que veremos dentro de poco en la superproducción "El hombre que sonríe", que la Universal presentará y en la que Mary Philbin hace el rol de la cieguita Dea.

Mary Philbin, nació en Chicago y se educó en el primer colegio de esa ciudad. Ganó el segundo premio en un concurso de belleza, por lo que obtuvo un contrato con la Universal. Durante un año más o menos desempeñó roles secundarios y luego ascendió a la categoría de estrella por su genial interpretación en "Los amores de un príncipe". Desde esa fecha su carrera artística ha sido una serie de bien merecidos triunfos entre los que recordamos "La desencantada", "El fantasma de la Opera", "Rendición", etc.

"Audacia y tesón", se titula la película Jewel de la Universal que acaba de estrenarse y tiene el siguiente argumento:

Pete Watson (Hoot Gibson) comisario de policía de Arizona, viene a la estancia de su joven hermano Steve, respondiendo a un llamado de éste, pues sus empleados Talbot y Cardross le están robando toda la hacienda y lo tienen atormentado habiendo amenazado con matarlo como mataron a su padre, si él los denuncia.

Pete viene como forastero y solicita trabajo en la estancia. Como él dice que no sabe montar ni tirar le dan trabajo en la cocina. Allí comienza Pete a trabajar para reunir pruebas contra Talbot y Cardross, tanto de la muerte de su padre como de los robos de que hacen víctima a su hermano. Elena, la sobrina de Talbot ve un día a Pete mientras montaba a "Estrella", la yegua más brava de la estancia, pero sintiendo mucha simpatía por el joven decide guardar silencio. Por fin un día Pete logra frustrar un robo de yeguarizos que estaban haciendo Cardross y Talbot. Los hombres de la estancia, divididos en dos bandos, pelean desesperadamente. Pete y sus amigos consiguen vencer, pero él es herido. Curado solícitamente por Elena, decide alejarse, pero descubre que no solamente Steve y Elena no se aman, sino que la muchacha está enamorada de él, y su felicidad es completa.

"A caballo por la fama", acaba de estrenar la Universal, esta cinta interpretada por Hoot Gibson, cuyo argumento es éste:

"Ventosa" es un joven domador de potros que tiene una bien ganada fama en toda la región. El señor Barton, dueño de una gran estancia, lo invita a su casa para que vaya a domar algunos potros que tiene vendidos a Donald Morgan. "Ventosa" doma inmediatamente a los animales que le son entregados a Morgan previo pago de once mil pesos.

Betty Barton, una linda joven, viene a pasar las vacaciones a la estancia de su padre, acompañada de cinco amiguitas. Deciden irse a las sierras, lejos de la estancia, y hacer un campamento. El señor Barton pide a "Ventosa" que las acompañe, yendo también "Patilargo", un peón, que es quien se encarga de la comida. La misma noche de la salida de las muchachas, "Ventosa" y "Patilargo" el señor Barton es herido y robados los once mil pesos, importe de los potros vendidos. Entre tanto "Ventosa" ha abandonado el campamento en persecución de dos hombres que le habían robado su caballo, y siguiéndolos llega a una cabaña donde se halla Donald Morgan. Por la conversación que sostienen los tres hombres "Ventosa" se entera que han herido y robado al señor Barton. Penetra en la cabaña y logra dominar a los tres hombres, a los que lleva atados hasta la estancia Barton. Allí se encuentra con el comisario, quien le da orden de detención, pues está acusado del robo y tentativa de asesinato de que ha sido víctima Barton. Pero felizmente puede demostrar su inocencia y presentar a los verdaderos culpables, ganando así la gratitud del señor Barton y el amor de Betty.

ORIGEN DE UNA FRASE

—¡Oye, Teófilo!
—¿Qué?
—¿De dónde procede la palabra cascabel?
—Hombre, de Caín, cuando pegaba a su hermano.
—¿Cómo te explicas?
—Sí, hombre. ¡Caín casca a Abel!
—¡Ah! Ya me suena.

TUS SEJAS

¡No al fudo tienen tus ojos
un "no se qué" tan extraño!...
Por el sielo de tu frente
volaba un pájaro raro;
con un cuerpo chiquitito,
como tu frente de blanco...

Con alas largas, ¡muy largas!
Negras de noche y misterio...
Al yegar sobre tus ojos,
bien arriba d'eyos, mesmo,
con las alas estendidas
y encorvadas por el güelo,
viendo el fin de su destino
jué quedando quieto... quieto...
y ahí'stá, dándolé a tus ojos
ese projundo misterio
que jué juntando en sus alas
de tanto andar por un sielo...

Y áhura, ¡que bien se comprenden
tus ojos con esas alas!
Cuando eyos están serenos,
eyas están encalmadas,
como durmiendo en un güelo
que no las mueve pá nada.

Cuando tus ojos preguntan;
cuando s'enojan tus ojos,
parese que las enarca
el pájaro sobr'el lomo,
como pá echars'en un güelo
velós, como con enojo...
Y en tuito ¡que bien s'entienden
esas alas con tus ojos!

Por ser color de tu frente
náides puede ver'el cuerpo;
las alas; sí; ¡son tan negras
como las alas de un cuervo!

A veses, talvés avansen,
y su sombra se refleja,
mintiendo, abajo e' tus ojos,
unas oscuras ojerass...

Con dos alas estendidas,
enarcadas sobre d'eyos
¡No al fudo tienen tus ojos
tanto de sielo y misterio!

Guillermo CUADRI

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: CERRITO, 607

BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18

U. T. Mayo 1899

Sábado: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre \$ 2.50	Trimestre \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre " 5.00	Semestre " 6.00	Semestre " oro 4.00
Año " 10.00	Año " 11.00	Año " oro 8.00
N.º suelto " 0.20	N.º suelto " 0.25	
N.º atrasado " 0.40	N.º atrasado " 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo \$ 12 —	3.70
Tapas sueltas " " chico	" " 8 —	3 —
" " " grande	" " 9 —	2 —
" " " chico	" " 6 —	1.50

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

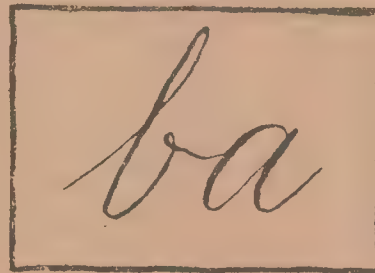
N.º 17 — CHARADA

—Mucho le *segunda prima segunda prima* la nariz.
—Sí, pero por lo demás no es nada *todo*.

N.º 20 — COMPRIMIDO

K S A

N.º 22 — JEROGLIFICO



N.º 25 — JEROGLIFICO



N.º 18 — COMPRIMIDO

CON

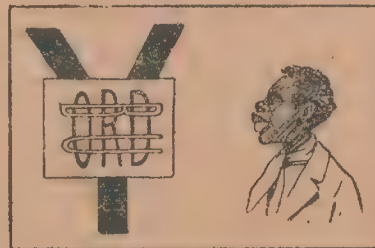
N.º 21 — CHARADA

Un *todo* me dijo así:
—Conozco por mi carrera *prima segunda - tercera*, de lo peor que hay aquí.

N.º 19 — CHARADA EN ACCION



N.º 23 — JEROGLIFICO



N.º 24 — CHARADA EN ACCION



SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

- N.º 9—Aquilino.
„ 10—Monte Grande.
„ 11—Parapeto.
„ 12—Epigrama.

Hay en cierta población
un juez que escribe gorrión
con J y con H aman
y sin embargo la llaman
el señor juez de instrucción.

- „ 13—Blasfemo.
„ 14—De entrecasa.
„ 15—Lleno de bote en bote.
„ 16—Calabozo.

Aunque la isla Nías es relativamente pequeña (4.770 kilómetros cuadrados) y gracias a la multitud de caminos que la atraviesan en todos sentidos se puede viajar fácilmente por ella, ofrece, más que ninguna otra del mismo tamaño, un sin fin de curiosos contrastes. Nada sabemos del origen de sus habitantes. Lo que los diferencia más o menos de los otros, los países vecinos, es el color claro de su piel y sus ojos oblicuos, distintivos inconfundibles de la raza mongola.

Los idiomas que oímos, hablar en Nías no se parecen en nada a los de los países próximos, y es verdaderamente sorprendente la diferencia que notamos en sus manifestaciones artísticas. Los *bakats*, indígenas de Nías, se llaman a sí mismos "niasas". Los habitantes del Norte de la isla son muy distintos de los que pueblan la parte Sur de ésta. Ya físicamente se distingue al *niasa* del Sur del del Norte: es más alto y, sobre todo, mucho más fuerte.

Cuando, habiendo penetrado en Nías por el Norte vamos avanzando hacia el Sur, nos sorprendemos ante el cambio total del aspecto y organización de viviendas y pueblos. En la parte norteña de la isla sólo vemos chozas y casuchas solitarias.

Según vamos avanzando hacia el centro, tropezamos con poblados compuestos ya por varias chozas; pero sólo hasta llegar al Sur no podemos admirar grandes pueblos de imponente aspecto. Con sus calles empedradas y sus chozas edificadas en largas hileras, generalmente en lo alto de alguna colina, parecen fortalezas. Han si-

Nías, la isla de los ídolos

do efectivamente edificadas en las alturas para mayor seguridad y facilidad de defensa.

Característicos de estos pueblos son los montones o hileras de piedras que vemos ante cada choza. A veces son de tamaño tan grande que nos preguntamos cómo habrán podido labrarlas y transportarlas sus dueños, mucho más cuando sólo poseen herramientas primitivas. Estas piedras de formas y tamaños muy diversos, tienen diferentes significados. Unas, de nombre "darodaro", están destinadas como lugar de descanso para los espíritus de los cabecillas y jefes muertos; otras sirven de asiento a los jefes vivos y a menudo están artísticamente labradas. Entre ellas es famoso el trono de Hilisimetano, que representa una figura estilizada.

Otras esculturas de piedra que se encuentran frecuentemente en Nías son columnas, mesas y obeliscos, que recuerdan mucho el arte egipcio. En algunos pueblos del Sur admiramos sítiales tallados en forma de aves o de animales cuadrúpedos, que sirven de asiento a las cabecillas para presidir las fiestas religiosas y guerreras. Algunos de estos tronos tienen carácter de ídolos, y reina la creencia de que protegen a los habitantes del pueblo de los espíritus malignos, del "bechu".

Los ídolos de piedra y de madera constituyen el capítulo más interesante de la historia cultural de Nías.

En antiguos tiempos no había choza ni morada sin su ídolo correspondiente. Con la implantación del cristianismo empezaron a escasear, y hoy casi han desaparecido. El *niasa* no solía fabricar un ídolo suelto, tenía almacenados toda una colección para las diversas necesidades de la vida. Había algunos que tenían por misión preservar o curar de enfermedades a hombres, mujeres y niños; otros protegían los partos, o las casas, o engordaban a los cerdos, o provocaban la lluvia y eran la bendición de los campos; otros conseguían la victoria a los guerreros, y otros libraban de ladrones, hombres malos y espectros. Los ídolos primitivos eran unos toscos pedazos de madera o piedra, pero poco a poco comenzó el *niasa* a pulirlos, labrarlos y adornarlos.

Una vez que el *niasa* ha conseguido de su ídolo el favor que le pidió, lo guarda religiosamente y lo adorna de vez en cuando, como señal de gratitud, con hojas frescas. Así se van almacenando en las chozas cantidades enormes de muñecos de piedra y madera que llegan a ocupar gran parte de las habitaciones y les roban luz y aire.

La mansión más hermosa, y ma-

yor de la isla se halla en Bawomataluo, uno de los pueblos más importantes de Nías. Cuenta con más de 800 guerreros y 2.000 habitantes. La casa de que acabamos de hablar es un verdadero palacio si se la compara con las otras chozas de la población. Su tamaño y, sobre todo, la altura de su tejado en punta, nos parecen gigantescos. Las columnas sobre las cuales descansa el edificio son tan gruesas que un hombre no logra abrazarlas, y tan pesadas que se han necesitado sin duda centenares de esclavos para arrastrarlas. La fachada del edificio mide 10 metros de ancho por 35 metros de largo, y el tejado se alza a 17 metros de altura.

Penetramos en la casa por una escalera de piedra, y al entrar en la primera sala nos quedamos sorprendidos ante sus dimensiones. El techo y las paredes son de madera oscura y pulida, artísticamente tallada. Como en todas las mansiones *niasas*, echamos de menos el mobiliario. Sólo un banco de cuatro escalones rodea la habitación y sirve para descansar y dormir. Lo que más nos sorprende son las innumerables hileras de colmillos de cerdo que vemos fijadas en todas partes. Atravesamos la enorme estancia (200 metros cuadrados) y nos detenemos ante una gran chimenea, admirando los frisos que la adornan. Del techo de la sala cuelgan grandes cadenas provistas de tambores. Esta estancia servía antiguamente de centro de reunión a los guerreros de Bawomataluo, que acompañaban con tamborazos sus canciones de guerra.

LOS SIMARI EN EL SMART

Después de una larga gira por el interior del país, hicieron su aparición en el Smart, al frente de una nutrida y discreta compañía de género chico nacional, los hermanos Leopoldo y Tomas Simari, siendo objeto de un cariñoso recibimiento.

En la función del debut se presentó, como primera pieza de las dos que componían el cartel, el aplaudido sainete de Mario Folco, titulado "El casamiento de Chichilo", uno de los éxitos más sostenidos de estos últimos tiempos, repetido con igual fortuna siempre por diversas compañías, a las que sólo se exige que cuenten con un primer actor occurrente y simpático. Viene sucediendo con esta pieza lo que en su día ocurrió con "Las corsarias" en los teatros de género chico español. Ni una ni otra poseen méritos absolutos, ni pueden citarse como modelos del género, pero ambas tienen la virtud de hacer reír. Han caído en gracia y ya sabemos que ello vale más que ser graciosos. Leopoldo Simari tiene las cualidades que se precisan para dar con fortuna "El casamiento de Chichilo", de modo que va sin decir el triunfo de la primera parte del programa.

En segundo término se ofreció el estreno de la pieza de Alberto J. Ballester y Carlos Ossorio "Voy derecho a cardenal", que puede pasar por sainete, humorada, juguete cómico, farsa, pochade, asatracanada, grotesco o cualquier otra de las denominaciones que se aplican comúnmente a las piezas hábidas con las que se llena el repertorio de los teatros por horas y que no tienen otra finalidad que hacer pasar un rato divertido al buen burgués que lleva a su familia al teatro para que se ría, porque para eso paga. Claro está que se trata de un público sencillo que va contento al teatro, dispuesto a sacarle el jugo al pesito que por cabeza gastó papá, de suerte que ya al salir de casa y decir el tradicional "hasta luego" a los que se quedan, ya ha comenzado para él la fiesta y está en el propio interés de todos reírse mucho para que la cosa resulte más completa. Si no fuera así, malos días vendrían para la mayor parte de los autores nacionales.

Pero no es cuestión de amargar a nadie la vida con análisis que no tienen finalidad positiva, ni perspectivas de mejorar los horizontes de nuestro teatro. Digamos que "Voy derecho a cardenal" gustó y diremos una verdad. ¿La trama? Una cosa muy sencilla. Un muchacho enamorado que se ve en la necesidad de emplear numerosos ardides para llevar adelante su amor, encontrándose obligado a pasar en una ocasión por eclesiástico, con tan mala fortuna que las circunstancias le llevan a casar a su prometida con un muchacho que es precisamente, el rival del infortunado galán. Pero, también, naturalmente, las cosas se arreglan al final en forma satisfactoria, recogiendo el fiel y porfiado enamorado el fruto de sus afanes en el ósculo conyugal de la elegida de su corazón.

Como se vé, la cosa no es muy ingeniosa que digamos. Sin embargo, hace treinta años venimos divirtiéndonos con lo mismo. Quiere decir que la humanidad, o, por lo

menos, la parte de humanidad que va a los teatros de género chico, no progresa en forma sensible.

Brindamos el tema a la meditación de los filósofos pesimistas que se preocupan por la corrupción de las costumbres y que creen sinceramente que el hombre y la mujer son día a día más complicados y perversos. Viendo reír al público en los teatros por horas, se siente uno transportado a los más inocentes y felices tiempos de la Arcadia ingenua.

Digamos, pues, que "Voy derecho a cardenal" da la impresión de una obra muy graciosa e interesante, que fué seguida por el público con evidentes pruebas de aceptación, siendo aplaudidos al final autores e intérpretes.

De estos últimos cabe decir que responden ampliamente a su cometido. Leopoldo Simari es el actor cómico de siempre, seguro en sus recursos e inagotable en el grageo. Su hermano Tomás, es eficaz y animador, constituyendo figuras relevantes y de actuación ya conocida, las actrices Casares Pearson, Pocovi, Ferrer, Del Valle, Mistral y los actores Walk, Mazilli y Ferrari.

CINE CON LLAPA

En el teatro Avenida se están exhibiendo ante numeroso público algunas películas españolas. El film hispano no se ha industrializado todavía en forma que permita hacerle competencia al yanqui, pero por eso mismo es una novedad para nuestro público, especialmente cuando, como en el Avenida, se trata de cintas que reproducen costumbres y paisajes de la madre patria, venero artístico inagotable.

Como fin de fiesta se ofrecen números de canto y baile, entre los cuales se destaca la actuación de la simpática artista del género Nita Ibáñez.

EL BUENOS AIRES PERSISTE

De los pocos teatros que vienen prolongando su lucha con el calor, merece citarse el Buenos Aires, donde Enrique Muñio, mantiene su nerviosa y expresiva locuacidad, en colaboración con los ventiladores. "Allá en el bajo noche", "La palanca" y "El padre Liborio" son suficientes para mantener el interés del público y sucesivamente, pero sin apuro, se irán reponiendo algunas piezas y acaso estrenando otras.

LA VUELTA DE SIDDIVO

Después de un breve intervalo, aprovechado para cumplir compromisos artísticos fuera de la capital, ha vuelto a ocupar el escenario del Politeama la compañía de opereta italiana que dirige el primer actor Salvador Siddivó.

Ya en su anterior actuación tuvimos oportunidad de hacer resaltar las excelentes cualidades de este conjunto, que ha dado notables interpretaciones de muchas operetas nuevas y de otras del repertorio conocido.

La reaparición tuvo lugar con el estreno de una nueva producción de Lombardo y Ramzato titulada "Chin-Cha-La", que tuvo

gran aceptación en los escenarios europeos.

El floreto es muy de opereta. Ambiente cortesano, personajes de extremada gravedad o risueñamente frívolos, asunto escabroso, escenas de gracia picaresca, lógica convencional y cuantos recursos son necesarios para dar interés y animación a un asunto trivial. Los autores conocen bien el género y saben llevar la acción por el mejor camino para lucimiento de todos. Bastará decir, para formarse una idea del asunto de esta opereta, que en ella se explota la situación de un matrimonio de príncipes cuya absoluta inocencia y supremo candor ponen en peligro la perduración de una dinastía por falta de sucesores, lo que obliga a buscar toda clase de arbitrios para instruir a los ingenuos jóvenes en el cumplimiento de sus deberes conyugales.

Es de imaginar cuánto puede sacarse de este tema, explotado con ingenio y espiritualidad, animado por una música ligera y moderna e interpretado por una compañía avezada a este género de interpretaciones.

El primer actor, Salvador Siddivó, hizo un verdadero derroche de su acreditada vis cómica, logrando un éxito muy personal. Por su parte la actriz Ana Orizón, asumió el papel de protagonista con mucho acierto, cosechando muchos aplausos. Los demás muy bien, destacándose Linda Remy, Julio Neglia, César Fronzi, y Manfredo Miselli.

Muy lujosa y de gran visualidad la presentación y elegante y adecuado el vestuario.

LA TEMPORADA DEL NACIONAL

A pesar del calor, la temporada del Nacional se prolonga. No se prepara ninguna novedad, porque ya es bastante seguir trabajando a esta altura del año. A lo sumo, se repondrán algunas piezas de éxito, para refrescar el cartel un poco. Ciertamente, cuando la empresa, una empresa experta como la de Carcavallo, se fija este programa veraniego, será porque no considera necesario ofrecer otras nuevas al público. ¿Cansancio de los actores? ¿Fatiga del público? Acaso un poco de las dos cosas. Pero también es verdad que si es indudable la disminución de la concurrencia durante los meses de calor, también durante ellos disminuye el número de salas abiertas y la competencia, por lo tanto. Y acaso sea ésta la verdadera razón de la falta de estrenos.

Sea, en fin, lo que fuere, el caso es que el Nacional seguirá abierto durante todo el mes de diciembre por lo menos y hasta se dice que es posible una prolongación. Deseamos que los Reyes Magos premien la constancia de los artistas, regalándoles algunos juguetes.

REVISTAS VARONILES

Llamemos así a las del Cómic, por más que lo varonil de ellas no esté en el escenario sino en el público. Precisamente la extraordinaria presencia de mujeres tras las candelillas y su presencia en la

forma más femenina que es la inmediata al desnudo artístico, tiene la virtud de despoblar de señoras la platea y de convocar concurrentes masculinos, sin que hayan podido ponerse de acuerdo los filósofos acerca de las causas de este fenómeno, pues mientras los espiritualistas lo atribuyen a razones de pudor, los cínicos ven como única causa del hecho la carencia de novedad, para la mujer, en el desnudo de la mujer.

Lo cierto es que las revistas galantes del Cómic constituyen uno de los espectáculos más frescos y entretenidos de la actual temporada veraniega, que está derritiendo todas las compañías y amenaza hacer otro tanto con los edificios de los teatros.

SIEMPRE EL REALISMO

Teatralmente hablando, el realismo no es una escuela de vida permanente. Aparece de cuando en cuando ocupando un escenario de esta capital, casi siempre con las mismas obras e interpretado por la misma compañía. Es un realismo de ocasión, íbamos a escribir de cambalache, que utiliza los interregnos entre dos temporadas serias. Es un realismo que casi no tiene realidad y que es realista como lo son los pocos que todavía quedan en la política francesa.

Nosotros no damos importancia al realismo. Tenemos de él una vaga y remota idea, confundida casi siempre con el empecinamiento de los partidarios de reyes que no volverán, pero consecuentes con nuestra obligación de cronistas, creemos que es nuestro deber registrar su aparición en el firmamento teatral como uno de esos cometas insignificantes que a nadie hace levantar la cabeza.

El último cometa realista es visible ahora en la calle Corrientes a la altura de Paraná, durante las horas de la noche.

Unos cuantos curiosos observan el espectáculo y nos ha parecido verles cara de aburridos.

GRAND SPLENDID

De distintas causas, iguales efectos. Cuando aprieta el frío, la gente acude al cine, donde es grato refugiarse para pasar divertida la velada. Cuando el calor se hace sofocante, lo más indicado es ir al cine para estar fresco y divertido. En ambos casos, el Grand Splendid se encuentra en inmejorables condiciones para ofrecer al público comodidad y diversión.

GLORIA

Una sala fresca y un programa variado y siempre lleno de las novedades más interesantes de la cinematografía universal, es lo que ofrece al público esta sala tan céntrica como elegante.

CINE PARK

Esta popular sala de Palermo sigue siendo la preferida de las familias de ese aristocrático barrio de la capital.

CAPITOL

Para estar al tanto de la producción cinematográfica universal es necesario concurrir al Capitol, que estrenará la semana próxima un extraordinario conjunto de novedades.

PAGINA INFANTIL

AVENTURAS DE PIPIRI



SOCIALES



ENLACES. — La señorita Julia Elena Pueyrredón con el señor César Peña



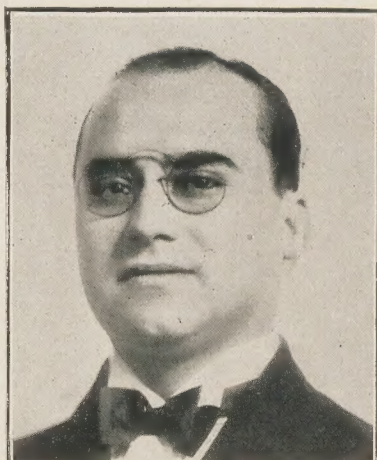
Señorita Estela del Socorro Osasores Soraire, recientemente desposada con el señor Alejandro Vellaio Casey



Señorita Cataldi Antonini con el señor Fischer



Señorita Angélica Paz con el teniente de navío Roberto C. Amette



Señorita Esther Gandolfo y doctor Florencio Loza Amuchástegui, cuyo compromiso matrimonial se ha formalizado recientemente



Señorita María Julia Rocha con el doctor David M. Arias



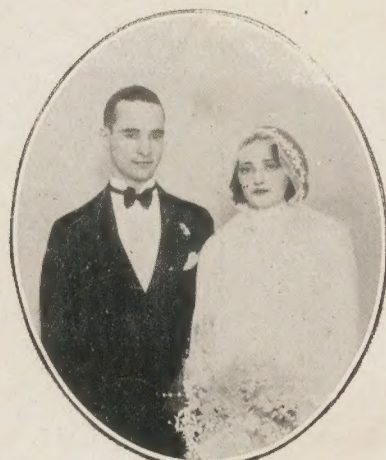
Señorita Fany Ostoni con el señor Julio Colombo



Señorita María Esther Porchetto que contrajo enlace con el doctor Héctor Bonifacini, acompañada del cortejo nupcial



BODAS DE PLATA. — El señor Francisco Fernández, su esposa señora María Iglesias y sus hijos, al cumplir sus bodas de plata matrimoniales



Señorita Amalia Casanova, desposada con el señor Manuel Pérez

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1 — Vestido sastre compuesto de una chaqueta de alpaca de lana azul sobre chaleco de tono gris, pálido con corbata del mismo tono. Falda confeccionada con tela llamada "pata de gallina", gris y azul marino. — 2 — Traje sastre de marocain de seda negra, con chaleco de marocain color verde absinto. — 3 "Trotteur" compuesto de una chaquetita recta y de un traje de marocain azul pálido con corbata y puños de crespón de China beige y crespón de China beige estampado azul y negro.